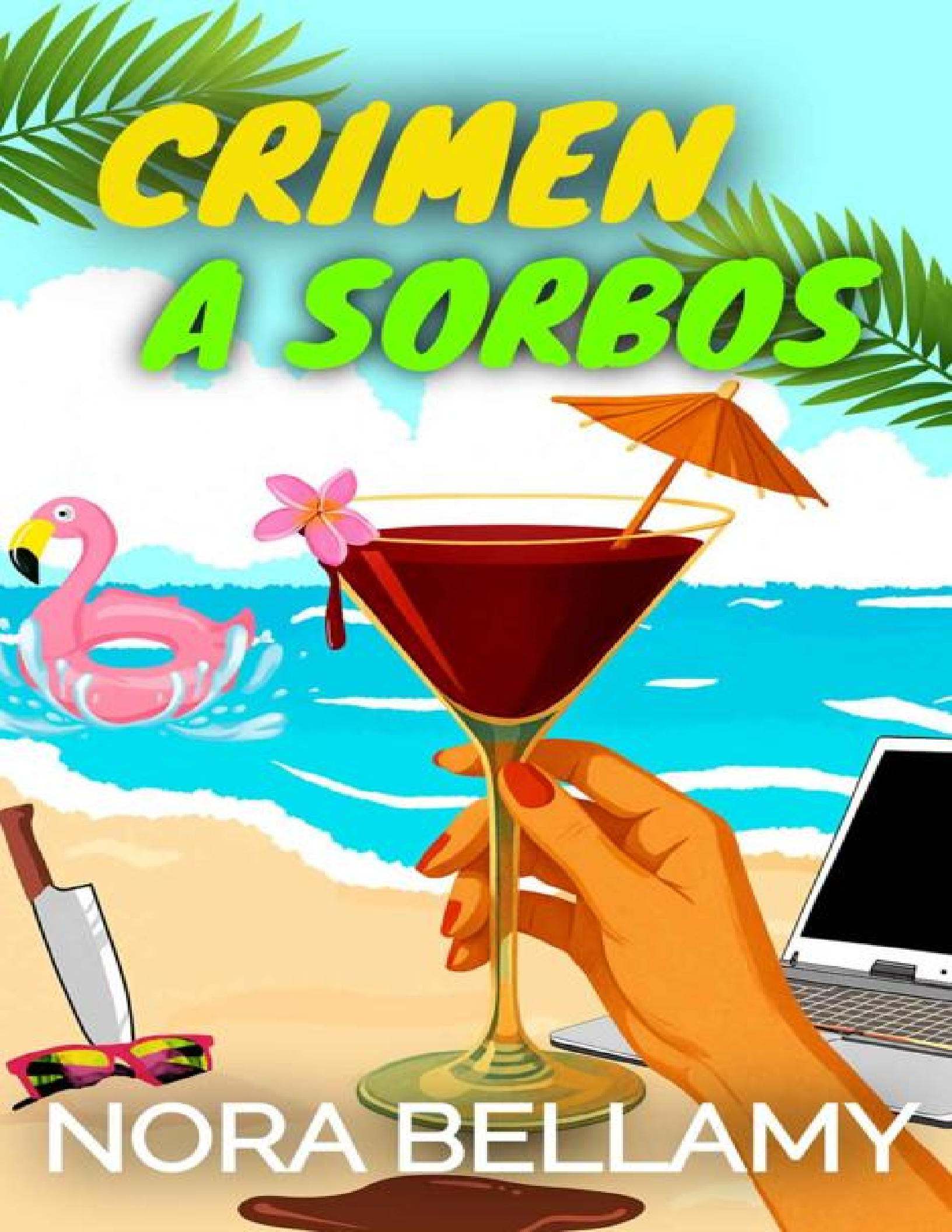
CRIMEN A SORBOS



NORA BELLAMY

Crimen a Sorbos

Un cozy mystery de Hanna Moody

Nora Bellamy

Nova Illice Media Pub

Contents

Copyright

1. Llegar en silencio no es lo suyo

2. El hombre que no está

3. Sushi, soja y asesinato accidental

4. Cócteles con hielo y gente con intenciones

5. Nota, sospecha y ese frío en la nuca

6. Todo el mundo sabe algo (menos tú)

7. Mensajes donde menos te lo esperas

8. Recepción, mentiras y un rostro que no puede ser

9. La mujer que lo sabe (casi) todo

10. Cómo meterse en líos sin salir del hotel

11. Una viuda en el camino

12. Escapadas discretas y baños ajenos

13. Barry, mojitos y confesiones a medias
14. Alianzas peligrosas
15. Sombreros gigantes, chismes y un plan indecente
16. Suite 612, joyas caras y documentitos feos
17. Nadie es quien parece (ni tú)
18. Un baile de verdades a media luz
19. Backup, chantaje y un menú de manatí
20. Amanecer con gaviotas y pistas involuntarias
21. Gin, gatos y giros inesperados
22. Cuando las plumas vuelan (y las amenazas también)
23. Un gato llamado ETF y una foto con demasiada definición
24. Cómo negociar con jubilados criminales
25. Medianoche menos cinco minutos
26. Motel sin estrellas y gatos detectives
27. Lo que Penelope oyó
28. Todo el mundo miente
29. Silencios finales
30. La verdad según Amazon
Sigue leyendo...
Sobre la autora
Libros

Copyright © 2025 por Nova Illice Media Pub



Imprint: Independently published

Todos los derechos reservados

Portada original: Rose Gate

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1

Llegar en silencio no es lo suyo

LA IDEA ERA EMPEZAR de cero. Nuevo nombre, nuevo estado, nueva vida. Lo típico cuando tu pasado te persigue como un acreedor al que le debes tres hipotecas. Sin embargo, cuando Hanna Moody —ahora, según unos documentos tan falsos como las promesas de un político en campaña, «Heather Malone»—, puso un pie fuera del taxi y el aire caliente de Naples, Florida, le abrazó la cara como una toalla húmeda olvidada tres días en una lavadora, supo que lo de «nuevo» era tan relativo como la inocencia de sus actos.

Esto no era empezar de cero. Nada de eso. Esto consistía en ocultarse con elegancia y un presupuesto dudosamente bajo.

El hotel Coral Pearl prometía en su web «un retiro relajante frente al mar con encanto local». Lo que efectivamente pasaron por alto era que dicho encanto local incluía pelícanos con complejo de pterodáctilos, palmeras que parecían haber sobrevivido a una catástrofe nuclear, y una recepción decorada por alguien cuyo trauma infantil indudablemente incluía una sobredosis de flamencos rosa y conchas marinas.

Hanna arrastró su maleta —que llevaba una rueda rota desde Atlanta, convertida ya en su fiel compañera en el arte de avanzar torcido por la vida— hasta el vestíbulo.

—Bienvenida al Coral Pearl —dijo el recepcionista, un veinteañero con sonrisa fabricada en serie y una camisa hawaiana tan fosforescente que la NASA podría usarla para señalizar aterrizajes de emergencia.

—Gracias. Muy... rosa todo —respondió ella, escaneando el lugar como quien evalúa una escena del crimen. La alfombra exhibía estampados de conchas marinas que parecían haber sido creados por alguien sometido a sustancias dudosas. La lámpara sobre su cabeza portaba colgantes que simulaban ser cristal, pero probablemente eran lágrimas solidificadas de huéspedes anteriores al ver sus facturas.

—¿Nombre? —preguntó él, colocando sus dedos sobre el teclado.

—Heather Malone —dijo Hanna, exhibiendo una sonrisa tan tensa que casi se le fractura el esmalte dental recién aplicado. El nombre ajeno le raspaba la garganta como una astilla.

Matías (según la placa identificativa que llevaba pegada al uniforme) tecleó con la velocidad de un perezoso artrítico antes de asentir satisfecho.

—Habitación 314. Vista parcial al mar, lo que significa que si saca medio cuerpo por la ventana en un ángulo preciso de cuarenta y cinco grados, quizás vea algo azul en días despejados —no dijo esto, pero sus ojos lo insinuaban—. El desayuno es de siete a diez, el bar abre a las cinco, pero, si necesita un trago antes... —dejó la frase flotando en el aire como una amenaza encubierta.

—Si necesito un trago antes, probablemente ya me lo habré tomado. De hecho, posiblemente, me habré tomado dos —replicó Hanna, arrebatándole la tarjeta magnética de las manos.

El ascensor subía a una velocidad que proporcionaba el tiempo necesario para reconsiderar toda una vida, escribir un testamento o desarrollar un trastorno de ansiedad. Mientras la cabina gemía, Hanna repasó las decisiones que la habían llevado hasta allí. La mudanza precipitada. Aquellos malditos rollitos de primavera en aquel restaurante de moda en Manhattan. El detalle insignificante de no haber mencionado que contenían soja. Que John Robertson fuera

más alérgico que un vampiro a la luz solar no era técnicamente culpa suya.

Bueno. Quizá, un poquito, sí.

Detalles, detalles. La vida está llena de pequeños accidentes.

La habitación era... funcional, por usar un eufemismo caritativo. Una cama de matrimonio con una colcha blanca. Un cuadro de palmeras genérico sobre la cabecera, pintado por alguien que quizás había visto una palmera una vez, en un documental. Una silla solitaria que parecía estar experimentando una crisis existencial. Y una ventana con cortinas que ofrecía una panorámica privilegiada del aparcamiento y, si uno se contorsionaba como escapista profesional, un fragmento de algo que los optimistas llamarían «mar».

Hanna dejó la maleta en el suelo, se desplomó en el borde de la cama y suspiró.

El aire acondicionado emitía un zumbido monótono a medio camino entre el confort del vientre materno y la banda sonora de un motel donde nadie pregunta tu verdadero nombre.

Sacó su portátil del bolso y lo puso en la mesa.

—Muy bien, Moody. Ha llegado la hora de escribir una novela —murmuró, saboreando su verdadero apellido—. Para eso estás aquí. Para escribir una novela donde nadie muera por error. O al menos, no por *tu*-error.

Una novela de misterio, naturalmente. «Basada en hechos reales», pero con suficientes capas de ficción para que ni el mejor fiscal pudiera presentarla como evidencia.

Se incorporó para entreabrir las cortinas. La luz de Florida entró implacable en el cuarto. Y fue entonces, en ese preciso instante de vulnerabilidad cegadora, cuando lo vio.

Allá abajo, en el muelle de madera desgastada que se extendía desde la playa del hotel hacia el agua turquesa, un hombre de mediana edad discutía acaloradamente con una mujer. Él gesticulaba intensamente; ella mantenía los brazos cruzados, protegiendo cada emoción. No podía escuchar las palabras, pero el lenguaje corporal

gritaba una historia antigua: algo entre «devuélveme lo que es mío» y «preferiría alimentar pirañas con mis extremidades antes que volver a dirigirte la palabra».

«Lo de siempre», pensó ella.

Y entonces, con la brusquedad de un corte en una película, el hombre cayó al agua.

No tropezó accidentalmente. No saltó en un arrebato dramático. *Cayó*. Como si una fuerza invisible —o muy visible, con forma de manos femeninas— lo hubiera propulsado hacia el abrazo húmedo del Golfo de México.

O de América.

En fin, ¿qué más da?

Hanna parpadeó, incrédula. Se acercó más al cristal hasta que su nariz casi lo tocaba, dejando una pequeña nube de vaho que se desvanecía. El muelle seguía allí, imperturbable. El agua ondulaba suavemente.

El hombre había desaparecido. Como si el mar se lo hubiera tragado sin hacer preguntas.

Y la mujer también se había esfumado, con la discreta eficacia de alguien que ha ejercido el arte de no estar donde no debería.

Hanna escudriñó los alrededores, buscando algún otro testigo. Una cabeza asomándose desde otro balcón. Un grito de alarma. Una señal de que no era la única que había presenciado... lo que fuera que acababa de ver.

Nada. Solo el zumbido monótono del aire acondicionado y el graznido lejano de una gaviota que parecía reírse del espectáculo.

«Pero… ¿Qué diablos?».

Apoyó una mano contra el cristal, dejando una huella que, irónicamente, podría ser la única evidencia de que alguien había observado lo ocurrido. No sabía si acababa de presenciar un accidente desafortunado, un crimen premeditado o simplemente el prólogo perfecto para su próxima novela.

No obstante, de una cosa estaba plenamente consciente: si había acudido a Naples para ocultarse de su pasado, el destino poseía un

sentido del humor más retorcido que el suyo. Porque, ahora, además de sus propios secretos, cargaba con uno nuevo.

Y en su experiencia, los secretos, como los cadáveres, rara vez permanecían sumergidos por mucho tiempo.

2

El hombre que no está

LA LÓGICA DECRETABA BAJAR al muelle.

Lo lógico también habría sido no envenenar a un compañero de trabajo con soja camuflada en salsa oscura como un caballo de Troya gastronómico en un restaurante donde la cuenta costaba más que su primer coche, pero Hanna nunca fue muy de seguir el libro de instrucciones.

Así que bajó. Con gafas de sol tan grandes que podrían haber ocultado una identidad o dos, la misma camiseta de hacía dos días que ya tenía una relación simbiótica con su piel, y sin maquillaje. Ya estaba lo bastante fuera de lugar en Florida —tierra de bronceados perfectos y sonrisas blanqueadas, cuerpos esbeltos— como para añadirle máscara de pestañas al disfraz de persona normal.

Si es que había algo normal allí.

El ascensor volvió a tomarse su tiempo, descendiendo con la velocidad de una confesión en un interrogatorio. Entre el segundo y el primer piso, Hanna tuvo tiempo de hacerse cinco preguntas clave, formar una sociedad anónima y redactar su testamento.

¿Realmente vio a alguien caer al agua o era su cerebro intentando justificar el viaje? ¿Fue un empujón homicida o su imaginación mezclada con jet lag y ese cóctel sospechoso que se tomó en el aeropuerto? ¿Debía meterse en esto cuando su

currículum de huidas ya era más extenso que su lista de publicaciones? ¿Tenía algún interés real en la vida del tipo ese, o solo estaba buscando material para una novela que probablemente nunca terminaría? ¿Era esto una señal de que debería dejar de escribir sobre asesinatos y empezar a escribir novelas románticas con perros salchicha protagonistas y finales felices que nadie se cree?

«Oh, Dios».

No resolvió ninguna. Lo de resolver cosas no era su fuerte. Lo suyo era crear problemas y luego mudarse.

El vestíbulo estaba casi vacío, como su cuenta bancaria después de financiar su nueva identidad. Una pareja de jubilados, con esa piel que parecía un bolso de cocodrilo olvidado décadas al sol, discutía con pasión mediterránea sobre el menú del día («¡No pienso comer más paella congelada, Walter! ¡Tiene el arroz tan duro que podría usarse como munición antidisturbios!»), y Matías, el recepcionista con aspiraciones evidentes a algo mejor, leía una revista de coches de lujo, como si eso no fuera insultante. Sobre todo, insultante para alguien que trabajaba en un hotel que presumía de cuatro estrellas, pero donde, al menos, dos de ellas habían fallecido por aburrimiento hace tiempo.

Hanna cruzó el vestíbulo y empujó la puerta de cristal, sintiendo cómo el calor floridano la abrazaba con la misma sutileza que un exnovio borracho en una reunión familiar. Caminó hacia el muelle mientras sus sandalias de cinco dólares —compradas en un momento de desesperación en una gasolinera— traicionaban cada paso con un sonido húmedo y acusatorio: «Cul-pa-ble, cul-pa-ble, idiota, idiota».

Lo único que encontraría sería un caso severo de rozadura entre los muslos y la certeza de que su desodorante era un mentiroso patológico con etiqueta de «48 horas de protección».

La escena, desde cerca, no parecía nada clara.

El muelle de madera estaba completamente seco, sin huellas ni rastros de drama reciente. La barandilla no tenía señales de lucha, ni

astillas rebeldes, ni hebras de ropa arrancadas en el último momento. Ni una toalla mojada, ni un zapato solitario (ella siempre imaginaba que en las escenas de crimen aparecía un zapato, como si los asesinos tuvieran un fetiche extraño con dejar pruebas calzadas), ni siquiera un sombrero abandonado al estilo novela barata de los 80 con portada de mujer desvanecida en un acantilado.

Tampoco había cuerpo. Tampoco había nadie. El crimen perfecto, o la alucinación perfecta.

Hanna miró el agua con la intensidad de quien busca respuestas en una bola de cristal barata. Azul. Tranquila. Un poco turbia.

Se inclinó sobre la barandilla, con el cuidado de quien sabe que su karma no está para protegerla de caídas accidentales. El reflejo del sol en el agua la obligó a entrecerrar los ojos tras las gafas de sol. No había burbujas delatoras, ni chapoteo agónico, ni gritos lejanos pidiendo auxilio o al menos un salvavidas con mejor sentido de la oportunidad.

Y entonces le vino la duda incómoda, como una visita sorpresa de la familia política. *¿Lo había imaginado todo?*

Era perfectamente posible. Llevaba meses con un nivel de cortisol que mataría a un ciervo adulto y dejaría catatónico a un elefante. Dormía tan mal que las ovejas que contaba ya le habían puesto una orden de alejamiento. Comía peor que un estudiante en época de exámenes, básicamente café y cualquier cosa que pudiera meterse en la boca mientras tecleaba. Y tenía un historial preocupante de alucinaciones provocadas por estrés, exceso de cafeína y esa tendencia suya a mezclar medicamentos para la ansiedad con vino barato en habitaciones de hotel anónimas. Además, estaba escribiendo un libro de crímenes inspirados en su propia vida criminal, lo que probablemente haría las delicias de cualquier psiquiatra con espacio en su agenda.

No era exactamente el retrato de la estabilidad mental.

Volvió a mirar al muelle. Al agua. A todo el maldito escenario que parecía burlarse de ella con su normalidad insulsa.

—Nada, ¿eh? —susurró, como si el mar fuera a responderle con la voz de Morgan Freeman y revelarle todos los secretos del universo marítimo.

Detrás de ella, alguien se aclaró la garganta. Hanna giró tan rápido que casi se le resbaló la chancla y acabó a punto de hacer una apertura de piernas olímpica digna de volverse viral.

Era un tipo con camiseta de excursión que gritaba «soy un turista, pero me considero un viajero», mochila pequeña, pero cara, como esas finlandesas que tan de moda estaban, y una cámara profesional colgando del cuello como una medalla al mérito fotográfico. Aspecto general de turista en modo National Geographic, pero con unos ojos que analizaban el entorno como alguien acostumbrado a observar, no a disfrutar. Un cotilla en toda regla. El tipo de mirada que Hanna reconocía, porque la veía cada mañana en el espejo, justo antes de preguntarse si hoy sería el día en que alguien llamaría a su puerta preguntando por John Robertson.

—¿Bonita vista, verdad? —dijo él, señalando el agua con un gesto que parecía ensayado, pero no lo suficiente.

Hanna asintió, automática, como un maniquí.

—Sí, si te gusta el calor infernal, el sudor permanente, y las posibles escenas del crimen disfrazadas de paraíso turístico.

Él soltó una risa suave, como si no supiera si estaba ante un chiste ingenioso o una confesión encubierta. Sus ojos la evaluaron con discreción.

—¿Vio algo raro por aquí? —preguntó, con un tono casual que sonaba tan auténtico como un billete de tres dólares.

—¿Raro? —repitió ella, arqueando una ceja detrás de las gafas de sol mientras su cerebro hacía horas extra analizando posibilidades—. Defina raro. Porque acabo de ver a una mujer en la piscina con un gorro de baño de piñas fosforescentes y un bañador con la cara de Nicolas Cage. Florida tiene un concepto muy flexible de la normalidad.

—Ya... —Él miró al agua con una sonrisa torcida—. Hay gente rara por todas partes. Especialmente donde menos te lo esperas.

¿Era eso una amenaza encubierta o la observación de alguien que ha visto demasiados documentales del Discovery Channel? Imposible saberlo.

Ella lo miró una vez más, grabando cada detalle en su memoria, como quien memoriza la salida de emergencia en un avión. Si alguna persona había presenciado lo mismo que ella —o algo más comprometido—, podría ser él. O podía ser un psicópata con obsesión por los turistas en fuga. O un policía encubierto. O el hermano vengativo de John Robertson. O simplemente un tipo normal, que sería la opción más desconcertante de todas. ¿Quién sabe? Florida era así: un crisol de posibilidades inquietantes bajo el sol perpetuo.

—Bueno, que tenga buen día —dijo ella, girando sobre sus talones con la gracilidad de quien ha practicado el arte de la retirada estratégica más veces de las que le gustaría admitir.

—Cuídese.

De regreso al hotel, la duda la perseguía como un mosquito invisible, zumbando en los recovecos de su mente, sobrecalentada por el sol y la paranoia.

«¿Lo vi? ¿O lo soñé? ¿Es esta mi mente jugándome malas pasadas o el universo riéndose de mi intento de escapar?»

O peor. Mucho peor.

«¿Y si sí lo vi… pero era él a quien no debía ver? ¿Y si acabo de hacer contacto visual con el tipo equivocado en el momento equivocado, en el estado equivocado?».

«¡Oh! Maldita sea, Hanna».

«Perdón, Heather».

«Vas a perder la cabeza».

Mientras las puertas del ascensor se cerraban frente a ella, Hanna tuvo la incómoda certeza de que había venido a Naples buscando anonimato y acababa de conseguir exactamente lo contrario.

Y en su libro, eso nunca terminaba bien para la protagonista.

3

Sushi, soja y asesinato accidental

CUANDO HANNA VOLVIÓ A su habitación, tenía la boca más seca que un martini de arena del Sáhara, la piel pegajosa y la inconfundible sensación de haber dado un paso en falso en el escenario de algo que nadie estaba dispuesto a reconocer como crimen. Que, en su amplia experiencia como testigo y ahora protagonista de desastres morales, era la especialidad humana por excelencia. Fingir que todo está bien mientras el cadáver sigue flotando justo fuera de cuadro, como un detalle incómodo en una foto familiar que nadie quiere mencionar.

Se desplomó en el borde de la cama, se quitó las sandalias con un gesto que condensaba toda la filosofía del «*ya-no-me-importa-absolutamente-nada*» y se quedó contemplando la lámpara del techo como quien busca respuestas en el oráculo más barato disponible. La lámpara, indiferente a sus dilemas existenciales y legales, no le devolvió el favor, pero eso no impidió que Hanna empezara a hablarle en voz baja, como quien se confiesa ante un sacerdote particularmente poco interesado.

—No era un mal tipo. Técnicamente. Si ignorabas aproximadamente el 80 % de su personalidad y todas sus interacciones con cualquier ser humano que no fuera hombre, blanco y con cuenta en el mismo club de golf.

Se refería John Robertson.

El gran idiota con título universitario y ego del tamaño de Manhattan. Broker estrella de una firma donde las estrellas brillaban solo si tenían el cromosoma adecuado y el padrino correcto. Hombre de dientes blanqueados con métodos probablemente prohibidos en otros mamíferos, trajes italianos que costaban más que el apartamento donde ella creció, y una manera de hablar que convertía cualquier conversación en un examen oral no solicitado, donde tú siempre sacabas un insuficiente y él se autoproclamaba catedrático de la vida.

Un idiota con certificado.

Lo peor de John era que había empezado casi como una persona normal. Primero, como compañero de oficina, de esos que te piden ayuda con la fotocopiadora mientras discretamente te evalúan como potencial amenaza. Luego evolucionó a supervisor, con esa sonrisa de tiburón que parecía practicar frente al espejo. Después se autoinvitó a la categoría de «amigo con consejos profesionales», esos consejos que siempre terminaban a las nueve de la noche en un bar con música demasiado alta y su mano accidentalmente rozando cualquier parte de tu anatomía. Y finalmente, como eso otro que nadie quiere nombrar, pero que las mujeres en Wall Street sabían identificar con un radar más preciso que cualquier aplicación meteorológica y con más fiabilidad que las predicciones económicas de los supuestos genios que las rodeaban.

John tenía un talento especial —posiblemente su único talento auténtico— para hacerte sentir que todo, absolutamente todo, desde el calentamiento global hasta el resultado de las elecciones en países que no podría señalar en un mapa, era culpa tuya. Si no sonreías, eras una amargada, probablemente con «problemas hormonales» que él estaba dispuesto a diagnosticar sin título médico. Si sonreías, obviamente lo estabas provocando, porque, ¿qué otra razón podría tener una mujer para mostrar los dientes que no fuera una invitación sexual? Si te defendías verbalmente, eras conflictiva y «no sabías

aceptar una broma». Si no lo hacías, claramente lo aprobabas y «querías más».

El día del sushi fue un jueves. Hanna lo recordaba del mismo modo que se recuerda el momento exacto de un accidente automovilístico: en alta definición y cámara lenta. Era jueves, porque ese día solían pedir del sitio caro, ese al que John llevaba a los clientes importantes y a las «compañeras con potencial», categoría que te hacía sentir como las acciones de Tesla. Y porque hacía exactamente dos días y tres horas que había dejado de dormir bien, después de que sus comentarios pasaran de insinuaciones a propuestas explícitas en el ascensor cuando nadie más subía. Y porque John la invitó a comer como si nada, con ese tono de «soy tu salvador» que hacía que Hanna quisiera vomitar el desayuno: «Vamos a charlar de tu carrera, Moody. Me preocupas. No te veo comprometida con la visión de la empresa».

«Compro-metida».

Sí. A ella le preocupaba su carrera también. Especialmente si implicaba seguir compartiendo oxígeno, edificio y posiblemente código postal con él y su colonia de macho alfa con notas de «no acepto un no por respuesta».

El restaurante era elegante, de ese modo intimidante que sugiere que si preguntas el precio de algo, no puedes permitírtelo. Luces tenues para que los defectos de la comida pasaran desapercibidos, manteles blancos que parecían juzgarte por cada mancha potencial, camareros silenciosos que se movían como fantasmas corporativos entrenados para no escuchar conversaciones comprometedoras. John pidió sin mirar el menú, como si su masculinidad frágil no le permitiera admitir que no sabía pronunciar la mitad de los platos.

Y luego habló. Y habló. Y siguió hablando. De «ambición estratégica», de «rendimiento optimizado», de «lealtad inquebrantable a la firma y sus valores». Palabras bonitas, brillantes y huecas, como adornos navideños baratos, que en el diccionario particular de John significaban exactamente: «haz lo que te digo,

calladita y agradecida, o tu carrera tendrá la esperanza de vida de un helado en el desierto».

Y entonces, entre sorbo y sorbo de un sake que probablemente costaba más que su alquiler mensual, lo soltó con la delicadeza de una bola de demolición en cristalería fina.

—Sé que no has firmado la renovación del contrato —dijo él, con voz de «*coleguita que te entiende*» mientras sus ojos hacían un recorrido turístico por su escote—. Pero no tienes por qué irte. Me gustas. Y si las cosas... fluyen entre nosotros… bueno, el trabajo puede fluir también. Podría hablar con Recursos Humanos, mencionar tu «compromiso excepcional».

Fluir. Fluir. Los ovarios de Hanna estaban exhaustos de tanta sutileza machista disfrazada de oportunidad profesional.

Ahí fue exactamente cuando ella lo miró a través del vapor del té verde y supo, sin rencor ni rabia, solo con la claridad cristalina de quien está al borde de una cornisa contemplando el vacío: «*no puedo seguir en este juego engañoso, donde las reglas cambian según el género, el apellido o el tamaño de la cuenta bancaria*».

—Tienes toda la razón —dijo ella, cogiendo un maki con la calma de quien ya ha cruzado cierta línea invisible—. Deberíamos fluir más. Es hora de que las cosas... cambien de dirección.

Él sonrió con esa mueca canina que mostraba demasiadas encías, creyendo que había ganado. Lo típico de los hombres que confunden el silencio con sumisión y la amabilidad con debilidad.

John era alérgico a la soja. Extremadamente alérgico. Del tipo «mi garganta se cierra como las puertas del paraíso ante un político corrupto» alérgico. Lo había anunciado tantas veces y con tanta vehemencia, que se había convertido en chiste recurrente de oficina. *«¿Le has puesto soja a esto?»*, *«No quiero matar a Robertson con un edamame traicionero»*, *«Si necesitas deshacerte de John, un tofu hará el trabajo»*. Ja. Ja. Ja. Qué graciosos todos.

Qué profético.

Ella pidió un platillo extra, especialmente para él. Con un aliño «especial». Uno que el menú describía poéticamente como

«emulsión cítrica con toques orientales», lo que básicamente significaba «mayonesa con soja fermentada y lima».

—¿Qué lleva esto exactamente? —preguntó John, ya con el tenedor en la mano y la codicia en los ojos, porque nunca rechazaba nada gratis, especialmente si venía de alguien a quien consideraba por debajo en la cadena alimenticia corporativa.

—Amor y oportunidades de crecimiento personal —respondió Hanna, sonriendo con todos los dientes que años de ortodoncia le habían alineado para momentos exactamente como este—. Exactamente, lo que me has estado ofreciendo tú.

Y John, confiado en su invulnerabilidad cósmica como solo los privilegiados pueden estarlo, se lo comió. Todo. Saboreándolo mientras seguía hablando de su futuro juntos, profesional y quizás «algo más si ella ponía de su parte».

«Ahí va mi parte, imbécil».

Quince minutos después, John estaba rojo como un semáforo en hora punta, jadeando como un perro en agosto, y buscando su EpiPen con la desesperación de quien súbitamente comprende que el karma ha llegado antes que la ambulancia y con menos misericordia de la esperada.

Hanna lo miró. Un segundo. Dos. Lo justo para grabar esa imagen en su memoria, para sentir ese momento de poder absoluto que los dioses griegos debían experimentar cuando decidían el destino de los mortales arrogantes.

Pensó en tomarle una foto con el móvil, pero reculó. Eso era demasiado.

Luego interpretó su papel con la perfección de una actriz nominada al Oscar: gritó, como se esperaba de alguien en *shock*. Llamó al camarero, desesperada. Pidió ayuda con lágrimas auténticas (aunque por razones que ningún testigo podría comprender correctamente). Fue la imagen perfecta de la compañera horrorizada, la colega impotente ante la tragedia.

John murió tres horas después en el hospital Mount Sinai, rodeado de máquinas que pitaban como la banda sonora de su

fracaso biológico.

Un accidente. Un descuido. Una tragedia culinaria.

«¡Ups!».

Y ella… se fue. Como el humo. Como las promesas de los políticos tras las elecciones. Como las ganas de ir al gimnasio después del segundo mes de suscripción.

No volvió al trabajo. No pasó por casa más que para coger el pasaporte, el efectivo escondido en aquella caja de tampones que ningún ladrón masculino se atrevería a tocar, y una foto de su madre. No dijo adiós, ni siquiera al cactus que había sobrevivido milagrosamente tres años en su ventana. Solo desapareció, como el dinero mal invertido o como las medias sin agujeros después del primer uso.

Y así, con más impulso que plan, más pánico que estrategia, llegó hasta Naples, Florida. Hotel Coral Pearl con su decoración de pesadilla tropical. Identidad nueva, cortesía de un tipo en Brooklyn que no hacía preguntas si los billetes eran reales. Nombre nuevo que todavía sonaba ajeno cuando lo pronunciaba. Y ahora, aparentemente, con un cadáver nuevo en el menú del día, como si el universo le estuviera diciendo: «¿Creías que podías escapar de tu narrativa? Qué ingenua eres».

Hanna cerró los ojos tan fuerte que vio estrellitas, exhaló despacio como le había enseñado aquella *app* meditación que nunca funcionaba realmente, y pensó con la claridad cristalina de quien ve acercarse un tren a toda velocidad mientras está atada a las vías: «Esto se me está yendo de las manos otra vez. Y esta vez ni siquiera tengo un plan de huida preparado».

Pero en el fondo, muy en el fondo, donde ni siquiera ella se atrevía a mirar demasiado, una vocecita susurraba:

«¿Y si esa es exactamente la historia que viniste a escribir?».

4

Cócteles con hielo y gente con intenciones

EL BAR DEL CORAL Pearl era exactamente lo que uno esperaba de un hotel que intentaba ser exclusivo y terminaba siendo... bueno, rosa. No un rosa sutil o elegante, sino un rosa que gritaba «¡Mírame!» con la angustia de una estrella de Hollywood olvidada.

Luces tenues que ocultaban más pecados que secretos, ventiladores en el techo que giraban con la agonía metálica de quien ha visto demasiados veranos, y taburetes forrados en algo que alguna vez fue cuero de primera. Detrás de la barra reluciente, botellas ordenadas estratégicamente, intentando ocultar el hecho innegable de que la mayoría contenía alcohol de marca genérica disfrazado con etiquetas de importación y precios de fantasía.

Lo ideal para una buena e insoportable resaca.

Hanna se sentó, consciente de que estaba siendo observada, pidió un mojito y trató de proyectar la imagen de alguien que definitivamente no había presenciado cómo un hombre caía al agua tres horas antes, posiblemente, para no volver a la superficie.

—¿Con mucho hielo o con dignidad? —preguntó el barman, sin dignarse aún a mirarla.

—Con ambas, si no es mucho pedir —respondió Hanna, cruzando las piernas con esa elegancia automática que la delataba. La ex

ejecutiva que habitaba en ella aún salía a pasear ocasionalmente, como un fantasma bien vestido que se negaba a descansar en paz.

Wall Street no era fácil de dejar atrás.

Ni en los gestos.

—Con dignidad será —concedió él. Un tipo flaco, moreno, con barba de dos días cuidadosamente descuidada y ojos que tenían la peculiar cualidad de parecer aburridos y alerta al mismo tiempo. Llevaba una camiseta negra con un logo desgastado hasta la ilegibilidad y un nombre bordado en el pecho con hilo que alguna vez fue dorado: «Barry».

—Eres nueva aquí, ¿no? —preguntó Barry mientras machacaba la hierbabuena.

—¿Se nota tanto? —Hanna mantuvo el tono ligero, aunque sus dedos golpearon brevemente sobre la superficie de la barra.

—Aquí todo el mundo se conoce como en una obra de teatro mal escrita. Si alguien nuevo aparece, y encima pide un mojito sin el acento nasal de Indiana, salta la alarma invisible. La gente empieza a especular antes del segundo sorbo.

—Y, sin embargo, aquí estoy. Viva. De milagro. —Sus palabras flotaron en el aire como una confesión disfrazada de broma casual.

Barry ladeó la cabeza, el gesto universal de quien reconoce una referencia oscura, pero tiene la inteligencia suficiente para no preguntar directamente.

—Bienvenida, entonces. ¿Huyendo de algo concreto o simplemente buscando el esquivo sentido de la vida en el fondo de un vaso?

—Las dos cosas suenan demasiado obvias para mi gusto. Digamos que me cansé de escuchar a hombres hablar de criptomonedas con voz de testículo herido y autoestima inversamente proporcional a sus pérdidas financieras.

Barry soltó una carcajada genuina. Le cayó bien a Hanna. Eso era peligroso, pero potencialmente útil en un lugar como aquel.

—Entonces has venido al sitio correcto —afirmó, deslizando el vaso frío hacia ella—. Aquí tenemos otro tipo de tragedias, más

tradicionales.

Hanna dio el primer sorbo y lo aceptó con un mínimo gesto de aprobación. El mojito era exactamente lo que necesitaba: suficientemente fuerte como para anestesiar temporalmente sus nervios, suficientemente dulce como para hacer las paces con la mentira que estaba viviendo.

A su izquierda, en una mesa baja estratégicamente ubicada cerca del ventanal para ver sin ser completamente vista, una mujer con un pañuelo de seda anudado al cuello, con estudiada casualidad, y labios rojo carmín perfectamente delineados, le lanzó una mirada afilada que claramente articulaba sin palabras:

"*¿Quién demonios eres tú y qué haces profanando mi campo visual?».*

Hanna devolvió la mirada con una ligera y sopesada sonrisa. Nivel diplomático: amenaza cordial con opción a negociación posterior.

—Esa es Clara Vaughn —susurró Barry, inclinándose ligeramente, como si le leyera la mente o quizás solo el rictus de tensión—. Viuda tres veces. Una por década. Colecciona maridos como quien colecciona sellos raros, solo que los sellos suelen tener finales menos... abruptos. No preguntes detalles a menos que tengas tres horas libres y curiosidad morbosa.

—No iba a hacerlo —aseguró Hanna, aunque la información quedó archivada inmediatamente en su mente.

—El caballero a su lado es Arthur. Jugó al tenis profesional en los ochenta, hasta que sus rodillas decidieron jubilarse prematuramente. Ahora colecciona bastones artesanales y teorías conspirativas sobre quién realmente maneja el mundo. Tiene más encanto que sentido común, y más dinero que ambos combinados.

Arthur, como si sintiera que hablaban de él, levantó la mirada y saludó a Hanna con un gesto elegante de copa en mano, la quintaesencia del caballero sureño con secretos. Ella respondió elevando su mojito en un brindis silencioso. Diplomacia básica en territorio desconocido.

—¿Y tú, Barry? —preguntó ella, redirigiendo la conversación con sutileza—. ¿Qué coleccionas tú, además de historias ajenas?

—Respuestas que la gente no quiere oír —respondió él, sirviendo otra bebida sin que nadie la pidiera, mostrando que tras esa fachada de desinterés se escondía una aguda percepción—. Y secretos que mantienen a flote este pueblo.

—Suena rentable. —Hanna jugueteó con la pajita de su bebida.

—Lo es, si sabes exactamente cuándo cerrar la boca y fingir sordera.

Una pausa cargada de significado llenó el espacio entre ellos.

—¿Y tú, Heather...? —dejó la pregunta intencionadamente inconclusa.

—Malone —completó Hanna sin pestañear.

—Heather Malone —repitió Barry, con una sonrisa ladina que sugería que podía oler una mentira a kilómetros—. ¿Qué coleccionas tú, además de esa mirada suspicaz?

Ella giró el vaso entre los dedos con elegancia, observando cómo la luz atravesaba el líquido ámbar. Lo pensó cuidadosamente, calibrando cuánto revelar. Luego, dijo:

—Culpas. Algunas en oferta, otras de edición limitada. La mayoría con demasiado kilometraje.

Barry asintió lentamente, como si acabara de confirmar una teoría personal.

—Naples las conserva bien —comentó, secando un vaso con un trapo—. El aire salado, supongo. Preserva las cosas que deberían descomponerse.

5

Nota, sospecha y ese frío en la nuca

SUBIÓ EN EL ASCENSOR sola, con el mojito medio terminado en la mano, taconeando rítmicamente en el suelo acolchado, como si de verdad no le importara nada. Cada golpecito de tacón era un pequeño acto de rebelión contra el universo, una declaración morse que decía: «Aún estoy aquí, maldita sea». El ascensor olía a ambientador barato con pretensiones de lujo, ese aroma a «vainilla-bambú-dinero» que todos los hoteles de cuatro estrellas parecían comprar al por mayor.

A mitad de camino, mientras la cabina se sacudía con un temblor poco tranquilizador, Hanna pensó en el hombre del muelle. No el que cayó, no el que posiblemente estaba alimentando a los peces en ese momento. El otro. El del comentario casual, la sonrisa tibia que no llegaba a sus ojos, y esa mirada penetrante que parecía leer postales mentales sin necesidad de sellos.

El fotógrafo, vaya.

Si la vida fuera una novela de esas con portada de colores neón y título con tipografía metálica, él sería el tipo misterioso con pasado turbulento, cicatrices emocionales estratégicamente distribuidas y un talento sobrenatural para abrir puertas cerradas con solo una mirada intensa. Pero, como esto era su vida —más bien una extraña serie derivada de una novela pulp, mezclada con reality show de bajo

presupuesto y exceso de drama—, lo más probable era que fuera agente de seguros con crisis de mediana edad o vendedor de jets privados por comisión, con una exesposa que le exigía pensión y un terapeuta harto de sus problemas.

Abrió la puerta con esa tarjeta magnética temperamental que había estado jugando a «funcionaré solo cuando menos lo necesites» todo el día. La habitación mantenía su encanto de «crucero que nunca zarpó», con pósteres marinos que parecían gritar «¡Nuestro diseñador solo vio el mar en Google Images!». Ya estaba mentalmente quitándose el sujetador que la había estado torturando como un pequeño inquisidor de encaje desde el almuerzo cuando, sobre la almohada, donde antes no había nada (y su memoria para estos detalles era tan precisa como inútil en cualquier otra circunstancia de la vida), ahora descansaba un sobre blanco con la elegancia amenazante de una nota de rescate.

Sin remitente. Sin sello. Sin firma florida. Sin rastro de que alguien hubiera entrado violentando cerraduras o ventanas. Sin evidencia de presencia humana. Pero claramente, indiscutiblemente… alguien había entrado.

Hanna se quedó de pie, congelada como una estatua de sal con mejor vestuario, con una mano aún en la manija de la puerta y la otra aferrando el vaso medio vacío. No era paranoia si alguien realmente había estado en tu cama mientras no estabas. Eso era, como mínimo, una violación a la privacidad con potencial de escalada a *thriller* psicológico.

Cerró la puerta con el pie, despacio. Dejó el mojito en la mesa de noche, lamentando por un segundo no haberlo terminado antes de este descubrimiento y abrió el sobre con el cuidado de un cirujano con resaca moderada.

Una hoja. Blanca, inmaculada, como la conciencia que Hanna no tenía. Sin membrete, sin firma, sin huellas dactilares visibles. Solo una frase escrita en tinta negra con la precisión de alguien que sabe exactamente lo que hace:

«Sé lo que viste».

Eso era todo. Nada más. Ni amenazas explícitas. Ni pedidos extravagantes. Ni instrucciones macabras. Solo una frase que parecía sacada de una película de suspenso de las que ella veía a las tres de la mañana en Netflix cuando tenía insomnio, remordimientos y pizza recalentada.

Pero el efecto fue inmediato, como un cubito de hielo deslizándose por la columna vertebral.

Porque esa frase significaba algo terriblemente simple: *Alguien más estaba allí cuando el hombre cayó. Y ese alguien sabía que Hanna también lo estuvo.*

Se sentó al borde de la cama, con la hoja en una mano temblorosa y el estómago revuelto, como si el mojito hubiera sido sustituido por gasolina de baja calidad mezclada con ambiciones rotas.

—Bueno —murmuró a la habitación vacía que aparentemente no era tan privada como sugería el precio por noche—. Y yo que pensaba que lo más complicado de este viaje sería no matar a alguien otra vez. Qué ingenua soy. La edad me está ablandando.

Miró la nota de nuevo, como esperando que las letras hubieran cambiado para formar algo menos inquietante, quizás «Bienvenida al hotel» o «Encuesta de satisfacción». Pero no, seguía diciendo lo mismo. La dobló y la metió en el cajón de la mesita de noche, como si guardarla pudiera quitarle peso.

Después, con un suspiro que contenía tres años de terapia sin procesar, encendió su ordenador portátil. El documento de su novela seguía abierto, juzgándola silenciosamente con su cursor parpadeante. El título provisional brillaba en la parte superior de la pantalla: *Sospecha razonable*. Un título provisionalmente estúpido, tan genérico como un cliché con pretensiones literarias.

Borró el título con un ataque de teclas que sonó a liberación.

Escribió uno nuevo, dejando que sus dedos bailaran sobre el teclado como si supieran algo que ella aún no procesaba: *Cócteles, crímenes y soja.*

Sonrió.

Al menos, sonaba bien.

Guardó el archivo con la satisfacción de quien acaba de resolver un crimen, cerró el portátil y se tumbó en la cama de sábanas que pretendían ser de algodón egipcio, pero que claramente habían nacido en una fábrica china, mirando el techo con manchas de humedad que formaban patrones como pequeñas islas de un archipiélago olvidado. Pensó, con esa claridad que solo da el peligro inminente, que esconderse en Naples podía ser lo más arriesgado que había hecho en su vida. Incluso más arriesgado que huir de Nueva York. Y eso que ya había matado a un hombre con sushi de supermercado y una alergia conveniente, un crimen que la policía había catalogado como «accidente desafortunado», pero que su conciencia archivaba bajo «homicidio gastronómico premeditado con mala leche».

6

Todo el mundo sabe algo (menos tú)

HANNA SE DESPERTÓ CON el cuello torcido como si hubiera dormido usando una piedra por almohada, la sábana enrollada en un origami y una idea fija taladrada en la cabeza con la sutileza de un martillo: café. El posible homicidio que había presenciado podía esperar en la sala de urgencias de su conciencia. El café merecía atención inmediata, categoría «cuestión de vida o muerte».

El reloj del teléfono declaraba con indiferencia digital que eran las 7:49 horas. No era madrugadora por vocación, ni por virtud, sino por un trauma laboral crónico. Cuando pasas quince años leyendo el Wall Street Journal antes de que el sol se digne a asomar su cara resplandeciente, el cuerpo se acostumbra a sufrir temprano, como un penitente con horario de oficina.

Bajó al comedor común del Coral Pearl con el pelo recogido en una coleta que parecía el resultado de una pelea con un ventilador, las gafas de sol firmemente plantadas en su rostro (porque Florida y sus mañanas cegadoras eran una combinación tan sutil como un puñetazo a los globos oculares), y una camiseta desgastada que proclamaba con irónica precisión: *«Just here for the drama»*. No recordaba haberla comprado. Probablemente, había sido adquirida bajo la influencia de demasiadas copas de vino y muy pocas decisiones sensatas.

El *buffet* ofrecía exactamente lo que uno esperaría de un hotel que se autodenomina «boutique» con la misma convicción con que un perro callejero podría llamarse «pedigrí»: huevos revueltos con la textura de una esponja industrial, fruta cortada que evidenciaba haber sufrido una crisis existencial y café. Negro. Caliente. Sorprendentemente aceptable. Hanna le dio un trago reverencial. Y entonces, atravesando la niebla cafeínica de su cerebro en recuperación, escuchó el primer susurro, fino como hilo dental pero igual de agudo.

—...lo sacaron anoche del agua, lo juro por Dios y todas mis cirugías estéticas. —El tono era de confesión teatral.

—¿Muerto? —La respuesta vino cargada de ese peculiar horror deleitado que solo las buenas catástrofes ajenas provocan.

—No sé con certeza. Pero había policías. Y uno de los cocineros, ese cubano tan mono, dijo que había sangre. La suficiente para alimentar a los mosquitos de tres condados.

—¿Y quién era? ¿Alguien importante?

—Nadie lo sabe, oficialmente. Dicen que era huésped. Que discutió acaloradamente con alguien. Una mujer, según Jennifer, la de recepción, aunque esa niña confundiría a una palmera con George Clooney si tuviera suficiente vodka encima.

Hanna no se giró. No necesitaba el movimiento físico para confirmar lo que ya sabía. Las voces emanaban como vapor tóxico de una mesa estratégicamente ubicada detrás de la maceta más artificialmente verde del comedor. Dos señoras con peinados tipo bomba nuclear controlada, labios pintados y ojos de halcón entrenados en décadas de vigilancia vecinal no remunerada. Nivel cotilleo: doctorado con honores y publicaciones en revistas especializadas.

La cucharilla de Hanna dejó de trazar círculos perezosos en el café. Su pulso, en cambio, decidió interpretar un solo de batería.

—Tú eres la chica nueva, ¿no? —dijo una voz a su izquierda, con la cadencia melodiosa de alguien que ha perfeccionado el arte de sonar amigable mientras recopila información clasificada.

Se giró con lentitud para no parecer sobresaltada, aunque su corazón estuviera practicando parkour contra sus costillas. Y ahí estaba.

Edna «Edie» Lawrence. Setenta y tantos años mal llevados con un entusiasmo tan descomunal que resultaba casi sospechoso. Llevaba pantalones de lino color coral (porque aparentemente existía una ordenanza municipal que obligaba a vestir como un flamenco nervioso), una blusa estampada con flamencos bailarines (la ironía no escapó a Hanna), y el tipo de sonrisa que podría ser interpretada como tranquilizadora o como la última visión de un ratón antes de que el gato atacara, dependiendo enteramente del contexto. Olía a una colonia, eso sí.

—Depende —respondió Hanna, poniendo su tono de voz en algún lugar entre la cautela y el cinismo—. ¿«Chica nueva» como en «bienvenida al vecindario, aquí tienes un pastel casero» o como en «dónde exactamente estabas anoche cuando alguien posiblemente murió de forma extraña»?

Edie soltó una carcajada que sonó a casa de muñecas embrujada, atrayendo tres miradas curiosas desde otras mesas. No pareció importarle lo más mínimo.

—Me caes bien, chica —declaró, sentándose sin pedir permiso.

—Eso es preocupante —murmuró Hanna, pero no hizo ningún intento de expulsar a la intrusa florida de su mesa. A veces, la información viene en paquetes envueltos en perfume y arrugas faciales.

—Yo soy Edie. Todos me conocen. Todos me cuentan cosas. A veces sin querer. A veces, mientras duermen, si dejaran las ventanas abiertas, lo cual nadie hace en estos días de psicosis justificada.

—Y tú las compartes con amor y discreción, claro.

—Claro que no, querida. Las comparto con criterio quirúrgico. ¿Quieres un cruasán? Aquí son pasables si les metes suficiente mantequilla y una buena dosis de culpa católica. La mantequilla para el sabor, la culpa para la experiencia completa.

Hanna aceptó uno. Por educación elemental. Y porque tenía un hambre que podría competir con un tiburón en ayunas. Y porque, a veces, la manera más rápida de averiguar qué se cuece en el caldero del chisme local es dejar que alguien como Edie te sirva el guiso directamente en la boca, con cuchara de plata robada y todo.

—¿Oíste lo del muelle? —preguntó Edie, bajando el volumen a un susurro que probablemente podía oírse hasta en Miami.

Hanna fingió interés mientras su párpado izquierdo ejecutaba un tic nervioso.

—Algo escuché de pasada. ¿Qué pasó exactamente?

—Dicen las malas lenguas —que son las únicas que hablan en este pueblo, las buenas están todas ocupadas rezando o comprando acciones— que un huésped desapareció misteriosamente. Que alguien lo empujó deliberadamente, como quien saca la basura, pero con más dramatismo. Que discutía acaloradamente con una mujer de pelo oscuro. Pero claro… eso dicen los rumores, y los rumores en Naples son como los huracanes: muchos rugen, pocos destruyen, todos exageran. A mí nadie me cuenta nada oficialmente, soy solo una pobre viuda con tiempo libre y excelente oído. Solo tengo a Gloria, del turno de noche, como fuente, y esa pobre alma no distinguiría entre un grito de auxilio y una gaviota con indigestión.

—Entonces podría ser cualquier cosa —sugirió Hanna, intentando que su voz sonara casual y no a culpabilidad buscando coartada.

—Claro que sí, querida. Pero también podría no serlo. La verdad en Naples es como la arena: está en todas partes y se mete en los lugares más incómodos. Y tú… estabas anoche por el bar, ¿no? Te vi salir. Con prisa.

Hanna tragó café. Le supo repentinamente amargo, como la realidad sin filtro.

—Estuve un rato. Pequeño. Insignificante. ¿Por?

—Nada en particular. Solo comparto datos, como las abejas comparten polen. Sin intención, pero con consecuencias. Solo que deberías saber que en este hotel, los rumores empiezan a incubarse en el desayuno, como huevos de cocodrilo al sol, pero se cocinan

realmente al almuerzo, cuando el alcohol empieza a fluir y las lenguas se aflojan como corsés victorianos después de un festín.

—Bonita analogía…

—Si quieres evitar estar en el menú como plato principal, más te vale sentarte en la mesa correcta. La que tiene el mantel limpio, si me entiendes.

—Te entiendo.

Edie la miró en silencio y le guiñó el ojo con descaro, hasta tres veces.

—He dicho que la entiendo.

La mujer le guiñó el ojo de nuevo.

Eso era un aviso. Envuelto en metáforas y sellado con perfume caro, pero un aviso al fin y al cabo. En lenguaje de señora aparentemente amable con garras bien afiladas. Y Hanna lo entendió con la claridad del agua de Florida antes de que lleguen los turistas.

Lo del guiño, pensó que debía de ser su marca personal.

—Gracias por la advertencia tan... sutil —dijo, reconstruyendo su fachada de indiferencia ladrillo a ladrillo—. Pero suelo sentarme sola. Política personal. Menos testigos, menos problemas.

—Entonces más te vale tener espalda ancha y ojos en la nuca —respondió Edie, guiñando otra vez un ojo, con la coquetería de quien ha sobrevivido a tres maridos y posiblemente tenido algo que ver con al menos una de esas defunciones, mientras untaba el cruasán con mantequilla—. En Naples, querida, nadie está realmente solo. En el fondo, todos estamos siendo observados… desde diferentes ángulos.

7

Mensajes donde menos te lo esperas

DESPUÉS DE DESAYUNAR CON Edie —una experiencia comparable a presenciar un interrogatorio policial conducido por una *influencer* septuagenaria con demasiado tiempo y escaso filtro—, Hanna decidió que necesitaba una ducha. No cualquier ducha: una de proporciones bíblicas.

Recorrió el pasillo del hotel con su café agonizante en la mano, esquivando al ejército de limpieza armado con aspiradoras ruidosas, a un huésped que mantenía una guerra telefónica con lo que parecía ser todo su árbol genealógico, y a una planta artificial cuyo mismo helecho sintético había estado atrapando polvo desde que los Backstreet Boys eran relevantes.

Al llegar a su habitación, se despojó de la ropa, activó su lista de reproducción —jazz suave, porque incluso en sus momentos más caóticos conservaba ese aire de superioridad cultural que nunca admitiría en voz alta— y se sumergió bajo el chorro de agua caliente. Un lujo que apreciaba con devoción casi religiosa después de doce meses vagando entre moteles donde la presión del agua tenía la misma potencia que un anciano soplando una vela de cumpleaños.

Cuando emergió, envuelta en una toalla blanca que emanaba ese aroma particular a detergente industrial, se dirigió al armario. Y

entonces lo vio.

Doblado cuidadosamente dentro de la segunda toalla. Otro papel. Otro sobre blanco.

Su cuerpo respondió: instantáneamente se tensaron sus músculos, se interrumpió su respiración a medio camino, y un escalofrío elevó su columna vertebral. Porque había una diferencia abismal entre encontrar una nota sobre la almohada y descubrir que alguien había tocado sus pertenencias íntimas.

Sus. Malditas. Toallas.

Con cuidado, abrió el sobre. Otro papel inmaculado, pero esta vez con un mensaje que no dejaba lugar a interpretaciones.

«No te metas. No eres tan lista como crees».

Maravilloso. La hospitalidad floridana en su máxima expresión.

Hanna se dejó caer en la cama, sosteniendo el sobre con una mano, mientras la otra mantenía la toalla en su lugar. Un cuadro digno de «espía existencialista en crisis», si hubiera habido alguna cámara oculta capturando el momento. Pero no era su postura lo que ocupaba su mente.

Era el tono.

La primera nota había sido un enigma envuelto en posibilidades, casi un juego perverso. Esta, en cambio, cruzaba una línea invisible. Esto era personal. Llevaba el inconfundible olor de alguien que la había estudiado desde las tinieblas, evaluado como a una amenaza, y decidido que requería una advertencia más contundente que simples mensajes sutiles.

Y ese detalle despertó algo en su interior. Algo que llevaba hibernando bajo capas meticulosamente construidas de indiferencia fingida y martinis a media tarde.

Su orgullo.

Porque Hanna Moody podía tolerar muchas cosas: el calor asfixiante de Florida que convertía el aire en sopa, los desayunos insípidos disfrazados de experiencia gourmet, los vecinos cargados con más secretos que un archivo gubernamental clasificado... Pero las amenazas eran territorio prohibido. Especialmente aquellas

escritas con la tinta negra de la cobardía y entregadas mientras ella estaba ausente.

Se incorporó con osadía, se vistió con precisión calculada y se calzó las sandalias nuevas que la hacían parecer una turista inofensiva, mientras su mente trazaba estrategias dignas de un tablero de ajedrez.

Acto seguido, guardó la nota en la mochila como quien archiva evidencia y encendió el portátil.

Y escribió:

«Capítulo 2: El cadáver que nadie quería ver».

Luego dirigió su mirada hacia la ventana, donde el océano exhibía una calma inquietante.

Demasiado tranquilo.

Y con una sonrisa que hubiera preocupado a cualquiera que conociera su historial, murmuró:

—Vamos a ver quién no es tan lista, cariño.

8

Recepción, mentiras y un rostro que no puede ser

HANNA BAJÓ A RECEPCIÓN con paso firme, disimulando su intranquilidad. Había perfeccionado esa forma de caminar que las mujeres emplean al comportarse con normalidad mientras desarrollan mentalmente estrategias defensivas.

Matías, el recepcionista de sonrisa artificial, continuaba en su puesto. Hoy lucía una camisa estampada de piñas. Los diseños en este hotel parecían códigos visuales.

—Buenos días, Heather —saludó, tratándola como a una conocida.

—Buenos es un término relativo —respondió ella, apoyándose en el mostrador con naturalidad.

—¿Necesita algo?

—Sí —dijo Hanna, inclinándose—. ¿Ocurrió algo anoche? Vi movimiento en el muelle desde mi ventana. ¿Sucedió algo?

Matías parpadeó dos veces. Su sonrisa se transformó en mero protocolo.

—Hubo una emergencia menor. Un cliente tuvo un accidente. Resbaló al agua.

—¿Está bien? El cliente, quiero decir.

—Recibió atención médica. Nada grave —respondió precipitadamente.

"Mentiroso novato", pensó Hanna. Lo había visto caer. No fue un resbalón. Si estaba «bien», ¿por qué nadie lo buscaba? ¿Por qué dos notas?

—Me preocupé. Las noticias circulan rápido y la imaginación vuela —comentó Hanna, girándose.

Y entonces ocurrió.

El ambiente cambió. El aire se volvió denso. Y ella lo vio entrar.

Traje sin corbata. Camisa blanca con mangas dobladas. Barba corta, gafas sobre la cabeza. Una carpeta bajo el brazo. Su andar reflejaba autoridad sin necesidad de uniforme.

Nathan Keller**.** Exagente del Departamento de Justicia. Y ex algo suyo, una relación que nunca definieron.

Hanna lo observó con una sensación de sorpresa y ansiedad. Él no la había visto todavía.

Giró rápidamente, como recordando algo urgente, y se escondió en el pasillo de las máquinas de hielo. Se recostó contra la pared. Su corazón latía acelerado.

—No puede ser —murmuró.

Nathan estaba en Naples.

Y eso solo significaba dos posibilidades:

La buscaba a ella.

O buscaba algo peor.

Ambas opciones presagiaban problemas importantes.

***

Cuando Hanna entró al bar esa noche, Nathan ya estaba sentado allí, en una mesa discreta cerca de la ventana, contemplando el mar como quien observa un crimen que ha cometido y del que no se arrepiente. La silueta de su traje perfectamente cortado contra el atardecer floridano le daba un aire de depredador en descanso. El tipo de hombre que arruina vidas mientras pide un whisky con hielo.

—¿Lo de siempre, Heather? —preguntó Barry desde detrás de la barra, enfatizando el nombre falso con un destello en los ojos que oscilaba peligrosamente entre la complicidad y el chantaje potencial.

Hanna se preguntó si en algún rincón olvidado del local había un tablón con fotos de todos los clientes y sus respectivas identidades verdaderas.

—Lo de siempre, pero doble —respondió ella, dirigiéndose hacia Nathan como quien camina sobre cristales rotos en sandalias baratas: dolorosamente consciente del peligro, pero fingiendo una soltura que estaba muy lejos de sentir.

Nathan levantó la vista justo en el momento exacto en que Hanna contemplaba la disyuntiva existencial entre sentarse frente a él o convertirse en una leyenda local desapareciendo por la puerta trasera. Demasiado tarde. Sus ojos, oscuros e inquietantemente familiares, la anclaron al presente con la eficacia de un arpón.

—Hanna —pronunció él, con esa voz que arrastraba demasiadas noches compartidas y suficientes secretos como para llenar una fosa en el pantano—. No esperaba verte aquí.

—Evidentemente —respondió ella, ocupando la silla frente a él con la elegancia forzada de quien se instala en territorio enemigo—. Generalmente, no se envía tarjeta de aviso cuando uno viene a desmantelar meticulosamente la existencia de otra persona.

Nathan sonrió, pero con esa sonrisa microscópica que parecía decir: *«Créeme, estoy tan atrapado en este pantano emocional como tú».* Luego hizo una pausa cronometrada, la recorrió con una mirada que catalogaba cada detalle como si buscara grietas en una armadura, y añadió con una suavidad casi creíble:

—Me alegra saber que estás bien.

—¿Bien? Estoy escondida en Florida, rodeada de jubilados que me cuentan sus operaciones mientras desayuno. Eso no es estar bien, es el purgatorio con palmeras.

Barry apareció con la discreción de un espía de segunda categoría y depositó un mojito doble frente a Hanna. Los observó a ambos con ese interés clínico de *bartender* que ha presenciado suficientes reencuentros incómodos como para escribir una enciclopedia sobre el tema.

—Si necesitáis algo más, estoy a un gesto de distancia —murmuró con tono neutro, retirándose estratégicamente a una posición desde donde podría captar cada sílaba sin parecer que lo intentaba.

—Interesante elección —comentó Nathan, señalando con un gesto aristocrático la bebida de Hanna.

—Envenenar accidentalmente a un empresario con soja, genera cierta sed —replicó ella, dando un sorbo que esperaba transformara el nudo en su garganta en algo parecido a la valentía.

Él inclinó ligeramente la cabeza, como un depredador, reconsiderando su estrategia.

—Así que efectivamente fuiste tú.

—No. Fueron los makis asesinos. Yo solo los señalé en la carta mientras le contaba mi fascinante historia sobre cómo abandoné una carrera prometedora para escribir novelas que nadie lee.

Nathan exhaló con esa paciencia artificial perfeccionada en salas de interrogatorio.

—Sabes perfectamente que si estoy aquí no es por Robertson y su alergia mal gestionada.

—Ahí está el problema, Nathan. No sé absolutamente nada. ¿Por qué no iluminas mi ignorancia subtropical?

Él bajó la mirada hacia la mesa, reordenando mentalmente frases como fichas de dominó antes de colocarlas. Luego, clavó en ella unos ojos que parecían haber visto demasiados finales trágicos:

—Estoy aquí por otro asunto completamente distinto. El tipo que desapareció anoche tiene conexiones con ciertos individuos que me interesan… profesionalmente. No tenía la menor idea de que tú estabas involucrada hasta que crucé el lobby y casi provocó en ti una crisis cardiorrespiratoria digna de estudio médico.

—No dramatices. Fue apenas un microinfarto estético.

Nathan casi sonrió. Un acontecimiento tan raro como un eclipse lunar.

—Escucha —continuó con esa intensidad contenida que siempre precedía a las malas noticias—. Si estás involucrada en cualquier

situación aquí, necesito saberlo ahora mismo. Antes de que esto estalle como una granada de mano en un espacio cerrado.

Hanna lo miró directamente, sosteniendo su mojito como si fuera simultáneamente escudo y arma, la última barrera entre la verdad y lo que estaba a punto de decir.

—No estoy involucrada en absolutamente nada extraordinario. Literalmente, vine aquí a escribir una novela policíaca mediocre y a absorber vitamina D como una planta desesperada. Fotosíntesis, lo llaman. Cualquier otra cosa que ocurra en este microcosmos de palmeras artificiales y secretos mal guardados es simplemente Florida siendo Florida.

Nathan suspiró y se incorporó con esa fluidez exasperante propia de quienes han perfeccionado el arte de abandonar situaciones complicadas sin despeinar un solo cabello.

—Bien. Si esa circunstancia cambia, ya sabes perfectamente cómo encontrarme.

Hanna arqueó una ceja con precisión quirúrgica.

—¿Por el rastro de corazones rotos y testigos traumatizados?

Él la miró una última vez.

—Por ahora, intenta mantenerte completamente al margen. Esto es significativamente más grande que tú y que yo.

—Qué alivio —respondió ella con una tranquilidad tan falsa como sus documentos de identidad—. Por un espantoso momento, pensé que habías cruzado medio país exclusivamente para convertir mi exilio tropical en un infierno con cócteles.

Él se marchó sin molestarse en responder, dejando tras de sí una estela de colonia cara y preguntas sin respuesta.

Barry regresó inmediatamente y comenzó a limpiar la mesa vacía.

—¿Un viejo amigo? —preguntó mientras recogía el vaso apenas tocado de Nathan.

—Algo así —murmuró Hanna, dando otro prolongado sorbo al mojito que ya empezaba a derretirse, como sus resoluciones—. Más bien, una antigua catástrofe personal con traje italiano.

Barry sonrió con esa sabiduría que solo otorgan décadas sirviendo alcohol a personas en crisis.

—Tengo la impresión de que contigo ninguna decisión se lleva a cabo por rutas sencillas.

Hanna alzó su copa hacia él en un brindis irónico.

—Por fin alguien que se adentra en la espesa bruma de mi complejidad creada…

—Qué poético. Cualquiera diría que eres escritora.

Y aunque externamente mantenía una fachada de indiferencia sarcástica, internamente reconocía que su exilio tranquilo había expirado oficialmente, como una tarjeta de crédito en un momento particularmente inconveniente. Ahora se encontraba frente a una desaparición incomprensible, dos notas amenazantes escritas con una caligrafía perturbadora, y un antiguo fantasma personal que portaba un traje que probablemente costó más que su vehículo. Material más que suficiente para comenzar una novela. O para finalizar prematuramente su existencia. O, conociendo su suerte, ambas cosas a la vez.

9

La mujer que lo sabe (casi) todo

HANNA CRUZÓ EL PATIO del hotel como quien atraviesa un campo minado en tacones: con paso suicida y una sonrisa de aeropuerto. Su mojito —ahora un cadáver líquido con hielos derretidos y una rodaja de lima deshidratada— seguía en su mano como último testigo de su conversación con Nathan. Lo que había comenzado como una huida patética a Florida se transformaba ahora en algo que sonaba mucho más digno en su cabeza: una operación encubierta. Aunque en realidad, lo único verdaderamente encubierto era su creciente ansiedad y el sudor traicionero que convertía su nuca en un pequeño ecosistema tropical.

Localizó a Edie exactamente donde cualquier guía de turismo sobre depredadores sociales habría sugerido: estratégicamente posicionada junto a la piscina, ataviada con unas gafas de sol tan enormes que parecían diseñadas para observar eclipses nucleares, un sombrero de paja cuya circunferencia rivalizaba con la órbita de Saturno, y una margarita de proporciones tan obscenas que debería requerir permiso de navegación costera.

—Ah, la chica misteriosa regresa por una segunda dosis —proclamó Edie con un entusiasmo que oscilaba entre lo maternal y lo inquietantemente forense, elevando el borde de su sombrero como

si fuera el telón de un teatro privado—. ¿Ya te cansaste de ese acto de indiferencia existencial que has estado perfeccionando?

—Supongo que mi repertorio de personajes es limitado —respondió Hanna, ocupando la silla vacía como quien acepta un destino inevitable—. Tengo preguntas, y según el comité oficial de chismes playeros, tú tienes todas las respuestas del universo.

—El comité no exagera. Las tengo. Otra cuestión completamente distinta es si estoy dispuesta a compartirlas sin compensación adecuada.

—¿Cuál es tu precio? —preguntó Hanna, preparándose mentalmente para negociar con la versión floridana de una esfinge.

Edie inclinó su cabeza, aunque Hanna sospechaba que la mujer ya tenía calculado el valor exacto de cada sílaba que planeaba compartir, probablemente desde que la vio cruzar el patio.

—Quiero algo jugoso sobre ti. No esas tonterías prefabricadas que dices como un folleto turístico. Algo auténtico. Algo que duela un poquito al salir.

—¿Cómo estás tan segura de que miento? —preguntó Hanna, genuinamente curiosa.

—Por favor, querida. Eres tan peluquera como yo astronauta retirada de la NASA. ¿De qué estás huyendo realmente?

—De malas decisiones tomadas bajo buena iluminación.

Edie sonrió ampliamente, como un felino que acaba de acorralar algo pequeño e interesante.

—Esa respuesta tiene potencial. Podemos construir desde ahí.

Hanna exhaló lentamente. Edie sería una negociadora implacable forjada en las trincheras del cotilleo profesional. Pero las opciones escaseaban tanto como su paciencia.

—Bien, ilumíname sobre lo ocurrido en el muelle —cedió finalmente Hanna.

Edie redujo el volumen de su voz a un susurro teatral que, paradójicamente, atraía más atención que si hubiera usado un megáfono.

—El hombre que protagonizó ese inesperado incidente nocturno, era huésped aquí, pero no cualquier huésped del montón. Llegó hace exactamente tres días. No precisamente el candidato a «Mr. Simpatía», ya me entiendes...

—Sí. Te entiendo.

—Pelo oscuro con entradas estratégicamente disimuladas, cuarenta y muchos disimulados como treinta y pocos. Usaba gafas de sol dentro del comedor durante el desayuno, lo cual ya es un diagnóstico psiquiátrico en sí mismo. Nadie sabe con precisión qué asuntos lo trajeron a nuestro pequeño paraíso de segunda categoría, pero Clara Vaughn...

—¿La viuda profesional con colección de broches fúnebres?

—La mismísima. Clara insiste en que nuestro zambullidor nocturno tenía asuntos pendientes con alguien hospedado en el hotel. Algo relacionado con dinero sustancial. O una mujer. O ambas cosas simultáneamente, que suele ser la combinación más letal conocida por la humanidad. Pero Clara tiene una relación complicada con la realidad objetiva, así que tomamos sus revelaciones con la misma precaución que un cóctel preparado por Matías en sus días malos.

Hanna asintió lentamente, procesando la información.

—¿La policía ha descubierto algo relevante?

—Lo único que la policía local sabe con certeza, es cómo extorsionar a los turistas por aparcar tres minutos en zona prohibida. Pero hay alguien más husmeando por aquí, alguien que definitivamente no comulga con la incompetencia pintoresca de nuestra fuerza policial.

—¿Como quién exactamente?

—Como tu atractivo visitante del bar —respondió Edie con una sonrisa que combinaba malicia, curiosidad y algo sospechosamente parecido a la compasión—. ¿Quién es realmente?

Hanna mantuvo su expresión tan neutral como un informe meteorológico suizo.

—Un viejo amigo.

—Ese «viejo amigo» tuyo mantuvo una conversación muy tensa con el gerente. Y otra con Matías, que hizo que nuestro barman favorito rompiera un vaso. Parece obsesionado con el hombre del muelle, pero nadie le proporciona información útil. Mi teoría es que teme que lo hayan eliminado permanentemente del censo.

—¿Teoría o certeza?

—Sé que está preocupado como un gato en una perrera. Y que alguien ha limpiado cualquier evidencia con una eficiencia que haría llorar de envidia a mi servicio de limpieza. Milagrosamente, las cámaras de seguridad experimentaron una avería técnica simultánea, y los potenciales testigos han desarrollado amnesia colectiva. ¿Comprendes lo que eso significa?

—¿Que alguien dentro del hotel está involucrado hasta el cuello?

—Precisamente. Así que, querida Heather —Edie pronunció el nombre falso como quien señala delicadamente una peluca mal colocada—, te sugiero extrema precaución. Por estos lares no aprecian las complicaciones que atraen titulares nacionales.

—¿A qué viene eso?

—Solo te pongo sobre aviso. Tengo la impresión fundamentada de que tú atraes problemas con la misma facilidad natural con que Clara magnetiza viudos con cuentas bancarias robustas.

—Gracias por el cumplido profesional.

—De nada, cielo. Ahora, mi compensación acordada —declaró Edie, inclinándose tanto que su sombrero creó una zona privada entre ambas—. ¿Quién es realmente ese espécimen masculino con traje caro y mirada de quien ha visto demasiados cadáveres antes del desayuno?

Hanna consideró sus opciones durante exactamente tres segundos cronometrados. Podía fabricar otra mentira. Podía evadir la pregunta con elegancia. Podía simplemente guardar silencio estratégico. Pero Edie no representaba una enemiga; era potencialmente un recurso táctico. Un arma de información masiva. Mejor mantenerla en su órbita que lanzarla al espacio.

—Se llama Nathan Keller. Es... era agente federal. Departamento de Justicia.

—Ah, eso explica infinidad de detalles fascinantes —murmuró Edie, saboreando la información como un caramelo exquisito—. Ahora nuestro pequeño rompecabezas adquiere dimensiones considerablemente más interesantes.

—¿Por qué exactamente?

—Porque si un hombre como él considera necesario abandonar Washington e infiltrarse en nuestro humilde resort de jubilados y divorciados en serie, significa que este misterio, aparentemente trivial, tiene ramificaciones que probablemente involucren siglas gubernamentales y expedientes clasificados.

Edie dio otro sorbo ceremonial a su margarita y sonrió con una alegría tan genuina que resultaba perturbadora, como una niña descubriendo que la Navidad se adelantó seis meses. Hanna, en cambio, experimentó la creciente certeza de que su exilio autoimpuesto en Florida —originalmente concebido como una retirada estratégica para lamerse las heridas profesionales— acababa de metamorfosearse oficialmente en algo sustancialmente más turbio, peligroso y complicado que lo que había planeado al comprar aquel billete de avión solo ida.

Lo verdaderamente preocupante era que, en algún rincón inconfesable de su conciencia, no estaba segura de detestar del todo esa escalofriante posibilidad.

10

Cómo meterse en líos sin salir del hotel

HANNA NUNCA HABÍA TENIDO vocación de detective. Tampoco de asesina accidental, pero la vida tiene un sentido del humor tan retorcido como un palmito en un huracán. El Coral Pearl —ese monumento a la mediocridad turística con ínfulas de exclusividad— había conseguido transformarla en ambas cosas en menos tiempo del que tarda un jubilado en contar su última operación de vesícula.

Su plan maestro de existencia subterránea —ese elaborado esquema que incluía cócteles multicolores con sombrillitas ridículas, puestas de sol contempladas con fingida indiferencia, y escribir sobre asesinatos en lugar de improvisarlos— acababa de estrellarse contra el iceberg de la realidad con la fuerza de un crucero conducido por un capitán borracho.

Y por «realidad», se refería a la tríada infernal: Nathan Keller con su traje perfectamente cortado y su mirada de «he visto cosas que harían llorar a tu terapeuta», la misteriosa desaparición del hombre del muelle que había decidido convertirse en pez, y Edie —especialmente Edie— con su sombrero descomunal y su talento para reclutar detectives improvisadas a cambio de revelaciones peligrosamente personales.

Necesitaba información que no hubiera sido diluida en cloro, margaritas y paranoia de jubilados. Algo más tangible que chismes

susurrados entre tumbonas. Algo real, sólido, verificable. ¿Pero cómo demonios empezar cuando tu única cualificación detectivesca era haber visto todas las temporadas de CSI durante una gripe tenaz?

La respuesta llegó envuelta en un polo de golf y pantalones beige perfectamente planchados: Arthur Bell estaba materializado en el pasillo, frente a su habitación, como un genio convocado por la lámpara, justo cuando Hanna emergía al mundo exterior.

—¡Heather! Precisamente la persona que necesitaba —exclamó Arthur con esa sonrisa deslumbrante.

—¿Yo? ¿Para qué propósito, si se puede saber? —preguntó Hanna, mientras su desconfianza se activaba.

—Un pequeño contratiempo técnico —respondió él, con una inocencia tan creíble como Santa Claus en un centro comercial—. Olvidé la llave magnética dentro de mi habitación, y Matías está ocupado sosegando los nervios histéricos de Clara Vaughn por un supuesto ratón en su armario que, conociendo a Clara, probablemente sea su propio reflejo en un espejo.

—¿Y yo figuro en esta ecuación porque...?

—No figuras en absoluto, técnicamente hablando. Pero necesito compañía mientras espero la llave de repuesto. Detesto permanecer solo en los pasillos. Me hace parecer sospechoso, y ya tengo suficientes exesposas que me consideran culpable de todo, desde el cambio climático hasta sus decisiones de inversión desastrosas.

—¿Y no eres realmente sospechoso?

Arthur soltó una carcajada.

—Solo si consultas el historial de búsqueda de cualquiera de mis matrimonios fallidos.

Hanna exhaló de forma dramática. Interactuar con Arthur era como participar en un torneo de póker donde todos sonreían, nadie mostraba sus cartas, y las fichas representaban fragmentos de verdad cuidadosamente seleccionados.

—De acuerdo, pero exclusivamente cinco minutos cronometrados. Tengo una agenda repleta de actividades que pretendo realizar

mientras en realidad miro al techo contemplando mis decisiones vitales.

—Cinco minutos es un margen temporal más que suficiente para mis propósitos.

Mientras avanzaban por el pasillo hacia la habitación de Arthur —un trayecto que parecía extenderse como una metáfora visual de sus sospechas crecientes—, él la miró con una intensidad que perforaba su fachada de jubilado despreocupado.

—Escuché que has estado interrogando a los nativos sobre el hombre que experimentó un encuentro cercano con la gravedad y el océano. ¿Fuiste testigo presencial del incidente?

Hanna titubeó, calibrando cuidadosamente su respuesta.

—Digamos que presencié... algo que podría o no ser relevante en un contexto adecuado.

Arthur la examinó.

—Te sugiero precaución extrema. No eres la única con interés arqueológico en este asunto. La policía oficial ha etiquetado el suceso como «accidente lamentable pero estadísticamente previsible», pero el agente que me interrogó, parece albergar una relación complicada con esa versión simplificada. Me preguntó cosas muy específicas. Sobre otros residentes temporales, sobre actividades que podrían interpretarse como sospechosas bajo cierta luz. Y, curiosamente, sobre ti.

Hanna clavó su mirada en él, luchando por mantener su expresión de «no sé de qué hablas ni me preocupa».

—¿Sobre mí, eh?

—Preguntó con notable interés si eras una incorporación reciente a nuestro ecosistema, y si había observado alguna interacción entre tú y el hombre desaparecido… antes de su transición a estado líquido. Naturalmente, declaré absoluta ignorancia sobre el tema. Primero, porque, efectivamente, carezco de información verificable al respecto. Y segundo, porque tengo una alergia crónica a las preguntas que potencialmente conducen a respuestas que requieren abogados costosos.

Hanna experimentó un escalofrío que no guardaba relación alguna con el sistema de climatización.

—¿Y cómo describirías físicamente a ese agente tan meticuloso? —preguntó, conociendo perfectamente la respuesta antes de que Arthur pronunciara una sílaba.

—Elevada estatura, traje que claramente excede el presupuesto de un funcionario promedio, corte de pelo que sugiere barbero personal en lugar de franquicia. Expresión facial de alguien que ha contemplado abismos que preferiría no describir durante cenas familiares.

Nathan. Por supuesto. El universo manejaba la ironía como un crupier veterano: siempre sabías que la casa ganaría, pero nunca exactamente cómo te iba a arruinar.

Alcanzaron el umbral de la habitación de Arthur. Hanna observó la puerta herméticamente cerrada, cada vez más consciente de la incongruencia narrativa que flotaba en el aire.

—Arthur... —comenzó con la lentitud deliberada de quien desarma un dispositivo explosivo—, afirmaste que habías dejado la llave dentro, ¿correcto?

Él asintió con una naturalidad tan perfecta que casi resultaba creíble.

—Entonces, ¿podrías explicar científicamente qué es ese rectángulo blanco que asoma indiscretamente de tu bolsillo derecho? —preguntó Hanna, señalando con un gesto sutil, pero inequívoco, la tarjeta magnética que sobresalía.

Arthur siguió la dirección de su mirada, pestañeó con un asombro tan falso como las palmeras del vestíbulo, y extrajo lentamente la llave con la expresión de asombro de un mago.

—Oh... aparentemente he cometido un error de percepción —comentó, sonriendo como si acabara de protagonizar un momento adorablemente torpe, digno de una comedia romántica—. ¡Qué lamentable deterioro cognitivo el mío!

Hanna lo observó con desconfianza. Arthur guardó la tarjeta y abrió la puerta de su habitación.

—Agradezco sinceramente tu tiempo y compañía, Heather. Siempre resulta estimulante intercambiar palabras contigo.

—El sentimiento es recíproco —respondió Hanna, retrocediendo estratégicamente mientras Arthur se desvanecía tras la puerta como un espejismo del desierto.

El característico sonido del mecanismo de cierre automático resonó en el pasillo como la confirmación acústica de una verdad innegable: Arthur Bell era un mentiroso consumado. La cuestión primordial no radicaba en si mentía, sino en la razón por la cual elaboraba cuidadosamente falsedades sobre llaves olvidadas.

Y, significativamente más perturbador: ¿qué propósito realmente perseguía mientras deambulaba por un pasillo donde, casualmente, se encontraba la habitación de Hanna?

11

Una viuda en el camino

HANNA RECORRIÓ EL PASILLO hacia la habitación del huésped desaparecido. Su corazón martilleaba mientras proyectaba una fachada de normalidad absoluta.

«Definitivamente, no estoy investigando, solo deambulo sin rumbo, como quien no quiere la cosa».

Necesitaba respuestas reales. No los chismes destilados a través de margaritas o las verdades diluidas en mojitos que circulaban por el resort como moneda corriente. Quería evidencia palpable. Algo concreto que no fueran amenazas anónimas ni ex colegas portando placas federales que aparecían de la nada con la sutileza de un huracán.

Al doblar la esquina, sin embargo, una figura emergió como materializada del aire mismo, bloqueando su camino con la precisión de alguien que había estado esperándola exactamente ahí.

Clara Vaughn.

La viuda en serie, con tres maridos fallecidos en su haber, se presentaba impecable, como si despertar en un estado de inmaculada fuera su superpoder principal y patentado. Un vestido de color crema que susurraba dinero antiguo con acento europeo, un collar de perlas que probablemente costaba más que el apartamento de Hanna, y uñas perfectamente lacadas en un tono rojo que

evocaba escenas de crimen no resueltas. Parecía recién salida de un episodio vintage de Dinastía, lista para devorar dramas ajenos como quien desayuna caviar: con elegancia letal y sin dejar evidencia.

«Tres maridos muertos y ahí estaba ella, fresca como una rosa que acabara de ser regada con lágrimas de cocodrilo».

—Ah, querida Heather —pronunció la mujer, desplegando una sonrisa que apenas disimulaba la hostilidad subyacente—. Justo la persona con quien deseaba conversar.

—¿En serio? ¡Qué coincidencia cósmica! Porque yo justamente me dirigía en la dirección opuesta.

Clara arqueó una ceja, un gesto practicado que seguramente había perfeccionado frente al espejo durante décadas.

—Tan ingeniosa como misteriosa. Edie me ha contado maravillas sobre ti. Y créeme, no es sencillo impresionar a Edie.

—Edie se impresiona con la facilidad de un niño en una función de magia. Dale dos margaritas y se convertirá en tu fan incondicional de por vida.

—Posees un sentido del humor refrescante —comentó Clara, con una voz que destilaba miel envenenada—. Pero, permíteme ser directa: ¿qué buscas exactamente en este hotel?

—¿Sol, playa y anonimato? —respondió Hanna, simulando indiferencia—. Como todos los que vienen aquí, supongo.

—No, no todos. Algunos llegan huyendo de algo. Otros, buscando a alguien específico. Me pregunto, ¿tú en qué categoría encajas?

La pregunta navegaba peligrosamente cerca de verdades que Hanna no podía permitirse revelar. Decidió contraatacar.

—¿Y tú, Clara? ¿En qué categoría te ubicas? Porque «viuda tres veces consecutivas» suena más a patrón criminal que a romántica con mala suerte.

Clara mantuvo la compostura con una dignidad evidentemente ensayada, pero Hanna detectó el momentáneo endurecimiento en sus ojos, el gesto revelador que ningún entrenamiento social podía ocultar completamente.

—Touché, Heather. Veo que no te agradan los rodeos. Mejor así. Te ofreceré un consejo gratuito: mantén un perfil bajo. Este hotel puede parecer un paraíso tranquilo, pero bajo la superficie hay corrientes peligrosas. El hombre desaparecido no se esfumó por casualidad.

Hanna controló meticulosamente su expresión, pero internamente saltaron todas las alarmas.

—¿Qué sabes exactamente sobre ese asunto?

—Lo suficiente para alertarte. No intentes jugar a ser detective, Heather. Otros lo han intentado antes y terminan... profundamente decepcionados.

—Agradezco tu preocupación maternal —respondió Hanna con acidez—. Pero creo que puedo manejar cierta dosis de decepción en mi vida.

Clara sonrió nuevamente, esta vez sin molestarse en fingir calidez.

—Ya veremos. Y una última cosa: cuidado con Arthur. Puede proyectar encanto y sofisticación, pero, créeme, no querrás convertirte en su próximo error.

Clara giró con la elegancia de una bailarina de ballet retirada y se desvaneció pasillo abajo, dejando a Hanna inmóvil en medio del pasillo. La sensación pegajosa de caminar directamente hacia una telaraña meticulosamente tejida, se adhirió a su piel como la humedad tropical.

Y lo peor era que aún no identificaba quién era realmente la araña en este juego.

***

Después de la charla con Clara, Hanna se aseguró de que el pasillo estuviera completamente desierto, escrutando cada sombra antes de aproximarse a la puerta marcada con el número 214. Sabía que no era precisamente la mejor idea del mundo —también sabía que desde que puso un pie en Naples, las buenas ideas habían decidido tomarse unas vacaciones indefinidas de su cerebro.

Se plantó frente a la puerta, inhaló profundamente y extrajo del bolsillo trasero de sus vaqueros una pequeña tarjeta magnética blanca, «adquirida temporalmente sin permiso» del carrito de limpieza, cuando la camarera estaba distraída coqueteando con el chico del mantenimiento. Ni siquiera estaba segura de que el truco funcionaría, pero era eso o exhibir unas habilidades de cerrajería que brillaban por su absoluta inexistencia.

—Por favor, que la suerte me acompañe por una maldita vez.

Deslizó la tarjeta y, de manera milagrosa, la luz verde se encendió como un signo radiante de aprobación. Una sonrisa tensa se dibujó en su rostro. Al parecer, los hoteles de tres estrellas y sus sistemas de seguridad mediocres tenían sus ventajas.

Empujó la puerta con la delicadeza de quien desactiva una bomba, elevando una plegaria silenciosa para que la habitación estuviera vacía, particularmente de cadáveres. No necesitaba más complicaciones en su ya sobrecargado historial. Entró de puntillas, como una ladrona diletante, y cerró tras de sí con un cuidado casi reverencial.

La habitación era un espejo perturbador de la suya, exceptuando que esta lucía impecable, lo cual constituía por sí mismo un elemento sospechoso. Hanna escaneó el espacio con mirada clínica: cama perfectamente hecha con esquinas militares, maleta cerrada con precisión geométrica, ausencia total de signos de forcejeo. Todo tan meticulosamente ordenado que desprendía un aura de artificialidad inquietante.

—Demasiado limpio para alguien que supuestamente huyó en pánico —murmuró para sí misma, mientras sus dedos rozaban la superficie impoluta del escritorio—. O el tipo es patológicamente ordenado, o alguien ha pasado por aquí después.

Avanzó directamente hacia la maleta, que para su inmensa fortuna no estaba asegurada con combinación ni candado. La abrió con la misma cautela con que desvelaría un nido de serpientes. En su interior, ropa doblada con precisión, artículos de higiene personal

dispuestos en orden cromático, y un portafolios de cuero negro que destacaba a la vista.

Lo abrió, conteniendo la respiración. «Vaya, vaya…». Documentos corporativos con sellos oficiales, papeles llenos de jerga legal impenetrable y... fotografías.

Eran imágenes meticulosamente capturadas del hotel. Del muelle. De huéspedes aparentemente aleatorios, disfrutando de su estancia.

Y entre la colección de fotografías, típicas de un *voyeur*, una imagen especialmente intrigante: un primer plano preciso de ella misma, capturado con un teleobjetivo, recostada de manera despreocupada en la terraza del bar, con Barry inclinándose hacia ella en una postura reservada.

—Mierda —murmuró, mientras un escalofrío ascendía por su columna como una babosa—. Esto cambia absolutamente todo.

Pero detrás de esa imagen, aguardaba otra aún más inquietante: Nathan Keller, en plena conversación con Matías, el recepcionista de sonrisa fácil y ojos astutos. La fecha estampada en la esquina inferior derecha indicaba que la fotografía había sido tomada dos días antes de que ella pusiera un pie en el resort.

El misterioso desaparecido no solo los había estado vigilando. No. El muy cretino había estado estudiándolos de manera metódica, incluso antes de que Hanna llegara a aquel infierno tropical vestido de refugio.

En ese preciso instante, el sonido de unos pasos resonó en el pasillo, acompañado de voces que se aproximaban con alarmante rapidez. Con movimientos frenéticos, extrajo las fotografías más comprometedoras y las deslizó en su bolsillo. Luego devolvió el portafolios a su posición original y cerró la maleta, eliminando cualquier evidencia de su intrusión.

Su corazón martilleaba contra sus costillas como si intentara escapar de su pecho. Las voces ahora reverberaban justo al otro lado de la puerta, claras como campanas funerarias. Inhaló profundamente, contando hasta tres, y se precipitó hacia el único refugio disponible: el baño.

Apenas había cerrado la puerta cuando escuchó el característico chasquido electrónico de la cerradura principal cediendo. Desde su escondite improvisado, las voces llegaban con una claridad aterradora:

—...sí, ya revisé minuciosamente este lugar, está completamente limpio —afirmaba una voz masculina, seca y profesional, con la monotonía de quien ha repetido el mismo procedimiento cientos de veces.

—Busquen de nuevo. Cada rincón, cada grieta —ordenó otra voz que Hanna reconoció instantáneamente, provocando que la temperatura de su sangre descendiera varios grados. Era la voz de Nathan.

Un escalofrío devastador recorrió cada centímetro de su cuerpo. Ser descubierta allí equivaldría a una condena.

Nathan no estaba simplemente investigando la desaparición de un turista despistado. Estaba rastreando algo más grande y más siniestro, algo que la implicaba directamente a ella en una red invisible de conspiraciones.

Y ahora, ella comprendía con meridiana claridad que, si la encontraban en aquel cubículo, necesitaría mucho más que su habitual arsenal de comentarios mordaces para salir con vida.

12

Escapadas discretas y baños ajenos

HANNA PERMANECÍA ENCERRADA EN el baño, con la espalda pegada contra los fríos azulejos color crema, conteniendo la respiración como si el oxígeno mismo fuera un lujo que no podía permitirse. Si alguna vez existió una metáfora perfecta para el desastre ambulante en que se había convertido su vida, era precisamente esta: acurrucada en el sanitario de un hombre desaparecido mientras su ex-lo-que-fuera-que-habían-sido, alardeando de su autoridad federal, registraba meticulosamente la habitación en busca de pistas que, por una cruel ironía, ella acababa de encontrar.

Por supuesto, había tomado mejores decisiones en su vida. Como aquella vez que invirtió en acciones de tecnología justo antes del colapso bursátil. O cuando pensó que salir con un agente federal era compatible con sus actividades al margen de la ley.

A través de la delgada puerta, la voz de Nathan llegaba con una claridad perturbadora. Cada palabra era un pequeño martillo sobre su ya frágil tranquilidad.

—Revisa la maleta otra vez —insistió con ese tono autoritario que Hanna recordaba demasiado bien de sus discusiones domésticas—. Necesito saber exactamente con quién ha estado en contacto. Cada nombre, cada lugar.

—No hay absolutamente nada aquí, ya te lo dije tres veces —respondió el otro hombre, con la paciencia agotada de quien lidia con un obsesivo—. Y Matías, el recepcionista, juró por su madre que nadie más tiene acceso a estas habitaciones.

—Matías no representa precisamente la persona más confiable del mundo —replicó Nathan—. Cambiaría su lealtad por un billete de veinte dólares. Alguien más estuvo aquí recientemente, puedo sentirlo.

Hanna sintió cómo su respiración se transformaba en pequeños jadeos entrecortados, rogando a quien fuera que la escuchara para que no decidieran revisar el baño por segunda vez. Su mirada desesperada recorrió el reducido espacio, deteniéndose en la ventana, pequeña y estrecha, como una salida de emergencia diseñada para gatos, no para humanos adultos.

Estaba entreabierta para ventilar, apenas lo suficiente para permitir el paso del calor tropical cargado de humedad y, quizás, con algo de suerte y contorsionismo circense, a una ex-broker de Wall Street reconvertida en fugitiva improvisada y detective accidental.

—Bien, volvamos a recepción —pronunció finalmente Nathan, con evidente frustración—. Aquí no hay nada útil.

Los pasos resonaron acercándose hacia la puerta principal, y Hanna exhaló silenciosamente el aire que había estado reteniendo. Pero justo en ese instante, como si el universo tuviera un sentido del humor particularmente perverso, algo vibró dentro del baño: su móvil. La notificación de un mensaje entrante retumbó con una intensidad acústica que pareció amplificada por el eco del baño, suficiente como para ser escuchada hasta en la piscina del hotel.

—Espera —ordenó Nathan bruscamente desde fuera, con instinto de depredador, captando el movimiento de su presa.

Hanna sintió cómo el corazón se le detenía en seco, convirtiéndose en hielo dentro de su pecho.

—¿Qué sucede? —preguntó el otro hombre, confundido.

—He oído algo —insistió Nathan con certeza absoluta—. Viene del baño.

Pasos rápidos, decididos, avanzaron en dirección a su escondite. Hanna no tuvo tiempo de pensar; simplemente actuó por puro instinto de supervivencia. Empujó la ventana hacia arriba con una desesperación nacida del pánico, subió al borde de la bañera con la agilidad inesperada que solo proporciona el terror genuino, y comenzó a deslizarse por la abertura, notando con horror cómo sus caderas —maldita genética familiar— encajaban apenas en el marco.

Desde el otro lado de la puerta, el puño de Nathan golpeó la madera con fuerza autoritaria.

—¿Hay alguien ahí? ¡Abran inmediatamente! —exclamó con voz que no admitía réplica.

No tenía tiempo para refinamientos.

Hanna se impulsó con toda la fuerza que sus brazos temblorosos pudieron reunir, logrando proyectar la mitad superior de su cuerpo al exterior, mientras sus piernas pataleaban indecorosamente en el vacío. Abajo, un arbusto de hibiscos de aspecto frágil parecía su única protección contra una caída potencialmente humillante.

La puerta del baño cedió con un crujido cuando Hanna finalmente conseguía deslizar el resto de su cuerpo por la ventana, cayendo sin ninguna gracia sobre las ramas floridas. Rodó involuntariamente por el césped húmedo, aterrizando con la dignidad característica de una profesional treintañera en ropa de resort, despeinada y con el maquillaje corrido, precipitándose desde una ventana como una adolescente.

Desde arriba, la voz de Nathan reverberó con claridad cristalina:

—La ventana está abierta... Alguien definitivamente estaba aquí. ¡Revisa el perímetro exterior!

Hanna no esperó a comprobar si la orden sería ejecutada. Se incorporó con dificultad, sacudiéndose hojas y pétalos que se habían adherido a su vestimenta como pruebas acusadoras, y corrió con la adrenalina bombeando por sus venas, evitando estratégicamente los caminos principales del resort, hasta desaparecer entre las sombras proyectadas por el edificio central, justo donde ninguna mirada curiosa pudiera identificarla.

Allí se detuvo, finalmente, jadeante, con el pelo transformado en un nido de pájaros tropicales, y esa sensación dolorosamente familiar de que acababa de complicar exponencialmente una situación ya de por sí desastrosa.

Con los dedos temblorosos, extrajo las fotografías robadas, contemplándolas durante un segundo que pareció estirarse hasta el infinito, mientras susurraba para sí misma con una mezcla de incredulidad y resignación:

—¿En qué maldito agujero negro me he metido ahora? Y lo más importante, ¿cómo demonios voy a salir de él?

Y mientras el sol descendía lentamente sobre Naples en un espectáculo de rojos y naranjas dignos de postal turística, Hanna comprendió algo fundamental con absoluta claridad: el tiempo de huir había terminado.

El misterio había dejado de ser una abstracción para convertirse en algo tangible que la implicaba directamente. Ya no existía marcha atrás posible.

Solo quedaba avanzar hacia las brumas, armada únicamente con sátira y una colección de fotografías robadas que probablemente la conducirían hacia problemas mucho mayores de los que intentaba escapar.

13

Barry, mojitos y confesiones a medias

HANNA SE CONCEDIÓ EXACTAMENTE cinco minutos para recuperar el aliento, recomponer su dignidad fracturada, y recoger los pedazos dispersos de su ya muy vapuleado orgullo antes de decidir su próximo movimiento. Necesitaba respuestas concretas que no estuvieran envueltas en mentiras decorativas, y más urgentemente, necesitaba un aliado que no la apuñalara por la espalda al primer descuido. Descartó mentalmente sus opciones como quien elimina sospechosos en un tablero de Cluedo: Edie (demasiado parlanchina, revelaría sus secretos al primer mojito compartido), Clara (el equivalente humano a una cobra con collar de perlas), y Arthur (un mentiroso tan consumado que probablemente engañaba hasta a su reflejo en el espejo).

Le quedaba Barry. El barman de sonrisa enigmática, comentarios mordaces y ojos que parecían llevar un registro detallado de todos los pecados consumidos en su establecimiento. No era precisamente el epítome de la confiabilidad, pero de todos los habitantes del ecosistema cerrado que era el Coral Pearl, era el único que aún no había intentado mentirle descaradamente a la cara. Al menos no que ella hubiera detectado con su radar para mentiras, recientemente calibrado tras años de Wall Street.

Entró al bar cuando el atardecer transformaba el cielo en un espectáculo cromático digno de una postal turística: naranjas intensos, rojos sangrantes y violetas sugestivos. Barry estaba detrás de la barra, limpiando vasos con aire ausente, como si sus pensamientos navegaran en corrientes mucho más profundas que las del mar cercano. Levantó la mirada cuando Hanna cruzó el umbral, sus ojos escaneándola de pies a cabeza con la precisión evaluadora de un tasador profesional.

—Vaya día has tenido, Heather —comentó, arqueando una ceja con elegancia sardónica—. ¿Te peleaste a muerte con un arbusto tropical o te expulsaron del club local de jardinería por conducta inapropiada con las orquídeas?

—Hilarante como siempre, Barry. Sírveme algo potente, algo que haga olvidar a una que acaba de precipitarse por una ventana y aterrizar sobre un arbusto de hibiscos no muy colaborativo.

—¿Estamos hablando de una caída literal o es una elaborada metáfora existencial?

—Lamentablemente, dolorosamente literal. Con moretones que lo confirmarán mañana.

Barry emitió una risa suave, como el ronroneo de un felino satisfecho, pero sus manos se movieron con precisión experta, preparando una bebida con la velocidad de quien ha convertido ese gesto en arte. Un mojito reforzado, con suficiente ron para derribar a un elefante marino adulto. Hanna lo agradeció silenciosamente, reconociendo que la mejor terapia a veces venía en forma líquida y con una rodaja de lima.

—Barry, necesito hablar contigo —pronunció ella, tras ingerir un trago prolongado que descendió por su garganta como fuego líquido —. Y no me refiero a la habitual charla intrascendente sobre el clima tropical o las quejas sobre turistas malcriados.

Él se apoyó sobre la barra con una pose estudiada de interés profesional.

—Soy todo oídos. Tengo licencia de barman-terapeuta-confesor, aunque técnicamente caducó cuando descubrieron que mis consejos

generalmente empeoraban la situación de mis clientes.

—¿Qué sabes realmente sobre el huésped que desapareció? Y no me des la versión edulcorada para turistas impresionables.

La expresión de Barry experimentó una sutil metamorfosis, abandonando su habitual máscara de desgana divertida. Dejó el trapo con lentitud y se aproximó un poco más, reduciendo el espacio entre ambos hasta convertirlo en un canal seguro para confidencias.

—Sé que no era precisamente un entusiasta de los buffets libres y excursiones organizadas. Hablaba con la economía de un monje trapense, observaba con la intensidad de un depredador evaluando presas, y formulaba preguntas que hacían saltar mis alarmas internas.

—¿Qué clase de preguntas exactamente?

—Sobre patrones de comportamiento de ciertos clientes. Horarios de personal y cambios de turno. Ubicación específica de cámaras de seguridad y sus puntos ciegos. Y, curiosamente, parecía particularmente obsesionado contigo.

—¿Conmigo? —La voz de Hanna se quebró ligeramente.

—Indagó sobre tu nombre completo, tus motivaciones para hospedarte aquí, si viajabas sola o acompañada, tu rutina diaria. Le proporcioné la información mínima socialmente aceptable, insistiendo en que eras simplemente otra turista más buscando sol y alcohol en proporciones terapéuticas. Pero se notaba que mis respuestas le resultaban tan convincentes como un billete de tres dólares. Era perspicaz. Peligrosamente perspicaz.

Hanna exhaló lentamente, con la mirada perdida en las profundidades ámbar de su vaso, como si las respuestas pudieran materializarse entre los cubos de hielo que se derretían.

—Encontré fotografías en su habitación. Una mía, tomada desde lejos sin mi conocimiento. Otra de Nathan Keller conversando animadamente con Matías.

—¿El tipo con traje de «soy demasiado importante para vestir como un turista normal» que parecía interrogarte ayer? ¿Quién es realmente?

—Un ex... agente federal. Tenemos historia compartida, y no del tipo que inspira comedias románticas precisamente.

Barry esbozó una sonrisa torcida, sacudiendo la cabeza con una mezcla de diversión y resignación.

—Fascinante. Así que no eres simplemente una novelista de misterio que disfruta bebiendo mojitos en la costa de Florida mientras busca inspiración para su próximo bestseller.

—No exactamente.

Barry permaneció callado durante un momento.

—Heather, o cualquiera que sea tu verdadero nombre, llevo suficiente tiempo observando desde detrás de esta barra para reconocer cuando alguien está huyendo de algo. Es como un perfume invisible que algunos clientes llevan consigo. Pero permíteme ofrecerte un consejo: sé cautelosa. En el Coral Pearl, cada sonrisa oculta un secreto, y cada conversación superficial puede ser una trampa.

—¿Incluido tú en esa advertencia?

Los labios de Barry se curvaron en una sonrisa enigmática que no alcanzó sus ojos.

—Especialmente yo.

Hanna asintió levemente, captando el mensaje subyacente con la claridad de quien ha navegado aguas turbulentas antes.

—Necesito ayuda, Barry. Necesito comprender qué demonios está sucediendo en este hotel aparentemente idílico antes de que alguien resulte gravemente herido. O algo peor.

Barry inhaló profundamente, como si estuviera sopesando meticulosamente cada sílaba de su respuesta. Luego, con un movimiento casi imperceptible, le indicó que se aproximara aún más.

—Puedo ayudarte a orientarte en este laberinto, pero necesito algo a cambio.

—¿Qué exactamente?

—La verdad. No ahora, tal vez no mañana, pero, cuando las circunstancias lo permitan. Cuando llegue el momento apropiado, quiero conocer la historia completa de lo que realmente te trajo aquí

y por qué un agente federal con cara de pocos amigos está removiendo cielo y tierra para encontrarte.

Hanna estudió su rostro minuciosamente. Sabía que depositar su confianza en Barry era equivalente a caminar por la cuerda floja sin red de seguridad, pero también era consciente de que sus opciones se habían reducido drásticamente.

—Hecho —respondió finalmente, elevando su copa en un brindis —. Un trato es un trato. Aunque debo advertirte que la verdad podría resultar más peligrosa que la ignorancia.

Barry hizo chocar su copa contra la de ella con delicadeza casi ceremonial, sellando así el pacto.

—Entonces, bienvenida oficialmente al lado oscuro del Coral Pearl, Heather.

—Gracias por la invitación. Aunque, para ser completamente sincera, llevo tanto tiempo habitando en las sombras que ya considero la oscuridad mi residencia permanente.

Y mientras el sol se sumergía definitivamente bajo la línea del horizonte, tiñendo el mar de negro obsidiana, Hanna sintió, por primera vez desde que llegó a Naples, que ya no navegaba completamente sola. Lo que aún no sabía era si este inesperado aliado representaba su salvación o simplemente otra forma sofisticada de destrucción.

14

Alianzas peligrosas

EL ACUERDO CON BARRY era simple, pero Hanna tenía la sensación de que «simple» no era una palabra aplicable a cualquier situación que involucrara al enigmático barman. Como llamar «llovizna» a un huracán categoría cinco.

Acordaron encontrarse pasada la medianoche, cuando la mayoría de los habitantes temporales del Coral Pearl estarían dormidos en sus camas, soñando con mojitos y chismes que intercambiar junto a la piscina al día siguiente. El punto de encuentro: una pequeña oficina tras el bar, un cubículo atiborrado de cajas de alcohol y documentos administrativos que nadie había revisado desde que Florida era territorio español.

Cuando Hanna dobló la esquina del pasillo con sigilo, Barry ya estaba allí, apoyado en el marco de la puerta con la expresión de alguien contemplando las decisiones que lo habían conducido hasta ese momento de cuestionable legalidad.

—¿Lista para nuestra incursión delictiva? —preguntó él en un susurro, escaneando el pasillo en busca de testigos.

—Si te digo que no, ¿cambia en algo nuestra trayectoria hacia el desastre?

—Absolutamente nada. El tren del desastre ya salió de la estación.

Barry manipuló la cerradura con la habilidad de alguien que claramente no aprendió ese talento en la escuela, y ambos se deslizaron al interior. Encendió una lámpara de escritorio que arrojó sombras sobre las paredes, revelando un espacio repleto de archivadores antiguos cubiertos de polvo y torres de cajas apiladas de forma inestable.

—¿Qué estamos buscando aquí? —preguntó Hanna, intentando que su voz no traicionara su nerviosismo.

—Registros que alguien no quiere que encontremos. Nuestro huésped firmó con un nombre falso, pero sospecho que alguien aquí sabía quién era en realidad y lo dejó entrar. Lo que nos lleva a la pregunta: ¿por qué?

—¿Matías, el recepcionista?

—Probablemente. Pero Matías no actúa sin autorización. Necesita permiso de alguien más arriba en la cadena para registrar a un huésped con credenciales falsas.

Barry comenzó a revisar los cajones con eficiencia. Hanna, siguiendo su ejemplo, atacó el extremo opuesto de la habitación, mientras su corazón latía con fuerza. La ironía de que su nueva vida tranquila en Florida incluyera registros ilegales no le pasó desapercibida.

—Bingo —susurró Barry después de varios minutos, extrayendo un expediente de aspecto limpio—. John Miller. ¿Te suena?

—Tan auténtico como un billete de treinta dólares.

—Es nuestro hombre. Llegó con ese nombre, pagó en efectivo y se registró con un pasaporte probablemente falso. Pero observa esto...

Barry señaló una anotación en el expediente, trazada con caligrafía elegante: **«Aprobado por C.V.»**

—Clara Vaughn —pronunció Hanna, sintiendo cómo la sospecha crecía en su interior—. La coleccionista de maridos fallecidos.

—No solo viudos adinerados caen en su red. Clara es propietaria parcial de este establecimiento. Cada decisión, cada problema que

surge, pasa por su escritorio. Y si ella autorizó la estancia de nuestro falso John Miller, significa que hay algo más grande gestándose.

—¿Cuál es nuestro próximo movimiento?

—Nada precipitado. Primero necesitamos descubrir la verdadera identidad de nuestro huésped. Hay que confrontar a Clara, pero con cuidado. Esa mujer puede destruir tu vida mientras toma el té.

En ese momento, el eco de pasos resonó en el pasillo, haciendo que la sangre de Hanna se congelara.

—Oh, maravilloso. Justo lo que necesitábamos —susurró con pánico.

Barry reaccionó rápidamente, apagando la luz con un movimiento que sumió la habitación en la oscuridad.

—Escóndete ahora y reza para que no sea quien creo que es.

Ambos se agazaparon tras una fortaleza improvisada de cajas, conteniendo la respiración cuando la puerta se abrió con un chirrido. Hanna sintió los dedos de Barry cerrarse alrededor de su muñeca, un gesto que transmitía la necesidad de silencio.

Desde su escondite, observaron cómo una silueta masculina familiar entraba con confianza, cerrando la puerta tras de sí. No era Matías ni Clara.

Era Nathan Keller, materializándose en su pesadilla.

Nathan encendió nuevamente la lámpara, inspeccionó el espacio con ojos entrenados y se dirigió directamente al mismo archivador que acababan de revisar.

Barry giró lentamente la cabeza hacia Hanna, su expresión una mezcla de alarma y curiosidad, pero ella solo podía concentrarse en la revelación: Nathan estaba más implicado en estos secretos de lo que había admitido.

Y esa certeza traía consigo una consecuencia: si los descubría allí, agazapados, sus opciones de supervivencia se desvanecerían.

***

Desde su escondite tras las cajas de licor prémium, —ironía suprema para alguien que había pasado buenos años ahogando secretos en

Manhattan con whisky carísimo— Hanna contuvo la respiración hasta que sus pulmones protestaron. Nathan se deslizaba por el archivo con la familiaridad inquietante de un depredador en su territorio, como si el Coral Pearl fuera simplemente otra de sus escenas del crimen meticulosamente catalogadas.

Encendió la lámpara de escritorio con un clic seco que resonó en el silencio. El círculo de luz amarillenta trazó una frontera entre el mundo visible, donde los secretos quedaban expuestos, y las sombras densas donde Hanna y Barry permanecían inmóviles, con cada músculo tenso hasta el límite.

Nathan no mostró vacilación. Avanzó con precisión hacia el mismo archivador donde Barry había desenterrado el expediente del fantasmagórico «John Miller» minutos antes. La coincidencia era demasiado perfecta para ser casual, demasiado sincronizada para no parecer una conspiración. El metálico deslizamiento de los cajones pareció amplificarse en el espacio claustrofóbico mientras extraía la misma carpeta que ahora descansaba vacía entre sus manos.

—Vacía —pronunció en voz baja. No era sorpresa ni frustración, sino la voz de quien confirma una teoría sospechada, el científico que finalmente observa bajo el microscopio lo que había predicho encontrar.

Con un movimiento fluido, Nathan extrajo de su chaqueta una pequeña grabadora digital, el accesorio imprescindible de quienes han aprendido a no confiar en sus propios recuerdos, mucho menos en los de otros.

—«Archivo de Coral Pearl, habitación 214. Confirmado: expediente alterado o deliberadamente sustraído« —dictó con voz profesional—. «John Miller operaba bajo identidad falsa. Clara Vaughn aparece como contacto de autorización. Posible vínculo con la red de facilitadores del sur de Florida. No reportar hallazgos oficialmente. Elevado riesgo de filtración interna en la agencia.» — Nathan pausó la grabación con un gesto mecánico y guardó el dispositivo, exhalando un suspiro que parecía cargar el peso de mil casos no resueltos.

Hanna intercambió una mirada fugaz con Barry. Ninguno se atrevía a parpadear demasiado fuerte. El término específico que Nathan había pronunciado —«red de facilitadores»— reverberó en su cabeza como una campana de alarma. No era terminología oficial. Era jerga especializada y peligrosa para cualquiera conectado con ella.

Nathan cerró el archivador con delicadeza, pero no se dirigió hacia la salida como cualquier persona razonable haría tras confirmar la ausencia de lo buscado. En lugar de eso, se quedó inmóvil, con la postura alerta de un animal que detecta una presencia extraña. Sus ojos recorrieron la habitación meticulosamente, deteniéndose brevemente en cada rincón oscuro, como si intuyera las sombras que lo observaban.

Hanna sintió el sudor frío recorrerle la columna vertebral. Un paso más, una mirada más profunda en su dirección, y su nueva identidad se derrumbaría.

Pero, contra todo pronóstico, en lugar de aproximarse, Nathan extrajo su teléfono del bolsillo, deslizó el dedo por la pantalla y llevó el dispositivo a su oído. La espera fue breve pero tensa.

—Sí. Estoy dentro —confirmó con voz controlada pero urgente—. Escúchame: si Clara efectivamente está orquestando esto desde las sombras, necesito evidencia irrefutable antes de proceder. Y si Hanna Moody está implicada, te sugiero que me lo comuniques ahora.

Hanna cerró los ojos con fuerza, como si pudiera hacer desaparecer la realidad que se estrellaba contra ella. Su nombre. No la ficticia Heather, no la supuesta escritora frustrada. La verdad expuesta en dos palabras que ahora colgaban en el aire viciado de la oficina.

Nathan sabía. O al menos, sospechaba lo suficiente como para pronunciar ese nombre en voz alta. Esa simple revelación alteraba las reglas de un juego peligroso.

—Aún no voy a confrontarla directamente. No hasta tener certeza absoluta sobre su implicación —continuó con frialdad—. Pero te

advierto: si se me escapa esta vez, si deja Florida... no quiero volver a escuchar su nombre jamás en mi carrera.

La amenaza velada quedó en el aire mientras finalizaba la llamada. Permaneció inmóvil, como esperando que las paredes le susurraran confesiones. Finalmente, con un movimiento decisivo, extinguió la luz, sumergiéndolos en una oscuridad densa. La puerta se abrió y cerró con un chirrido que pareció burlarse de su urgencia por mantener secretos.

El silencio pesaba. Solo cuando transcurrió un minuto completo sin el menor indicio de presencia externa, Barry se atrevió a romperlo con un susurro:

—¿Hanna Moody, eh? Interesante giro para nuestra aventura nocturna.

Ella se dejó caer sentada sobre el suelo, con la espalda contra las cajas de vodka importado, mientras su mirada permanecía en el espacio donde Nathan había proyectado su sombra segundos antes.

—No me mires con esa expresión de detective aficionado —respondió con voz temblorosa—. Aún no conoces ni la mitad de esta historia.

—No necesito conocer la mitad para entender lo esencial —replicó Barry, incorporándose lentamente mientras sacudía el polvo de sus pantalones—. Ya está claro que esto trasciende la simple desaparición de un turista con mal gusto para los nombres.

—¿Y todavía estás dispuesto a involucrarte en este desastre? —preguntó Hanna, estudiando su rostro en busca de vacilación.

Barry se encogió de hombros con una sonrisa torcida entre la resignación y una curiosidad imposible de disimular.

—Después de escuchar esa conversación digna de película de espionaje... sorprendentemente, sí. Pero necesito saber qué hacía una mujer como tú en los círculos financieros de Wall Street mientras una red criminal aparentemente te seguía.

Hanna inhaló profundamente, sintiendo cómo el aire del archivo llenaba sus pulmones con secretos acumulados. El silencio de la

oficina se cernía sobre ella como una lápida, recordándole todas las palabras que había callado durante los últimos ocho meses.

—Eso, mi querido Barry, te lo revelaré durante el próximo mojito que me prepares —respondió, intentando revestir las palabras con sarcasmo defensivo.

Pero incluso ella pudo percibir cómo su voz traicionaba su aparente ligereza, quebrándose sutilmente en la última sílaba. Lo suficiente para que Barry captara el mensaje no verbalizado: el tiempo se agota. Y el peligro es tan real como las balas.

Mientras ambos se incorporaban con cautela, el expediente vacío sobre el escritorio parecía burlarse de todos ellos.

15

Sombreros gigantes, chismes y un plan indecente

BARRY Y HANNA EMERGIERON de la claustrofóbica oficina cuando el pasillo había recuperado su estado natural de abandono nocturno. El silencio apenas disimulaba el estruendo de sus corazones, que parecían decididos a delatar su presencia.

—Necesitamos un cerebro externo a esta ecuación potencialmente letal —sentenció Hanna mientras atravesaban el patio interior, escrutando cada sombra como una posible amenaza—. Y preferiblemente uno que no venga equipado con placa federal y tendencias homicidas hacia mí.

—Esa descripción suena sospechosamente familiar —respondió Barry, torciendo la boca en una mueca que oscilaba entre la resignación y el horror—. Suena exactamente a lo que en mi vocabulario de bartender clasifico como «situación Edie inminente».

—Bingo, premio para el caballero —confirmó Hanna con una sonrisa tensa—. Nadie almacena más datos que un servidor gubernamental de máxima seguridad, salvo Edna Lawrence con una margarita XXL en una mano y aburrimiento crónico en la otra.

A la mañana siguiente, en la terraza de la piscina...

Edie Lawrence estaba posicionada bajo una sombrilla de proporciones tan colosales que bien podría confundirse con la cúpula del Vaticano tras sufrir un tratamiento de esteroides. El parasol,

estampado con flores tropicales que gritaban «¡turista!» en quince idiomas hacía juego con su sombrero de paja, decorado con frutas de plástico que probablemente violaban varias leyes de la física.

En su mano derecha descansaba su inseparable compañera de aventuras: una margarita del tamaño de un florero pequeño, con suficiente tequila para tumbar a un caballo. En la izquierda sostenía un cuaderno de crucigramas que funcionaba más como archivo de chismes del Coral Pearl que como pasatiempo intelectual.

Hanna se dejó caer en la butaca adyacente; Barry, por su parte, prefirió mantener la postura vertical, balanceándose ligeramente sobre sus talones como un guardaespaldas contratado con el último vale descuento de Groupon.

—¿Preparados para la tan esperada clase de pilates subacuático? —saludó Edie, arqueando una ceja—. Hoy en el programa: trabajamos glúteos, abdominales y conspiraciones de alto nivel. Todo en uno, chicos, eficiencia ante todo.

—Creo que me quedaré exclusivamente con la porción de conspiraciones del menú —respondió Hanna, evitando imaginar el espectáculo de cuerpos sesentones en neopreno haciendo posiciones imposibles bajo el agua—. Necesito acceso inmediato y sin restricciones a tu red neuronal de chismes sobre Clara Vaughn. Lo antes posible, preferiblemente antes que mis enemigos me encuentren y me conviertan en comida para tiburones.

El brillo travieso en los ojos de Edie se encendió.

—Clara Vaughn... —pronunció el nombre—. Bueno, querida, esa información premium viene con un precio elevado. Un favor importante, como diría mi tercer marido antes de pedirme que ocultara cosas en la aduana.

Hanna intercambió una mirada cargada de significado con Barry. Él asintió imperceptiblemente: *paga lo que sea necesario, estamos demasiado hundidos como para preocuparnos por la integridad moral ahora*.

—Está bien —cedió Hanna—. Dispara tu pregunta, Edie. Pero sin rodeos, que el apocalipsis personal no espera.

—Quiero saber, con pelos y señales, la auténtica razón por la que un agente federal de aspecto amenazador te llama Hanna Moody en lugar de Heather Malone. Y no me vengas con la versión edulcorada. Quiero la historia sin censura, la versión para adultos.

Barry chasqueó la lengua con desaprobación; evidentemente esperaba algo menos revelador, como quizás la receta secreta de la sangría que servía en el bar.

Hanna inhaló profundamente.

—La versión condensada: testifiqué contra un broker de Wall Street que complementaba sus actividades financieras acosando a sus subordinadas y estafaba a viudas. Al final, él decidió tomar un descanso permanente. Yo, como toda persona sensata, salí corriendo antes de que el sistema judicial decidiera mi papel en la historia.

Edie ladeó la cabeza, disfrutando cada sílaba de aquella confesión.

—Sorprendentemente aceptable, aunque intuyo que has omitido detalles. No importa, los arrancaré de Barry después, cuando esté suficientemente borracho —sentenció—. Bien, ahora mi parte: Clara Vaughn, la viuda más prolífica desde la Mantis Religiosa.

Con la solemnidad de quien maneja documentos de seguridad, extrajo de su bolso un sobre de manila con signos de haber sido manipulado, doblado y escondido en múltiples ocasiones.

Dentro yacía un tesoro de burocracia comprometida: fotocopias de escrituras, registros de transferencias bancarias sospechosas y, como joya de la corona, un contrato de participación en el Coral Pearl Resort & Investments LLC. El documento ostentaba la firma de Clara Vaughn y el logo de Southshore Logistics, una empresa pantalla famosa en el cotilleo criminal.

—Esto llegó misteriosamente a mis manos a través del 'correo interno', hace aproximadamente dos semanas —explicó Edie, ajustándose las gafas de sol del tamaño de platos soperos—. Tiene el inconfundible aroma de blanqueo de capitales y tráfico de sustancias exclusivas para la élite que veranea en yates.

—La «red de facilitadores del sur de Florida» que mencionó Keller en su grabación —murmuró Barry, conectando los puntos.

Edie sonrió, disfrutando de que sus datos de chismes tuvieran nomenclatura oficial en investigaciones federales.

—¿Qué pensáis hacer exactamente con esta información? —preguntó.

—Necesitamos acceso no autorizado a la suite presidencial de Clara y buscar más evidencia —explicó Hanna—. Y para eso... necesitamos garantizar su ausencia prolongada.

Edie dio un sorbo triunfal a su margarita.

—Casualmente, o no tan casualmente, si consideramos mi participación en el comité organizador, mañana se celebra el gran brunch benéfico anual por la preservación del manatí de Florida —anunció—. Clara es la anfitriona honoraria, principalmente porque donó una cantidad obscena el año pasado después de que su cuarto marido experimentara ese desafortunado incidente con el timón de su yate. Si la convenzo de llegar una hora antes para la sesión fotográfica exclusiva con la prensa local, su suite quedará tan vacía como las promesas de un político en campaña.

—Convéncela —urgió Hanna—. Usa cualquier recurso necesario.

—Considéralo hecho, querida —respondió Edie—. Pero a cambio, cuando todo esto concluya, exijo un personaje basado íntegramente en mi persona en tu supuesta novela. Con sombrero descomunal, por supuesto, y preferiblemente con una tendencia a resolver crímenes mientras bebe cócteles de colores imposibles.

—Trato hecho —aceptó Hanna sin pestañear; había vendido cosas peores por mucho menos a lo largo de su accidentada carrera profesional.

Barry se inclinó hacia Hanna mientras se alejaban de la sombrilla pontificia:

—¿Tienes plena consciencia de lo que acabas de prometer? Es como hacer un pacto de sangre con una enciclopedia del chantaje.

—Perfectamente consciente —respondió ella—. Y también soy consciente de que si me traiciona, la convertiré en la asesina más

despiadada y ridícula de la literatura criminal.

Se miraron durante un instante cargado de complicidad; ambos esbozaron sonrisas genuinas. Era la primera manifestación de humor sincero desde que los cadáveres potenciales las identidades falsificadas y los agentes federales habían irrumpido en sus vidas. No duraría mucho, como todo lo bueno en Naples, pero se sentía reconfortante.

A la sombra protectora de su sombrilla, Edie observó atentamente cómo se alejaban con la mirada calculadora de un ajedrecista. Con parsimonia, giró la página de su cuaderno y añadió una anotación:

«Brunch — 10:00 AM. Hanna & Barry: Operación 'Allanamiento Suite Clara'. Imprescindible llevar sombrero extra grande para distracción. Considerar coartada por si aparecen cadáveres».

El tablero estaba dispuesto. La próxima jugada tendría lugar en los aposentos privados de la viuda más peligrosa de Florida.

Y, conociendo la reputación cuidadosamente cultivada de Clara Vaughn, el peligro no solo vendría elegantemente vestido de seda italiana y perfumado con Chanel N°5, sino probablemente armado hasta los dientes de porcelana con armas que ninguna dama admitiría jamás poseer.

El sol de Florida continuó brillando sobre aquel nido de víboras con sombreros extravagantes.

16

Suite 612, joyas caras y documentitos feos

A LAS 09:47 HORAS del día siguiente, el Coral Pearl podría haber posado para la portada de «Resorts Paradisíacos Donde La Gente Rica Esconde Sus Secretos Criminales». Jardineros uniformados recortaban setos con la precisión obsesiva de cirujanos plásticos, un dúo de saxofonistas de edad bíblica afinaba instrumentos para el brunch benéfico, y un pelícano fotogénico se había plantado en la fuente principal. La escena destilaba una normalidad tan estudiada que resultaba sospechosa.

A las 09:48, Clara Vaughn emergió del ascensor como una escena de un documental sobre la aristocracia británica: enfundada en un vestido color champán que probablemente costaba lo mismo que un coche mediano, y coronada por un tocado con plumas que proporcionaba sombra suficiente para proteger del sol a una familia. Las joyas que adornaban su cuello y muñecas brillaban intensamente.

—¡Clara, querida! —canturreó Edie, apareciendo junto al mostrador de recepción con una agilidad sorprendente para alguien que llevaba un sombrero del tamaño de una mesa—. ¡La prensa llegó con una hora de antelación! Esos periodistas del conservacionismo marino están impacientes por fotografiar a nuestra

anfitriona honoraria junto a la pasarela de madera. ¡Ya mismo, cariño, los fotógrafos están preparados!

A las 09:49, Clara, visiblemente halagada por la atención, ejecutó un giro de 180 grados sobre sus tacones Louboutin y abandonó la zona del ascensor. Edie, cumpliendo con su parte del plan, dirigió una mirada cómplice a la cámara de seguridad (monitoreada en ese momento por nadie, gracias a los cincuenta dólares que Barry había deslizado al guardia para que disfrutara de un desayuno prolongado) y procedió a escoltar a la viuda hacia el muelle.

09:50 horas – Piso 6

Hanna y Barry salieron de la escalera de servicio con versiones atípicas de fontaneros sicilianos: gorras de mantenimiento caladas hasta las cejas, camisetas grises con el logo descolorido del hotel, y compartiendo el peso de una caja de «bombillas LED» vacía que ocultaba un arsenal mínimo pero efectivo: un destornillador multiusos, dos pares de guantes de látex y una cantidad desproporcionada de esperanza.

—Si nos sorprenden con las manos en la masa, tú dices que vienes a cambiar el filtro del aire acondicionado —susurró Barry mientras escaneaba el pasillo desierto—. Son las palabras mágicas en Florida; nadie cuestionará un problema de aire acondicionado.

—¿Y tú qué excusa tienes preparada? —inquirió Hanna, ajustándose los guantes.

—Yo improviso. Siempre funciona —respondió él con confianza—. Es mi superpoder: inventar mentiras creíbles mientras sudo profusamente.

La suite 612 ocupaba la esquina del edificio, con vistas al Golfo de México que justificaban su alta tarifa. La entrada anunciaba su exclusividad: triple cerradura electrónica de última generación, una perilla chapada en oro de 24 quilates y un cartelito de «No molestar» que, en lenguaje criminal, significaba «Aquí se ocultan secretos lo suficientemente importantes como para provocar múltiples asesinatos».

La tarjeta maestra de Barry (obtenida mediante un intercambio éticamente cuestionable con el jefe de mantenimiento, quien ahora disfrutaba mensualmente de una botella de Macallan 18 años «caída de un camión») emitió un pitido verde de aprobación al primer intento.

—Debe de ser amor a primera vista —murmuró Hanna, deslizándose hacia el interior con la gracia de quien ha practicado el arte de la intrusión más veces de las que admitiría ante un tribunal.

El interior de la suite olía a jazmín silvestre, crema anti-envejecimiento costosa y ese aroma inconfundible de dinero antiguo que ningún ambientador del mercado puede replicar. El salón parecía extraído de una revista de decoración para millonarios: sofás de tonalidad marfil antiguo, una alfombra persa gruesa y un bar personal surtido con licores cuyos nombres requerían títulos académicos para ser pronunciados. Todo estaba dispuesto con una perfección inquietante para una mujer que, según el dosier de Edie, coleccionaba maridos efímeros y sociedades pantalla.

—Dividámonos para conquistar este mausoleo del lujo —indicó Hanna—. Yo me encargaré del dormitorio y el vestidor. Tú monopoliza el salón y ese despacho que seguramente esconde secretos.

Barry asintió y se dirigió hacia la mesa de escritura. Hanna, mientras tanto, atravesó el umbral del dormitorio principal y tuvo que contener un silbido de admiración: una cama *king-size* vestida con sábanas de seda egipcia y un vestidor cuyas dimensiones rivalizaban con la sección de lujo de unos grandes almacenes.

Comenzó metódicamente por los cajones superiores, donde descubrió una colección de joyeros que habrían provocado taquicardias en cualquier tasador, un revólver diminuto del calibre 38 (completamente cargado) y un alarmante fajo de pasaportes correspondientes a la misma mujer pero con apellidos diferentes: Vaughn, Clarke, Rodríguez.

—Bonita afición para una dama respetable —murmuró, fotografiando las portadas con su móvil.

En el tercer cajón, semioculto bajo pañuelos de seda importados de Milán, localizó el santo grial burocrático: una carpeta azul marino sin etiqueta identificativa, el equivalente documental a un grito de «¡Secretos importantes aquí!». Al abrirla, sus sospechas se confirmaron: contratos de envío firmados por Southshore Logistics y facturas selladas en Nassau, Bahamas. Las cifras eran de siete cifras, y la descripción de la mercancía fluctuaba entre «equipamiento médico especializado» y «repuestos náuticos».

Mientras tanto, Barry realizaba su propia exploración en el despacho privado. Halló un portátil de última generación, protegido por un sistema de reconocimiento de huella dactilar. Junto al dispositivo, descansaba una llave USB de 64 GB con la etiqueta manuscrita «INVITADOS». La conectó a su teléfono y examinó su contenido: carpetas meticulosamente organizadas, cada una identificada con nombres y números de cuenta, copias digitalizadas de pasaportes, preferencias alimentarias, alergias documentadas... Todo un registro detallado de la exclusiva clientela «especial» que transitaba por el hotel bajo el ala protectora de Clara.

—Esto es oro digital puro —susurró, iniciando la transferencia de los archivos a la nube cifrada que un antiguo compañero le había configurado.

—Tengo el complemento perfecto para tu descubrimiento —anunció Hanna, apareciendo con la carpeta azul abierta—. Clara no solo ofrece hospitalidad prémium a gente de moral cuestionable; gestiona envíos para Southshore. Si logramos establecer la correlación entre sus listas de huéspedes VIP y estos contratos, tenemos suficiente para un caso sólido de tráfico internacional.

Barry esbozó una sonrisa torcida.

—Keller va a experimentar el éxtasis profesional de su carrera con este material... siempre y cuando no decida arrestarnos primero por allanamiento de morada, obstrucción a la justicia y probablemente una docena de delitos federales adicionales que ni siquiera conocemos.

Un sonido metálico congeló la sangre en sus venas. La cerradura principal. Pasos aproximándose por el pasillo exterior. El inequívoco tap-tap-tap de tacones finísimos sobre mármol: Clara regresaba antes de lo esperado.

—¡Ventana del baño, ahora! —espetó Hanna.

Se precipitaron hacia el baño. Barry aseguró la USB en un bolsillo; Hanna devolvió la carpeta al cajón y empujó la ventana hasta conseguir una apertura suficiente. Un estrecho balcón de servicio sobresalía por debajo del alféizar.

—Primero tú —susurró Barry. Hanna se deslizó por la abertura, con la elegancia de quien escapa de un incendio, aterrizando sobre sus rodillas. Contuvo una maldición. Barry le pasó la caja de herramientas y saltó tras ella justo en el momento en que escucharon el inconfundible sonido de la llave introduciéndose en la cerradura de la puerta del dormitorio.

Agazapados, se pegaron a la pared exterior mientras Clara mantenía una conversación telefónica:

—...te dije explícitamente que la prensa local podía esperar, no me interesan sus plazos. Sí, pasaré personalmente a recoger los documentos de John Miller esta misma tarde. La gente de Southshore insiste en la máxima discreción...

Hanna y Barry intercambiaron miradas de triunfo: confirmación de la conexión entre Clara, el huésped desaparecido y la organización de tráfico. Barry, con presencia de ánimo, extrajo su teléfono y grabó unos segundos de aquel monólogo. Luego, ambos se desplazaron horizontalmente hasta alcanzar la escalera de emergencia. Descendieron dos plantas y entraron en el edificio a través de la lavandería, donde los empleados, absortos en su trabajo, sábanas y problemas personales, ni siquiera alzaron la vista.

—Poseemos evidencia incriminatoria: el historial de clientes, la voz de Clara y sus contratos de transporte internacional con empresas fantasma —resumió Hanna—. Ahora solo resta el insignificante detalle de no morir violentamente antes de entregarlo a las autoridades.

Barry rio, mientras la adrenalina recorría su sistema.

—¿Y tú asegurabas que viniste a Naples para escribir una novela tranquila? —inquirió con ironía.

—Efectivamente, ese era el plan original —Hanna se encogió de hombros—. Pero al final resulta que la novela ha decidido escribirme a mí.

El sonido de sirenas policiales les recordó que el tiempo continuaba su marcha. Y que el siguiente movimiento en ese tablero sería inevitablemente frente a Nathan Keller y su justicia federal... o ante Clara Vaughn y su revólver.

En Naples, hasta los finales felices venían armados.

17

Nadie es quien parece (ni tú)

HANNA CONTEMPLABA LA PIÑA colada medio derretida, observando cómo el hielo se diluía, formando pequeños charcos en la superficie del vaso que Barry le había dejado antes de desaparecer por la puerta trasera. «Si alguien pregunta, yo solo sirvo mojitos», había dicho, con la mirada de quien preferiría no ser testigo de lo que estaba por venir.

La bebida había alcanzado ese punto entre cóctel y agua sabor a piña cuando apareció un hombre de chaqueta azul con insignias doradas. Tenía pelo blanco que emanaba autoridad, una barba perfectamente recortada y gafas de sol que no se quitó ni por cortesía. Como si Naples no tuviera suficientes turistas con pinta de agentes encubiertos.

—¿Heather Malone? —preguntó, con la voz de quien está acostumbrado a obtener respuestas inmediatas.

Hanna arqueó una ceja, mientras su cerebro buscaba excusas. —Perdone... ¿quién pregunta?

—Capitán Wilkins. Policía local de Naples. ¿Puedo sentarme? —No era realmente una pregunta, sino una formalidad entre la libertad y las esposas.

Ella hizo un gesto vago con la mano, intentando parecer relajada mientras su corazón latía desbocado.

—Sé que está ocupada disfrutando del sol y los cócteles —dijo él, cruzando las piernas con lentitud—, pero necesito hablar con usted sobre un asunto serio.

Hanna respiró hondo, contando mentalmente hasta tres, el ritual que había perfeccionado en Wall Street cuando algún auditor mencionaba «discrepancias fiscales». La técnica para mantener el rostro impasible cuando todo se derrumbaba.

—Encontramos el cuerpo de un hombre en el maletero de un coche esta mañana. En el estacionamiento trasero del hotel. El mismo coche que usted alquiló hace una semana, según los registros.

—¿Qué? —Su sorpresa sonó tan genuina que casi pudo engañarse a sí misma—. ¿Un cuerpo? ¿En mi coche?

Wilkins asintió con la parsimonia de quien ha visto suficientes cadáveres.

—Frank Devlin. ¿Le suena?

Hanna bajó la mirada y se aferró al vaso como un náufrago a un trozo de madera.

—Lo vi en el bar una noche. Fue amable. Creo que mencionó que venía del norte.

—¿Y no lo volvió a ver?

—No que yo recuerde. —Las mentiras fluían con la misma facilidad que las tramas de sus novelas—. ¿Cuándo murió?

Wilkins inclinó la cabeza, estudiándola. —Eso es lo que intentamos determinar. La forense cree que lleva muerto al menos cuarenta y ocho horas. Lo encontraron con una herida en la base del cráneo.

Hanna apretó los labios. —¿Y yo qué tengo que ver?

—El coche está a su nombre. Y alguien lo estacionó ahí con el maletero cerrado.

El «alguien» flotó entre ellos como un cadáver en agua salada.

Ella bajó la voz hasta convertirla en un susurro ofendido.

—Capitán, soy novelista. Si quisiera esconder un cadáver, no lo dejaría en mi coche. Sería la primera sospechosa. Hasta yo sé eso.

Y había escrito suficientes escenas de crimen para conocer mejores escondites que un maletero.

Wilkins dejó escapar una risa nasal. —Tiene razón. Por eso aún no la detengo. Pero necesito saber qué hizo usted la noche del miércoles. Entre las diez y las doce.

Hanna pensó rápido, rescatando fragmentos de memoria entre la niebla etílica. El miércoles... cóctel temático. Clara con su vestido de lentejuelas que parecía una bola de discoteca ambulante. Barry sirviendo tragos con nombres ridículos. Arthur contando anécdotas que solo él encontraba graciosas.

—Estuve en la terraza del hotel, tomando un daiquiri. Barry, el barman, puede confirmarlo.

Si es que Barry confirmaba algo más allá de su repertorio de mojitos.

—¿Y después?

—Subí a mi habitación. Tengo resaca moral como prueba.

Y quizás algunas lagunas mentales estratégicamente convenientes.

El capitán la estudió un momento más. Luego asintió y se levantó con rigidez.

—No salga de la ciudad, señora Malone.

Ella sonrió, con la dulzura artificial de un edulcorante barato.

—Le aseguro que no tengo a dónde ir.

Ni modo de escapar, añadió su mente.

Cuando Wilkins se alejó, perdiéndose entre turistas con camisas hawaianas y jubilados con piel del color de las langostas cocidas, Hanna soltó el aire que había contenido. Miró los restos de su piña colada, ahora tan diluida como sus opciones.

—Necesito algo más fuerte.

Mucho más fuerte. Del tipo que borre huellas dactilares y recuerdos incómodos.

***

Hanna contemplaba su piña colada recalentada como quien mira una mancha que no sale ni con lejía. Apenas había logrado dar un sorbo cuando Barry apareció por la puerta lateral, pareciendo tan fuera de lugar sin su uniforme como un pingüino en el desierto. Venía sin sonrisa y con unas ojeras marcadas. Se desplomó frente a ella con la gracia de un saco de patatas sobre un colchón de clavos.

—Dime que era una inspección rutinaria de sombrillas —murmuró, observando la espalda del capitán Wilkins que se alejaba por el lobby.

—Inspección, sí; sombrillas, no —respondió Hanna, sintiendo que sus palabras sonaban a mentira—. Acaba de informarme de que mi coche se ha convertido en frigorífico portátil para cadáveres. Una mejora que definitivamente no venía en el folleto de Hertz.

—Genial. Exactamente, la experiencia de cliente que Airbnb no ofrece —dijo Barry, con sarcasmo incluso en ese momento. Probablemente, sería capaz de hacer chistes mientras lo tiraban al mar con bloques de cemento en los pies.

Hanna giró el vaso con los dedos, observando cómo se formaba un remolino pálido. Su apetito por bebidas dulces había desaparecido tan rápido como las huellas dactilares en un incendio.

—Me preguntó dónde estaba la noche del miércoles. Le dije que contigo, arriba en la terraza.

Barry levantó las cejas hasta casi fusionarlas con su cuero cabelludo.

—Bien jugado. Lo malo es que la terraza estaba llena de gente; lo bueno es que yo aún no he mentido bajo juramento. —Su mirada se volvió seria—. ¿Tienes algún problema con que confirme tu coartada?

—Solo el habitual: perjurio leve y complicidad grave —contestó ella, mirándolo fijamente—. Pero gracias por preguntar. Tu atención a los detalles éticos es conmovedora.

Barry suspiró, sacando un paquete de chicles del bolsillo y le ofreció uno. Hanna lo aceptó; era eso o seguir masticando ansiedad.

—Tenemos que adelantar el plan —dijo él en voz baja—. Keller ya anda husmeando, la policía encontró el cuerpo y Clara sospecha de su propia sombra. No duraremos otra semana sin que alguien nos meta en un maletero. —Se frotó la frente—. Y personalmente, no le veo el atractivo a convertirme en mobiliario de Chrysler.

Hanna asentía mientras mascaba, con la mente moviéndose a gran velocidad.

—Edie consigue que Clara se marche al brunch del manatí mañana a las diez. —Porque aparentemente incluso los criminales necesitan actividades temáticas con buffet—. Tenemos la memoria USB, las facturas y la grabación de su llamada. Falta unir todo para que Keller vea el paquete completo y no me arreste a mí por añadidura.

Barry la observó un momento, con esa mirada que reservaba para turistas que pedían bebidas sin nombres. —¿Confías en Keller?

—Confío en que prefiere una gran red criminal antes que un cadáver. —Se encogió de hombros—. Llamémoslo pragmatismo.

Barry esbozó media sonrisa, la clase de mueca que no llega a los ojos.

—Nunca había oído la palabra «sentimental» salir de tu boca. Es como escuchar a un tiburón hablar.

—No te emociones. Sigue siendo pragmatismo. Solo con esteroides. —Y quizás una pizca de desesperación, pero eso no era algo que necesitara saber.

Él tomó aire como quien se prepara para un momento difícil, apoyando los codos sobre la mesa con una familiaridad que parecía inapropiada en las circunstancias.

—¿Y si Keller decide que la forma más sencilla de cerrar el caso es entregarte?

—Entonces —dijo Hanna, masticando el chicle—, tendrás que sacarme de la cárcel con un mojito de lima... y un abogado caro. Preferiblemente, uno que no pregunte por detalles incómodos sobre cadáveres.

Barry se rio sin humor, una risa que sonaba como cristales rotos bajo zapatos caros. Luego bajó la voz hasta que casi no se oyó.

—Voy a asegurar una copia extra de la USB en la nube. Si algo sale mal, Edie sabrá dónde mandarla.

—Hazlo. Y esta noche revisemos las facturas; no quiero detalles sueltos cuando Keller aparezca con otra chapa brillante. —Porque lo último que necesitaba era que su plan tuviera más agujeros que la coartada de un político atrapado.

Barry se levantó con la elegancia de quien ha practicado escapadas rápidas. Antes de irse, se inclinó lo suficiente para que solo ella oyera:

—Tranquila, Heather-o-Hanna-o-quien-seas. Aún no pienso dejar que te encierren. Primero me debes la verdad, ¿recuerdas?

Ella alzó el vaso en un brindis solitario, una promesa entre criminales improvisados.

—Serás el primero en leer la versión sin censura... si salimos vivos. Y si no, siempre puedes contratar a un médium.

Barry se alejó hacia el bar, mezclándose entre turistas. Hanna se quedó allí, observando cómo el hielo derretido dibujaba círculos en la piña colada.

En su cabeza, la lista de problemas se reorganizaba como cuando intentas hacer la compra mental y se te va todo al carajo. Primero estaba el pequeño detalle de un cadáver en su maletero, porque aparentemente ahora ofrecía servicio de transporte para difuntos. Luego tenía que lidiar con una USB que podría condenar a medio hotel, y probablemente al otro medio por asociación. Como si eso no fuera suficiente, había un agente federal con asuntos pendientes del corazón y de la ley flotando por ahí, esa combinación más peligrosa después de vodka y decisiones impulsivas. Y para rematar esta sinfonía del desastre, una viuda con un .38 y cero sentido del humor rondaba la escena, algo que había descubierto de la peor manera posible.

Y todo eso antes del brunch de los manatíes.

Buen trabajo, Moody. Vacaciones de lujo, decían. Descanso y relajación, prometían. Nadie mencionó que los cócteles vendrían con un homicidio y una pizca de conspiración.

18

Un baile de verdades a media luz

HANNA ACABABA DE ABANDONAR la terraza cuando divisó a Nathan Keller, apoyado en la barandilla exterior del lobby, con la postura relajada de un depredador que sabe exactamente dónde está su presa. Con los brazos cruzados y esa expresión de «te estaba esperando» que había perfeccionado desde sus días en la academia, era justo lo que necesitaba antes del almuerzo: un interrogatorio con subtexto romántico mal resuelto y la posibilidad de pasar la noche contando baldosas en una celda.

—¿Disfrutando del trópico? —preguntó él, inmóvil, como una estatua con problemas de compromiso.

—Tanto como de un catarro mal curado —respondió Hanna, deteniéndose a una distancia calculada para evitar tanto el contacto físico como la tentación—. ¿Vienes a advertirme otra vez o ya traes esposas preparadas? —El doble sentido flotó entre ellos, como un perfume que ninguno se atrevía a reconocer.

—Aún no he decidido —contestó Nathan, ladeando la cabeza como quien examina un rompecabezas complicado—. El cadáver en tu maletero complica las cosas. —Lo dijo con la naturalidad de quien comenta el clima, como si los cadáveres en maleteros fueran tan comunes como las lluvias de verano en Florida.

—Sí, bueno, me encantan las sorpresas, pero preferiría flores. O tal vez chocolates. Cualquier cosa menos cuerpos humanos en mi espacio personal.

Nathan ignoró la pulla con la maestría de quien lleva años recibiendo disparos verbales y ha desarrollado inmunidad. Con un gesto que parecía ensayado, la invitó a caminar por el corredor que rodeaba la piscina, donde las palmeras ofrecían sombra y los turistas borrachos generaban ruido blanco. Ella accedió, porque cuando un agente federal te «invita» a caminar, técnicamente tienes opciones... solo que ninguna buena.

—¿Por qué no dejas que la policía resuelva esto? —preguntó él en voz baja, el tipo de susurro que prometía confidencias y amenazaba con consecuencias—. He visto ese brillo en tus ojos, Hanna. Estás investigando por tu cuenta, y sabes cómo suele terminar eso.

—Muerta o millonaria vendiendo el libro. Estoy dispuesta a correr el riesgo por cualquiera de las dos —respondió, encogiéndose de hombros como quien discute opciones de menú—. La segunda opción tiene mejor marketing, pero la primera garantiza ventas póstumas. Gano de cualquier manera.

Nathan frunció el ceño, formando un pliegue entre las cejas que aparecía exclusivamente cuando ella decía algo arriesgado.

—Te llamaré valiente... o simplemente imprudente.

—Viniendo de alguien que cubre cadáveres ajenos, lo tomaré como un cumplido. —Las palabras salieron afiladas, precisas.

Él apretó la mandíbula hasta que Hanna casi pudo escuchar el rechinar de sus muelas. Durante un segundo, volvió a ser el colega silencioso de la oficina de Manhattan, ese que guardaba sus opiniones detrás de un vaso de whisky y miradas que duraban tres segundos más de lo profesionalmente recomendable. Luego, suspiró con el peso de todas las conversaciones que nunca habían tenido.

—Escucha. Tengo motivos para querer a Clara. Motivos profesionales —aclaró rápidamente, antes de que ella alzara una ceja con ese gesto de «¿en serio?»—. Sé que está en algo gordo y

puedo tirar de ese hilo. Pero si saltas de cabeza, me obligas a hacer mi trabajo, y mi trabajo ahora podría arrastrarte. —La preocupación en su voz sonaba tan auténtica que, por un momento, Hanna casi creyó que le importaba más ella que el caso.

Hanna se detuvo y lo miró directamente, con la brisa marina moviéndole el cabello. El sol del atardecer le daba ese tono dorado que los fotógrafos llaman «hora mágica» y los criminales «mala iluminación para una huida discreta».

—Ya lo hiciste una vez: quedarte al margen. ¿Vas a hacerlo otra vez? —La pregunta colgó entre ellos, pesada como un secreto mal guardado.

Nathan aguantó su mirada como quien sostiene algo frágil.

—No —dijo, casi en un susurro—. Esta vez no.

El silencio que siguió tenía más electricidad que la tormenta que se formaba en el horizonte. Hanna inspiró, reuniendo el valor para soltar la primera confesión sincera en años, pero entonces...

—¡Heather, cielo! ¿Listos para la foto? —Era Edie, agitando la mano desde el vestíbulo con energía, luciendo un sombrero tan grande que probablemente tenía su propio código postal. La mujer tenía un talento especial para aparecer en el momento más tenso.

Perfecto momento. Edie, guardiana de manatíes, organizadora de brunches temáticos y experta en interrumpir.

Hanna se volvió hacia Nathan, ladeando la cabeza con una ironía evidente.

—Parece que el glamour me llama. ¿Podemos continuar esta conversación más tarde? Quizás cuando haya menos sombreros gigantes y más privacidad para discutir actividades potencialmente ilegales.

—No te alejes mucho —respondió él, con un tono que combinaba advertencia y súplica—. Y por favor, no hagas nada que me obligue a arrestarte. Mi papeleo ya está acumulándose.

Ella sonrió con un sarcasmo tan medido que podría haber sido comercializado.

—Sin promesas, Keller. Nos vemos en el brunch. Guárdame un manatí.

Y se dirigió hacia Edie, caminando con la seguridad de quien sabe que está siendo observada y decide que vale la pena el espectáculo. El rojo del atardecer se reflejaba en el agua de la piscina, iluminando todo de una manera que hacía que incluso las mentiras parecieran atractivas y los peligros, tentadores.

Detrás, Nathan observó cómo se alejaba: la fugitiva que pretendía salvar... o la mujer que, sin saberlo, podría salvarlo a él de una vida construida sobre compromisos tan sólidos como castillos de arena.

El tablero se estrechaba; las piezas se movían más rápido. Y Hanna sentía que, esta vez, quizás tenía una mano ganadora... o la última antes de caer en un pozo tan profundo que ni sus mejores palabras podrían rescatarla.

19

Backup, chantaje y un menú de manatí

BARRY HABÍA TRANSFORMADO EL rincón más oscuro del almacén de licores en su «centro de operaciones» con la misma eficiencia con que convertía vodka barato en tragos de veinte dólares. Una mesa plegable que había visto días mejores, su portátil con más parches que la ropa de un náufrago, un rúter portátil con VPN clandestina que probablemente violaba diecisiete leyes federales y una botella de ron que funcionaba como pisapapeles y medicina para los nervios. El ambiente olía a alcohol derramado y decisiones cuestionables, una combinación familiar para ambos.

—Dime que estamos seguros —susurró Hanna, cerrando la puerta con cuidado.

—Tan seguros como puede estar un barman pirateando redes en la trastienda de un hotel mafioso —respondió Barry, sin alzar la vista de la pantalla que iluminaba su rostro con un resplandor azulado—. La USB ya está subida a la nube. Copia cifrada en dos servidores: Islandia y Singapur. Si desaparecemos, Edie tiene las claves para filtrarlo todo. —Sus dedos se movían rápidamente sobre el teclado.

—Perfecto. Nada dice «buenos días» como un pánico bursátil internacional. —Porque cuando la vida te da limones, mejor provocar una crisis económica que afecte a tres continentes.

Barry soltó un bufido que era mitad risa, mitad resignación.

—Hablando de Edie. Me acaba de mandar esto —giró la pantalla para mostrar un mensaje de voz de Edna, con su tono entusiasmado que hacía que incluso las amenazas sonaran como invitaciones.

«Niños, Clara ha confirmado la foto a las 09:30. Llegará con su séquito y un tocado que parece un cernícalo disecado. Tienen de 09:31 a 10:15 para registrar la suite antes de que la prensa se harte de ella. Besitos.»

—Una ventana de 44 minutos. —Hanna hizo cálculos mentales—. Suficiente para clonar el portátil de Clara y vaciar su caja fuerte... si es que no cambia la combinación cada hora como las paranoicas de las películas de James Bond.

—Para eso tengo esto —Barry alzó una muñequera de tela que parecía sacada de un gimnasio de los ochenta, pero escondía tecnología del siglo XXII: una ganzúa electrónica capaz de leer combinaciones mecánicas por vibración—. Regalo de mi ex. Mejor, no preguntes. Larga historia. —Su sonrisa sugería que «larga historia» era un eufemismo para «probablemente ilegal y definitivamente traumático».

—Seguro que un día me cuentas esa larga historia —respondió Hanna con el tono que usaba para indicar «nunca vamos a hablar de esto»—, pero ahora concentrémonos en no morir. O al menos, no antes del desayuno.

Barry apoyó los antebrazos en la mesa, y su rostro se transformó en una máscara de seriedad tan inusual que casi parecía otra persona.

—Cuando acabemos, tendremos pruebas para poner a Southshore y a media docena de «inversionistas» desagradables bajo lupa federal. Clara no dudaría en matarnos para evitarlo. —La palabra «matarnos» la pronunció con la casualidad de quien comenta el clima, pero sus ojos decían otra cosa.

Hanna asintió despacio, como quien acepta un diagnóstico terminal.

—Tengo una bala con mi nombre desde que le puse soja a un rollito, Barry. Una amenaza más no me va a disuadir. —Porque

cuando tu lista de enemigos mortales es tan larga como la de cócteles del bar, ¿qué más da añadir otro nombre?

—Lo sé —dijo él, y sus ojos se suavizaron, mostrando al hombre bajo el uniforme y las bromas—. Solo intenta no sacrificarte antes de tiempo. Me caes demasiado bien para ser mártir.

El cumplido flotó entre ellos como un barco de papel.

Ella sonrió, genuinamente, por primera vez, en lo que parecían décadas.

—Tranquilo. Primero termino la novela. Morir antes del final sería una falta de respeto a mis lectores.

Barry cerró el portátil con un gesto teatral, dio un trago generoso al ron como quien toma medicina preventiva, y extendió el vaso hacia ella con la solemnidad de un acuerdo.

—Por los manatíes. —Un brindis tan ridículo como sus vidas en este momento.

Hanna alzó su vaso de plástico, tan elegante como permitían las circunstancias.

—Y por salir del brunch sin esposas. —Hizo una pausa—. Al menos no las que usan los policías.

Chocaron los vasos en camaradería, como soldados antes de la batalla. El ron ardió al bajar, como promesa y recordatorio de que aún estaban vivos para sentir el escozor.

A la mañana siguiente, a las 09:30, el espectáculo comenzaría.

Todo dependía de 44 minutos, una viuda con más plumas que sentido común y un par de fugitivos improvisando a contrarreloj, armados solo con ingenio, desesperación y una ganzúa de dudosa procedencia.

Nada podía salir mal.

Spoiler: todo podía salir mal.

***

La noche antes del brunch parecía conspirar para mantenerlos despiertos: el viento zumbaba contra las ventanas, las gaviotas discutían sobre algún asunto incomprensible —probablemente cómo

repartirse las sobras del día— y la mente de Hanna repasaba el plan en un bucle interminable. Porque así es como sobrevives en este negocio: obsesionándote hasta que puedes recitar el plan incluso durante una resaca.

En la habitación, el portátil de Barry proyectaba una luz azulada sobre la pared, ese resplandor que anuncia el insomnio mejor que cualquier energizante del mercado. Un croquis del sexto piso ocupaba la pantalla: pasillos, cámaras y ángulos muertos meticulosamente señalados como si estuvieran planeando robar la Corona Británica en lugar de información corporativa. Post-its de colores salpicaban la colcha como confeti organizado: «Caja fuerte», «Portátil», «Salida de incendios» y, sorprendentemente, faltaba uno que dijera «Plan B para cuando todo se vaya al demonio», que todos sabían sería necesario.

Entre ambos, una botella de whisky medio vacía servía de testigo silencioso o de cómplice, dependiendo de cómo saliera todo.

—Repasemos de nuevo —murmuró Barry, apuntando con el tapón-vaso como un director de orquesta improvisado para la sinfonía del crimen amateur—. Yo clono el disco y busco los correos de Southshore. Tú abres la caja fuerte, fotografías todo y lo devuelves exactamente como estaba. Treinta minutos.

—Cuarenta y cuatro —corrigió Hanna, atándose el pelo con la precisión de quien prepara un arma o intenta convencerse de que tiene control sobre algo en esta vida—. Dame los catorce extra para pelearme con la combinación. Las cajas fuertes son como las exparejas: nunca revelan sus secretos a la primera.

Barry abrió su libreta, revelando una colección de fechas subrayadas que parecían más el calendario de un acosador que las notas de un profesional.

—Fecha de boda uno: 1994. Boda dos: 2001. Boda tres: 2012. Seguro que es un aniversario.

—O el día que firmó su primer divorcio millonario —añadió Hanna, robándole un sorbo al vaso con la familiaridad de quien comparte más que un trabajo—. Los ricos son así de retorcidos:

convierten sus traumas en contraseñas mientras nosotros los convertimos en terapia.

Barry la observó en silencio, estudiando las microexpresiones que ella creía ocultar, como un naturalista observando a una especie en peligro de extinción: el humano que aún cree en el plan perfecto.

—¿Estás lista?

—Estoy experimentando un déjà vu de adrenalina, ron y decisiones estúpidas. Diría que sí —respondió ella, con ese tono que usas cuando te preparas para saltar en paracaídas, sabiendo que lo empacó un principiante—. Es la tercera ley de la supervivencia urbana: si reconoces que la idea es mala y, aun así, la ejecutas, el universo te recompensará con una anécdota memorable o con una celda privada.

Sin invitación ni permiso, la memoria le lanzó un *flashback*: oficina de Manhattan, 02:14 a.m., lluvia golpeando los ventanales como si quisiera entrar. Ella y Nathan solos, rodeados de vasos de cartón y esa confusión eléctrica que precede a los errores memorables. Él había dicho «Si este mundo no nos traga, lo quemamos, ¿vale?» y ella casi creyó que podían. El tipo de frase que suena profunda a las dos de la mañana y ridícula en cualquier currículum. Hasta que el teléfono de Robertson interrumpió ese casi-beso con la precisión de un francotirador en momentos íntimos.

Hanna sacudió la cabeza, espantando recuerdos como moscas.

—Epa —dijo Barry con la intuición de un viejo amigo—. ¿Te fuiste cinco años atrás?

—Tres. Pero regreso rápido —respondió, guardando el recuerdo en la misma caja mental donde archivaba remordimientos y contratos sin firmar—. La regla número cuatro del manual de supervivencia para ladrones de guante blanco: nunca dejes que el pasado te distraiga cuando estás planeando cómo arruinar tu futuro. Sigamos. Herramientas.

Barry sacó la ganzúa electrónica y dos pares de guantes negros con la solemnidad de un sacerdote mostrando reliquias.

—Aquí tienes tu anillo de compromiso —dijo, entregándole la ganzúa.

—Qué romántico —rio ella, con un tono que mezclaba sarcasmo y agradecimiento—. La quinta regla de supervivencia: los mejores compromisos siempre involucran herramientas que pueden abrirte puertas. Literalmente.

Sellaron el plan chocando los vasos. Whisky barato con sabor a pólvora, ese combinado que sabe a «mañana nos arrepentiremos, pero hoy brindamos». Después, Barry apagó el portátil; Hanna apagó la lámpara. Ninguno admitió que el sueño no llegaría.

20

Amanecer con gaviotas y pistas involuntarias

08:07 HORAS.

El comedor olía a bacon dudoso y café aguado. Edie apareció entre mesas con un tocado exagerado: flores, plumas, quizá un nido entero.

—Chicos, Clara está histérica buscando su broche de esmeraldas —susurró—. Eso la retrasará cinco minutos. Pero la prensa ya está instalada en el muelle. Todo en marcha.

—Cinco minutos más siempre ayudan —dijo Hanna, pensando en aquella regla no escrita: los retrasos de los ricos son oportunidades para los astutos.

Se sentaron estratégicamente, como piezas de ajedrez. Penelope se unió con su taza de té Earl Grey y sus gafas tan gruesas que parecían hacer *zoom* involuntario.

—¿Sabían que la señora Vaughn cambió el código de su caja fuerte cada vez que se casaba? —comentó, removiendo el té meticulosamente—. Qué costumbre tan curiosa. 2305 era la vieja clave; me lo dijo cuando murió su segundo caniche.

«Veintitrés de mayo, mi segunda boda», decía.

Barry tosió para disimular la sonrisa. Hanna alzó las cejas: *23-05-2001*. Bingo. El universo había decidido servirles la información.

Penelope siguió hablando sobre bodas, perros y la falta de mantequilla real, sin notar cómo sus oyentes ya flotaban en otra parte: sexto piso, caja fuerte, clic eléctrico. Es curioso cómo la gente mayor puede soltar información crucial y seguir hablando de trivialidades.

En el cerebro de Hanna, las conexiones se iluminaban. Por supuesto que una mujer que coleccionaba maridos como trofeos usaría aniversarios como contraseñas. La vanidad siempre ha sido la mejor aliada del ladrón.

08:55 horas.

Edie regresó, agitando el móvil con entusiasmo: Clara aceptó salir en diez minutos «para buscar mejor luz». El destino no solo amaba la ironía, sino que aparentemente tenía un excelente sentido de la oportunidad.

Hanna y Barry intercambiaron una mirada rápida, ese tipo de comunicación silenciosa que se desarrolla después de años trabajando juntos. Era hora de transformarse en técnicos invisibles.

***

09:29 horas.

El lobby estaba lleno de actividad: camareros trasladando bandejas de mini-bagels, como hormigas alimentando a la reina, un fotógrafo limpiando obsesivamente su lente —probablemente más cara que el primer coche de Hanna—, Edie alabando la causa de los manatíes mientras alejaba a Clara estratégicamente hacia el carrito de golf. Una coreografía perfecta de distracción y propósitos ocultos.

09:30 horas.

Clara subió al carrito, con sus plumas temblando al viento como las de un ave tropical nerviosa antes de emprender el vuelo. Su sonrisa brillaba con esa seguridad que solo da tener suficiente dinero. El carrito partió hacia el muelle, llevándose el obstáculo principal.

09:31 horas. Exactos. En este negocio, la puntualidad no es una virtud, es supervivencia.

Hanna y Barry, con polos grises de «Mantenimiento» —el uniforme universal de invisibilidad en cualquier edificio caro— y una caja de «Filtros-HVAC» en brazos, cruzaron el vestíbulo sin que nadie alzara la vista. La gente rica nunca mira a los trabajadores; es como si existieran en dimensiones paralelas que solo se cruzan cuando necesitan que alguien arregle algo. Entraron al ascensor. Barry pulsó **6**.

Las puertas se cerraron con un susurro metálico, ese sonido que marca el punto de no retorno. Silencio. Un zumbido. La ascensión comenzó, cada piso, otro paso hacia una decisión irreversible.

Hanna exhaló despacio, se quitó la gorra y miró el reflejo en la pared de acero inoxidable. No vio a una fugitiva; vio a alguien a punto de decidir su propio final. Esa línea difusa entre quién eres y en quién te conviertes cuando nadie está mirando. Los planes tienen esa cualidad traicionera: parecen simples en papel, pero se complican cuando los cargamos con nuestros futuros.

—Cuarenta y cuatro minutos —murmuró, no como recordatorio, sino como mantra, como si el tiempo fuera algo que pudiera controlar.

Barry revisó el reloj. —Cuarenta y tres, con cincuenta y ocho... cincuenta y siete...

El ascensor siguió subiendo, ajeno a la gravedad de lo que transportaba: no solo dos personas, sino todas las posibilidades de lo que podrían ser después. Mientras subían, en ese limbo entre pisos, Hanna se preguntó, no por primera vez, qué diría Nathan si pudiera verla ahora, a punto de cruzar otra línea que prometió nunca traspasar.

21

Gin, gatos y giros inesperados

09:33 HORAS.

Puerta de la suite 612.

Barry dejó la caja de filtros junto al zócalo y deslizó la tarjeta maestra. Bip verde. Dentro, el mismo santuario de seda y jazmín que la víspera, pero más silencioso: las cortinas se movían con el aire acondicionado.

—Cuarenta y uno —susurró Barry, consultando el reloj con la precisión de quien cuenta los segundos que le quedan.

Hanna asintió, cerró la puerta y se puso los guantes. Cada dedo de látex crujió como un ultimátum, o como las articulaciones de un asesino en serie jubilado, volviendo al negocio.

—La caja fuerte, primero —ordenó ella—. Tú, al portátil.

Barry fue al escritorio; Hanna cruzó el dormitorio directo al armario-vestidor. La caja fuerte estaba empotrada al nivel de la cintura, escondida tras un abrigo de visón de un tono similar al color de la culpa tras una noche de excesos financieros.

Tecleó 2305.

Pausa de un segundo, el tiempo suficiente para que el universo decidiera su destino.Clic.Puerta abierta.

—Gracias, Penélope —murmuró.

Sacó lo que había dentro y el panorama se volvió aún más complicado. Ahí estaba un pasaporte fresco a nombre de Claire Vaughn-Rodriguez con destino a Panamá, donde los problemas se disuelven en piña coladas y cuentas offshore. Junto a eso, un fajo de documentos con membrete de Southshore Logistics y firmas digitalizadas, perfectas para un concurso de «Adivina quién falsificó esto». El tercer elemento del kit de supervivencia de Clara era un revólver pavonado, balas en tambor, seguro quitado, porque así quedaba claro su estilo. Para cerrar, encontró un sobre anillado lleno de fotos del hotel, de la bahía, y una imagen de Nathan Keller estrechando la mano de un hombre de traje claro en un aparcamiento. La fecha era de la semana pasada, cuando supuestamente estaba en un retiro espiritual descubriendo su «yo interior», que resultó ser igual de corrupto que el exterior.

Hanna fotografió todo con su móvil, volvió a colocar cada pieza exactamente como estaba y cerró la puerta: clic de vuelta, el sonido de un secreto regresando a su jaula.

—Treinta y siete —avisó Barry desde el salón con la voz de quien anuncia el tiempo restante antes de una explosión—. Disco duro clonado al 60%. Y mira esto.

Hanna se acercó. En la pantalla, un correo abierto, brillando como una confesión electrónica:

> De: C.Vaughn@coral-invest.com
> Para: ops@southshorelog.com
> Asunto: Entrega «Miller»
> «El paquete llegó. Keller negociará discreción. Miller insiste en pago adelantado o amenaza con filtrar. Manténganlo controlado.»

Miller. Frank Devlin. Pago adelantado. Y Keller en la misma línea de correo.

El estómago de Hanna se revolvió.

—Nathan —susurró—. Estaba negociando con Southshore. O simulando que podía.

Barry desenchufó el cable.

—Cuarenta y cinco por ciento. Tendrá que valer.

Un golpecito en la puerta del pasillo los congeló.

—¿Servicio de habitaciones? —canturreó Matías, con voz afable… y demasiado cercana.

Los dos se miraron.

—Plan B —murmuró Hanna—. Balcón.

Barry guardó el portátil clonado en la caja de filtros; Hanna volvió a cerrar la puerta del armario y ajustó el abrigo de visón para que todo quedara como si nadie hubiera tocado nada, como un crimen perfecto contra la privacidad.

Matías entró con un carrito cuando ellos ya deslizaban la puerta acristalada del balcón. Se pegaron al muro exterior, aguantando la respiración. El aroma de café recién hecho y tostadas con mantequilla cruzó la rendija, una tentación en plena operación encubierta.

—La señora Vaughn pidió champán y fruta —cantaba Matías para sí, distraído—. Qué sorpresa, no está. Bueno, dejo todo servido.

Bandejas chocando, hielo tintineando. Cada sonido era una cuenta atrás. Hanna miró a Barry, señaló la barandilla: un metro de salto a la terraza contigua, la suite 610 —desocupada, según Edie, aunque a estas alturas «desocupada» podría significar cualquier cosa desde «vacía» hasta «habitada por un cartel de narcotraficantes en retiro».

Barry negó con la cabeza. Hanna arqueó una ceja. ¿Mejor idea?

Él apretó los labios, sacó de la caja un destornillador gigante y lo sostuvo como si fuera una raqueta: Plan C, improvisado, o «cómo defenderte con herramientas de ferretería en un hotel de cinco estrellas».

Pasos de Matías acercándose al balcón.

Silencio denso.

La puerta se deslizó… un palmo.

—Ups —dijo Matías—. Cerrada. Qué señora más desconfiada.

El carrito volvió a rodar hacia la puerta principal, como un cómplice inconsciente. Cerradura. Clic.

Matías se fue.

Barry exhaló tan fuerte que Hanna pensó que se le escaparía un pulmón.

—Veintinueve minutos —susurró—. Suficiente para correr antes de que vuelva la dueña del visón.

Hanna sonrió tensa.

—Vámonos antes de que a los manatíes les dé por terminar la sesión fotográfica y decidan actuar como testigos.

Salieron por la puerta principal con la misma caja y la misma expresión de aburrimiento profesional que usarían en su propio funeral. El pasillo estaba desierto. El ascensor se abrió a la primera y descendió, ignorando que llevaba dentro la prueba capaz de hundir a medio Naples y, de paso, algunas reputaciones.

A las 09:47 horas, las puertas se abrieron en la planta baja.

Barry consultó el reloj.

—Dieciséis minutos de sobra.

—De sobra para otra cosa —respondió Hanna, sintiendo cómo la adrenalina le temblaba en las rodillas, un recordatorio de que no estaba hecha para el ballet criminal—. Ahora solo falta sobrevivir al recalentado de plumas.

Y mientras caminaban hacia la salida de servicio, ninguno vio la silueta de Arthur Bell tras la columna, observándolos con atención, bastón dorado en la mano y una expresión que no auguraba nada bueno, como un crítico de ópera tras un desastroso do de pecho.

Se acababan de ganar un espectador inesperado.

22

Cuando las plumas vuelan (y las amenazas también)

09:55 HORAS.

Si Hanna hubiese tenido que elegir entre observar una sesión fotográfica de Clara Vaughn posando junto a los manatíes o clavar agujas en sus propios globos oculares, habría exigido una segunda opinión médica antes de tomar tan trágica decisión.

—Mírala —susurró a Barry con desdén apenas disimulado—. Parece un pavo real con sobredosis de bótox y complejo mesiánico.

Barry reprimió una carcajada que amenazaba con delatar su posición, apoyado con fingida despreocupación contra el muro del paseo marítimo. Sostenía su caja de filtros con dedos temblorosos mientras un sudor frío le recorría la columna vertebral. La escena frente a ellos era digna de un documental sobre la estupidez humana disfrazada de altruismo: Clara alzaba una copa con falsa modestia mientras Edie, con un sombrero que desafiaba toda ley física, dirigía a la manada de periodistas con la precisión de un general.

—Salvemos a los manatíes —entonó Clara con voz impostada—. ¡Ellos son el futuro!

—Si los manatíes son nuestro futuro, la humanidad está condenada —murmuró Barry—. Conozco un par de estos animales que son más inteligentes que nuestra querida Clara.

Hanna se ajustó la gorra mientras fingía un repentino interés profesional por las baldosas del suelo, temiendo que su rostro la delatara.

—Menos mal que esta farsa terminará pronto. Solo espero que Edie no decapite accidentalmente a nadie con ese sombrero.

09:59 horas.

Como si hubiera sido invocado, Arthur apareció en ese preciso instante, luciendo una sonrisa tan sincera como la de un vendedor de coches usados.

—¡Qué sorpresa encontrarlos por aquí! —exclamó con un tono sospechosamente meloso—. ¿Apoyando a nuestros amigos marinos?

—Oh, por supuesto —respondió Hanna con una sonrisa tan artificial que casi chirriaba—. Mi amor por los manatíes es tan legendario como la humildad de Clara.

Arthur sonrió con una dulzura cargada de veneno.

—Curioso. Tenía entendido que últimamente su interés se centraba más en tiburones y peces gordos de otra categoría.

Barry tosió violentamente, ahogándose con su propia saliva. Hanna arqueó una ceja con lentitud.

—Bueno, nunca viene mal diversificar el menú marino, Arthur. La monotonía es el enemigo del conocimiento.

El hombre les dedicó una última mirada antes de alejarse con la calma de un depredador que sabe que su presa no tiene escapatoria.

—Ese venerable anciano acaba de lanzarnos una amenaza envuelta en papel de regalo —comentó Barry con ironía que apenas ocultaba su nerviosismo—. La gente educada siempre me ha provocado urticaria.

10:04 horas.

Cuando la sesión fotográfica parecía haber alcanzado su clímax de falsedad y autocomplacencia, un giro inesperado sacudió la rutina. Hanna observó con interés cómo el carrito de golf, destinado a transportar a Clara, comenzaba a rodar lentamente, sin conductor.

Clara, por supuesto, estaba demasiado absorta en su propio resplandor como para notar el peligro inminente.

—No puede ser... —musitó Hanna, hipnotizada por el momento.

Barry elevó las cejas.

—Oh, pero va a ser. El universo tiene sentido del humor, después de todo.

Y así fue. El carrito impactó suavemente contra Clara por detrás, catapultándola al agua. El grito de Edie perforó el aire, diversos accesorios plumíferos volaron, y por un segundo, todo el muelle contuvo la respiración antes de estallar en risas mal disimuladas tras palmas compasivas.

—¡Qué tragedia! —exclamó Barry, con sarcasmo—. Se acaban de hundir cinco mil dólares de alta costura en agua salada y excrementos de gaviota.

—No dramatices —sonrió Hanna—. El abrigo de visón en su armario seguramente sobrevivirá.

En ese instante, el móvil de Hanna vibró con insistencia. Un mensaje anónimo apareció en la pantalla:

«Dile a tu amigo Barry que no llegará a la cena. Último aviso».

—Fantástico —masculló Hanna—. Ahora soy mensajera para asesinos con problemas de comunicación.

Barry leyó el texto por encima de su hombro y su rostro palideció.

—Al menos tienen modales: avisan con antelación en lugar de presentarse sin invitación.

Hanna suspiró con exasperación, pero el temblor en la comisura de sus labios delataba un miedo visceral.

—Alguien nos tiene en su radar. Y no son precisamente los manatíes.

Barry miró a Clara, quien emergía del agua empapada y furiosa. Su dedo de manicura apuntaba hacia el público, el cielo y probablemente varias dimensiones paralelas, en busca de un culpable inmediato.

—Parece que Clara ya intuye que su tocado no decidió suicidarse voluntariamente —observó Barry—. Y nosotros encabezamos su lista de posibles culpables.

—Si buscas consuelo, piensa que nadie sospecha todavía que clonamos su disco duro y profanamos su caja fuerte como ladrones de guante blanco —respondió Hanna en un susurro conspirador—. Eso sí generaría cierta incomodidad en la conversación.

Barry la miró con incredulidad, dibujando una media sonrisa sardónica en su rostro pálido.

—Evidentemente, porque ser empujada al agua por un carrito de golf descontrolado es el menor de sus problemas en este momento.

Mientras la prensa continuaba inmortalizando la transformación de Clara en sirena vengativa y Edie intentaba restablecer el orden (sin sacrificar su glamour ni renunciar a su sombrero arquitectónico), Hanna observó el entorno con atención. Arthur sonreía con inocencia a la distancia, Edie agitaba frenéticamente una pluma empapada, y Clara vociferaba como si le hubieran robado simultáneamente su herencia y su juventud.

Hanna se volvió hacia Barry con una expresión que reflejaba agotamiento.

—¿Por qué tengo la sensación de que cada vez que intentamos resolver un enigma, añadimos otro delito federal a nuestra creciente lista?

—Debe ser nuestro encanto natural —respondió él con resignación—. O quizás estamos malditos por alguna entidad cósmica con sentido del humor.

—Probablemente ambas —concluyó Hanna, mientras en el muelle los aplausos y risas cedían terreno a la consternación y a los titulares que ya se gestaban en mentes hambrientas de escándalo—. Pero, en fin, todo sea por la noble causa de los manatíes.

Barry emitió una risa seca que sonó a cristal quebrado.

—Por supuesto. Que los manatíes conserven en su memoria nuestro heroico sacrificio.

Ninguno advirtió la silueta de Nathan Keller, quien los observaba desde un rincón sombrío con una expresión impenetrable, ni percibieron cómo el sol se ocultaba repentinamente tras una nube oscura, como un mal presagio.

Pero compartían una certeza: los problemas, como las facturas impagadas, ya no podían ser ignorados. Y el próximo movimiento en aquel macabro tablero sería probablemente mucho más doloroso que una caída humillante al agua salada de la bahía.

23

Un gato llamado ETF y una foto con demasiada definición

11:23 HORAS.

De vuelta en su habitación, Hanna descubrió que su espacio había sido invadido por un visitante de cuatro patas. Un gato de pelaje anaranjado, con orejas ligeramente mordisqueadas, y la arrogancia imperial de quien tiene claro que el mundo existe para servirle. Se había instalado sobre el teclado de su portátil como si estuviera evaluando adquisiciones corporativas.

—¿Y tú quién diablos eres, felino usurpador? —preguntó Hanna mientras cerraba la puerta con cuidado—. ¿Trabajas para la reina Clara Vaughn o simplemente has venido a exigir tributo en forma de atún gourmet?

El gato la observó con la indiferencia olímpica que solo los felinos y ciertos políticos logran dominar. Ladeó la cabeza con una expresión que, traducida al lenguaje humano, significaba claramente: «Ambas posibilidades son igualmente válidas, pero ninguna merece confirmación».

Hanna se aproximó con pasos cautelosos, como quien se acerca a un artefacto explosivo, y examinó el collar que decoraba su cuello aristocrático:

«ETF. Si me encuentras, ya soy tu problema.»

—Maravilloso —exhaló con resignación—. Como si Naples no me hubiera obsequiado ya suficientes catástrofes ambulantes, ahora debo adoptar un gato con evidentes problemas de identidad y una preocupante tendencia a la invasión domiciliaria.

ETF ronroneó suavemente, completamente inmune a la ironía que destilaba Hanna, y se estiró sobre la mesa con la elegancia de un bailarín de ballet. Con un movimiento casual, empujó con su zarpa un sobre ligeramente arrugado hacia la humana designada como su nuevo servicio.

—¿Qué me traes aquí, mensajero peludo? ¿Una orden de alejamiento? —murmuró, capturando el sobre entre dedos cautelosos—. Si son facturas exorbitantes del hotel, me temo que tendremos una intensa conversación sobre responsabilidad financiera, ETF.

Pero el contenido del sobre distaba mucho de ser una trivialidad administrativa. No era una factura ni una queja formal por el uso indebido del minibar. Era una fotografía capturada con equipo profesional, con una claridad casi obscena.

La imagen congelaba el momento del «incidente» en el muelle: Clara Vaughn, con su perfil afilado y mirada gélida, extendiendo un brazo hacia Frank Devlin justo antes de que él cayera al agua. La prueba era tan contundente que Hanna sintió un escalofrío recorrer su columna. Cada píxel exudaba intención premeditada, violencia disfrazada de accidente.

—Vaya, ETF —se dirigió al felino, que ahora se lamía una pata con aparente modestia—. No sé si felicitarte por tu inesperado talento detectivesco o preguntarme por qué recibo evidencia criminal a través de un gato. La vida toma giros extraños, pero esto roza lo surrealista.

ETF bostezó con desinterés, aparentemente satisfecho con su misión, y se acomodó sobre el portátil.

Hanna examinó la fotografía con atención. La pregunta pulsaba en su mente: ¿quién había capturado esta imagen incriminatoria y

por qué se la entregaba a ella utilizando como intermediario a un gato vagabundo?

Como si el universo conspirara para mantener su ritmo narrativo, su móvil vibró sobre la mesa. Otro mensaje anónimo apareció en la pantalla:

«Ya tienes lo que necesitas para detenerla. Úsalo rápido, o la próxima foto será la tuya».

Hanna se desplomó en la silla, sosteniendo la fotografía con la punta de los dedos, observando el rostro impecablemente maquillado y despiadado de Clara en alta definición.

—Fantástico —murmuró, dirigiendo su mirada a ETF—. Ahora resulta que he sido ascendida de escritora fracasada a justiciera de este hotel. ¿Alguien más quiere añadir tareas a mi lista de pendientes? ¿Quizás resolver el calentamiento global antes del almuerzo?

ETF entrecerró sus ojos, cómodamente instalado en su territorio, ignorando la retórica de Hanna.

—Supongo que somos socios forzosos ahora —concedió Hanna con resignación—. Pero la próxima vez que decidas traerme algo, preferiría una margarita doble, una oferta para publicar mi novela o, mejor aún, billetes de avión a cualquier lugar donde Clara Vaughn no figure en el mapa.

ETF ronroneó suavemente, como si eso fuera exactamente lo que había estado planeando.

Hanna comprendía el significado de esa fotografía: poseía evidencia irrefutable contra la intocable Clara. Pero también era consciente de otra realidad inquietante: alguien más observaba, controlaba y manipulaba los hilos con precisión. Y ese alguien definitivamente no era un gato callejero.

Era alguien peligroso. Alguien dispuesto a jugar un juego donde las reglas cambiaban constantemente. Y ella, por una combinación de curiosidad y mala suerte, ya había aceptado involuntariamente participar.

—Bienvenido al caos, ETF —susurró mientras acariciaba la cabeza del felino—. Esperemos que salgas de esta pesadilla con más vidas que yo.

El gato cerró los ojos y aumentó el volumen de su ronroneo, como si aceptara el desafío.

—Claro, tú duerme plácidamente —murmuró ella—. Yo montaré guardia para que no nos conviertan en abono marino antes de que sirvan la cena.

ETF ni siquiera se molestó en abrir un ojo. Claramente, consideraba que el apocalipsis inminente era un problema exclusivamente humano.

***

Tras una larga sesión de negociación (sin éxito) con ETF sobre la propiedad legítima del sofá, Hanna recibió otro mensaje. Era Barry, pero el tono tenía la sutileza de un elefante en una cristalería:

«Heather, necesito verte abajo en el bar. Ahora mismo. Ven sola».

Hanna sintió cómo las cejas se arqueaban involuntariamente.

—¿«Ven sola»? —le preguntó al gato mientras este la observaba con indiferencia—. ¿Desde cuándo Barry escribe como un villano de película de espías?

ETF maulló sin interés. Ella suspiró, agarró la foto comprometida de Clara, la guardó en su bolso junto con una pequeña botella de ron (su kit de primeros auxilios para decisiones cuestionables) y salió.

El bar del hotel estaba tan desierto que casi esperaba ver una bola de paja rodando entre las mesas. Ni turistas, ni camareros, ni rastro de Barry detrás de la barra. Solo una nota doblada sobre un posavasos que parecía estar esperándola.

Hanna la abrió con cautela:

«Lo siento, no llegué a la cena. Alguien me ha invitado a desaparecer. No hagas tonterías. (Sé que las harás, pero por lo menos que conste mi advertencia.) – Barry»

—Fantástico —murmuró mientras su estómago se convertía en un nudo—. Justo lo que necesitaba para completar mi bingo de 'vacaciones desastrosas': un amigo secuestrado y sarcasmo por correspondencia.

Levantó la vista y escaneó el bar vacío mientras su corazón comenzaba a latir con fuerza. Miró la nota de nuevo. Barry conseguía ser irónico incluso bajo coacción. Si eso no era la definición de amistad incondicional, el diccionario necesitaba una revisión.

En ese momento, alguien carraspeó a su espalda con la sutil delicadeza de una alarma de incendios. Hanna giró, medio esperando encontrarse cara a cara con el elenco habitual: Clara, Nathan, o incluso Arthur blandiendo su bastón. Pero era Edie, con su sombrero gigante ahora inclinado y los ojos tan abiertos que amenazaban con eclipsar su rostro.

—Edie, ¿qué ocurre? —preguntó Hanna, intentando que su voz no revelara el cóctel de pánico y curiosidad que sentía.

—Cariño, acaba de llegar esto —susurró Edie, extendiendo otro papel más arrugado—. Lo dejaron en recepción, y no vas a creer quién lo entregó.

Hanna cogió el papel con dedos temblorosos. Estaba escrito con la misma letra apresurada que el mensaje anterior, como si el autor hubiera estado escribiendo mientras huía de algo.

«Heather, el tiempo se acaba. Entrégame lo que robaste o no verás a tu amigo en una pieza. Tienes hasta medianoche».

Hanna levantó la vista con la mandíbula tensa. —Dime, Edie, ¿quién trajo esta nota?

Edie tragó saliva. —Arthur Bell, querida. ¡Arthur! Con lo encantador que es siempre, sus trajes a medida y ese bastón elegante que probablemente esconde una espada. Ya no puedes confiar ni en los jubilados con estilo.

Hanna sintió que su mundo daba un vuelco, mientras su cerebro luchaba por procesar esta nueva información.

—¿Arthur? ¿El anciano elegante y amable que parece salido de un catálogo de 'Jubilados Distinguidos'?

—El mismo —afirmó Edie—. Dejó esto, me guiñó un ojo y desapareció con clase.

Hanna cerró los ojos y respiró hondo, intentando poner orden en el caos. La ecuación ahora incluía un gato vagabundo, una fotografía incriminatoria, un amigo desaparecido, una viuda con currículum criminal, y un anciano aparentemente inofensivo reconvertido en maestro del chantaje.

—Muy bien, Edie —dijo finalmente Hanna, abriendo los ojos—. ¿Quieres conocer la verdad detrás de todo esto?

Edie asintió con entusiasmo. —Llevo días esperando esta frase.

—Tendrás que esperar un poco más —sonrió Hanna—. Primero necesito encontrar a Barry. Y salvarlo antes de que aprenda que el secuestro no incluye servicio de habitaciones.

Edie suspiró. —¡Qué tensión deliciosa! Pero vale, cuenta conmigo. Me encantan las misiones imposibles.

Hanna esbozó una sonrisa tensa, sintiendo la adrenalina mezclada con ansiedad. La situación había escalado de «vacaciones sospechosas» a «película criminal» en poco tiempo.

Miró el reloj de pared del bar. Quedaban menos de diez horas para la medianoche, ese momento mágico en que las calabazas vuelven a ser calabazas y los amigos secuestrados podrían perder extremidades. La amenaza era real: debía jugar sus cartas con habilidad, o perdería algo más que su identidad falsa.

Mientras salía del bar, tomó una decisión rápida. Era hora de enfrentarse al encantador Arthur Bell, anciano sofisticado y aspirante a criminal. Porque si Naples le había enseñado algo, era que nadie, ni siquiera los jubilados con más clase, eran tan inocentes como aparentaban.

—Aguanta, Barry —murmuró para sí misma—. Prometo rescatarte antes de que tengas que beber whisky a temperatura ambiente.

Y con paso firme, salió en busca del jubilado más peligroso de toda Florida, sabiendo que iba directo hacia la tormenta con poco

más que ingenio, valor y una botella de ron en miniatura.

24

Cómo negociar con jubilados criminales

15:45 HORAS.

Hanna golpeó la puerta del bungalow número siete con la determinación de quien no tiene nada que perder, excepto quizás un amigo secuestrado. Este era el refugio de Arthur Bell: cortinas floreadas, geranios cuidados con esmero y un felpudo pasivo-agresivo que decía «Bienvenidos, excepto vendedores y cobradores de impuestos». Un lugar ideal para un jubilado convertido en chantajista.

La puerta se abrió lentamente, como si se tratara de una escena de suspense. Arthur apareció con una sonrisa brillante, bastón en mano y ojos centelleantes, como si Hanna fuera la visita que había estado esperando.

—¡Querida Heather! —exclamó con una alegría poco creíble—. Qué sorpresa más grata.

—Arthur —respondió Hanna con un tono seco—, creo que ambos sabemos que «sorpresa grata» no es exactamente el término adecuado. A menos que sea una forma de decir «confrontación inevitable con un secuestrador».

Él rio suavemente, apartándose de la puerta con una elegancia que sugería años de práctica en el arte de parecer inofensivo mientras planeaba algo siniestro.

—Por favor, pasa. Acabo de preparar té. Earl Grey. ¿Te gusta? —ofreció con la hospitalidad de un anfitrión que podría estar sirviendo tanto té como información incriminatoria.

—Si viene sin veneno o amenazas, sería estupendo. Últimamente, mis estándares de consumo se han vuelto específicos.

Arthur levantó una ceja divertida, como si Hanna acabara de contar un chiste.

—Prometo que solo lleva azúcar y unas gotas de leche. Dejé el arsénico para las visitas menos interesantes.

Hanna entró con desconfianza, escaneando el espacio con la precisión de un agente inmobiliario buscando defectos: muebles clásicos, fotografías familiares antiguas, libros organizados con cuidado y un jarrón sobre la mesa del comedor que parecía lo suficientemente valioso como para financiar un pequeño país.

Arthur le ofreció asiento en un sofá tapizado con motivos marineros y se sentó frente a ella, sirviendo té con meticulosidad.

—Muy bien, Heather. Sé que no viniste por mis habilidades para preparar infusiones, por excepcionales que sean —dijo Arthur con una calma inquietante—. ¿A qué debo el placer de esta inesperada visita? ¿Nostalgia por las tardes de té británicas o algo más serio?

Hanna dejó la taza sin tocar sobre la mesa, mirando directamente al jubilado con ojos desafiantes.

—Puedes empezar diciéndome dónde está Barry. Y seguir explicándome qué quieres exactamente de mí. Preferiblemente, sin metáforas o referencias a juegos de mesa.

Arthur ladeó la cabeza con una expresión de inocencia que resultaba poco creíble.

—Oh, Barry. Un joven tan agradable. Es una pena que haya desaparecido así, sin avisar. ¿Sabes algo al respecto? ¿Quizás un mensaje críptico? ¿Una nota de rescate?

—Arthur, no tengo tiempo para jugar contigo ni para apreciar tu sarcasmo. Sé que tú entregaste la nota amenazante. ¿Por qué? ¿Quién te envía?

Arthur tomó un sorbo de té con la serenidad de quien observa el el fin del mundo a su alrededor, mirándola sobre el borde de la taza con ojos que evaluaban la situación.

—Querida, nadie me envía. Soy demasiado mayor para recibir órdenes. A cierta edad, uno adquiere el privilegio de dar órdenes, no de recibirlas. Simplemente, hay ciertas cosas en este hotel que sería mejor no descubrir. Como los ingredientes reales de la «sorpresa del chef» de los miércoles. ¿Entiendes lo que insinúo?

Hanna lo observó con una frialdad que habría hecho temblar a cualquiera.

—Si eso es una amenaza, prefiero la versión corta. Sin florituras, sin metáforas, y definitivamente sin enigmas. Mi paciencia es limitada.

—No, querida. Es un consejo amistoso —dijo él con una serenidad irritante—. Hay jugadores aquí que no querrías molestar. Southshore no es un grupo de jubilados inofensivos jugando dominó mientras esperan quejarse del tiempo. Es algo mucho más lucrativo. ¿Comprendes lo que quiero decir, o necesitas que te dibuje un organigrama criminal?

Hanna asintió lentamente, apretando los dientes con tanta fuerza que su dentista habría tenido un ataque de pánico.

—Perfectamente. El mensaje está claro. ¿Qué tengo que hacer para que Barry vuelva sano y salvo, preferiblemente antes de que empiece a desarrollar síndrome de Estocolmo con sus captores?

Arthur se inclinó ligeramente hacia delante, con los ojos brillando con una mezcla de diversión maquiavélica y algo más oscuro.

—La USB. El disco que clonasteis sin sutileza. Entrégamelo, y Barry estará libre antes del cóctel de las siete, con tiempo suficiente para quejarse de su aventura y servir martinis con una historia que contar.

Hanna sintió cómo se tensaba internamente, pero mantuvo el rostro tan inexpresivo como el de un jugador de póquer.

—Si te doy la USB, Clara sale libre, tú ganas un premio de consolación, y nosotros acabamos alimentando a los caimanes en

algún pantano olvidado de Florida. ¿Me equivoco en mi análisis de la situación, o debo añadir más caimanes a la ecuación?

Arthur soltó una carcajada suave, disfrutando de la audacia de un adversario al que respeta.

—¡Eres deliciosamente dramática, querida! Aunque debo admitir que el fondo del pantano tiene su encanto. Los atardeceres son particularmente fotogénicos, o eso me han dicho.

—Arthur —dijo Hanna lentamente—, ¿puedo sugerirte algo menos criminal y más mutuamente beneficioso? Entrégame a Barry ahora mismo y no enviaré a la policía esta fotografía que muestra claramente a Clara empujando a Frank al agua.

La sonrisa del jubilado se congeló tan rápidamente que casi se pudo escuchar el sonido del hielo formándose.

—Interesante giro argumental. Veo que alguien ya te mostró esa encantadora instantánea familiar. Es fascinante cómo las pruebas incriminatorias siempre encuentran su camino.

—Por un canal inesperado, lo creas o no. Resulta que ETF es más eficiente que la mayoría de mis contactos humanos y definitivamente más confiable que cualquier servicio de mensajería que haya utilizado.

Arthur parpadeó dos veces, procesando la información con dificultad, recuperando rápidamente su sonrisa serena, aunque un ligero tic en la comisura delataba su inquietud.

—Eso cambia ligeramente nuestra estrategia. Pero sigo necesitando esa USB como un coleccionista necesita la pieza que completa su colección. Entiéndelo, querida: Clara tiene poder, pero Southshore tiene influencia. Es la diferencia entre tener un cuchillo afilado y poseer todo el bloque de carnicería. Y a mí me gusta estar del lado ganador, preferiblemente con vista al mar y cócteles ilimitados.

—¿Qué te hace pensar que no soy yo el lado ganador? —preguntó Hanna con una calma tan fingida que merecería un premio a mejor interpretación en una negociación.

Arthur levantó una ceja irónica, examinándola de arriba abajo como un crítico evaluando una obra de arte contemporáneo.

—Porque tú, querida Heather, tienes demasiado corazón. Lo veo en cómo hablas de Barry, en cómo tus ojos brillan con indignación genuina. Y eso, aunque admirable en un mundo cada vez más cínico, siempre te coloca en desventaja. Es como llevar un cuchillo de mantequilla a un tiroteo.

Hanna respiró hondo, absorbiendo el golpe mientras se levantaba lentamente con la dignidad de una reina destronada pero no derrotada.

—¿Sabes algo, Arthur? Tienes razón. Tengo corazón. Por eso, cuando todo este castillo de naipes construido sobre extorsión y secretos se derrumbe como un soufflé mal preparado, me aseguraré de que no te salpique demasiado. Porque, sinceramente, los trajes a rayas horizontales no te favorecen en absoluto. Harían que tus hombros parecieran aún más estrechos de lo que son.

Arthur rio otra vez, esta vez con algo que se acercaba al respeto genuino, mezclado con sorpresa.

—Touché, Heather. Has elevado el arte de la amenaza disfrazada de preocupación a niveles dignos de estudio. Ahora corre y decide rápido, como quien elige un vestido en rebajas. Recuerda: medianoche, la hora mágica en que las calabazas vuelven a ser calabazas y los *barmans* secuestrados prefieren no pasar la noche en una bodega de barco con ratas.

Ella se dirigió hacia la puerta con la elegancia felina de quien sabe que está siendo observada, deteniéndose justo antes de salir para su último golpe verbal.

—Te prometo algo, Arthur: al final de este peculiar crucero, tendré el último movimiento. Y algo me dice que no te gustará cómo termina esta partida. Las piezas negras también pueden dar jaque mate, ¿sabes?

Él sonrió serenamente, levantando su taza de té en un brindis irónico que contenía amenazas implícitas y admiración renuente.

—Que gane la mejor jugadora, querida. Y cuidado con ETF; los gatos son criaturas traicioneras. Cuando crees que están dormidos, generalmente están tomando nota de tus debilidades para futuras negociaciones sobre comida prémium.

Hanna salió sin responder, caminando con rapidez controlada, como quien tiene un plan pero no quiere parecer que huye. Arthur había movido sus piezas maestramente, como el ajedrecista experimentado que era, pero ella aún conservaba una ventaja: una fotografía irrefutable e incriminatoria y una dosis de ironía perfeccionada tras años de tratar con idiotas en trajes caros.

Y ahora mismo, necesitaba un plan más elaborado que una temporada de «Breaking Bad». Porque en esta partida donde las fichas eran personas reales y las apuestas incluían vidas humanas, perder ya no era una opción que pudiera contemplar.

—Malditos jubilados con agendas ocultas —susurró mientras caminaba por el pasillo decorado con cuadros de paisajes marinos—. Y yo que vine a Naples huyendo de brókeres corruptos de Wall Street... Parece que, al final, todo lo que cambia es el clima y el promedio de edad de los criminales.

Al llegar a su habitación, encontró a ETF dormido plácidamente sobre la almohada, ajeno a redes criminales o amigos secuestrados. Hanna suspiró con resignación, aceptando que su vida era oficialmente más extraña que una película indie.

—Despierta, ETF. Tenemos que salvar a Barry y desmantelar una red criminal antes de la cena. Un día normal en nuestras vacaciones. ¿Te parece bien, o prefieres seguir fingiendo que eres un gato normal sin conexiones con el hampa?

El gato abrió un ojo, mostrando un desinterés tan profundo que parecía medirlo en siglos, pero Hanna interpretó ese pequeño gesto como un inequívoco «sí, estoy comprometido con esta misión.» Al menos era agradable pretender que tenía un aliado, aunque fuera uno con cuatro patas y una tendencia al narcisismo.

***

17:07 horas.

Hanna llevaba casi una hora dando vueltas por la habitación, mientras ETF la observaba desde el sofá con una mirada que solo los gatos han perfeccionado tras milenios de juzgar a los humanos. El felino mostraba un nivel de indiferencia tan refinado que podría competir con agentes de aduanas en su décimo turno consecutivo o con ex parejas que descubren que has eliminado todo su catálogo de Netflix.

—Muy bien, ETF. Repasemos la situación —dijo Hanna con una voz tensa—. Tenemos una USB llena de secretos, un gato con tendencias cleptómanas y conexión con el bajo mundo de Florida, un amigo desaparecido que probablemente desearía haber elegido otra semana para sus vacaciones, y una fotografía incriminatoria de una viuda asesina con mal temperamento. ¿Algo más que debamos añadir a nuestra lista de problemas?

El gato bostezó con una elegancia que parecía indicar que no valía la pena contribuir a esta conversación.

—Ah, claro. Y Arthur Bell. Jubilado modelo, criminal profesional con un gusto impecable en cardigans y amante del té Earl Grey. ¿Cómo he podido olvidar a semejante pieza central de nuestro rompecabezas criminal? Mi memoria debe estar fallando, probablemente debido al estrés de estar a punto de convertirme en la protagonista de un capítulo de 'Crímenes Imperfectos: Edición Florida'.

ETF ronroneó suavemente, apreciando el sarcasmo en esta situación crítica.

Hanna se desplomó sobre la cama, revisando mentalmente sus opciones, ninguna atractiva: podía entregar la USB y rescatar a Barry, destruyendo toda evidencia contra Clara y Southshore, o

podía arriesgarse y confiar en Nathan Keller, el mismo hombre que tenía más pasado turbio que una novela gótica y más motivos para arrestarla que un policía con cuota mensual de multas el último día del mes.

Su móvil vibró de nuevo, mostrando un mensaje tan breve y críptico que haría sonrojar a un espía novato:

«Habitación 311. Ven sola. N.K.»

—Ah, mira, ETF. Otro mensaje diciendo «ven sola». Parece que todos en este hotel han completado el mismo curso online de «Clichés de Películas de Espías para Principiantes». La próxima vez espero algo más original, como «Trae un sándwich y una coartada».

ETF no se dignó a responder, demasiado ocupado lamiéndose una pata con el esmero de quien realiza una operación quirúrgica.

Hanna tomó una decisión rápida, consciente de que la indecisión podría costarle más que una mala crítica en Yelp. Agarró la USB, la guardó discretamente en el bolsillo, revisó que la foto incriminatoria estuviera segura y salió de la habitación, dejando al gato como guardián accidental de su espacio temporal.

—No organices fiestas mientras no estoy —le advirtió al felino, que le devolvió una mirada que claramente comunicaba: «Tus preocupaciones humanas me resultan irrelevantes».

Cinco minutos después, golpeó con cautela la puerta de la habitación 311, medio esperando encontrarse con un batallón armado o una fiesta sorpresa mal planificada. Nathan abrió la puerta con una expresión que sugería que había estado esperándola con la misma ansiedad con la que uno espera los resultados de un examen médico. Sorprendentemente, había abandonado su uniforme de agente federal: ni traje impecable ni corbata perfectamente anudada. En su lugar, lucía una camisa azul arrugada y un aspecto cansado, con algo en los ojos que Hanna reconocía bien: miedo como quien sostiene un explosivo inestable.

—Heather… O debería decir Hanna —dijo él con un tono serio, invitándola a pasar con un gesto que intentaba ser casual pero que traicionaba la tensión acumulada en sus hombros.

—Nathan, ¿es esta la parte donde me dices que tienes suficientes pruebas para arrestarme y enviarme a una celda con vista al patio interior, o me estás invitando a un cóctel de crisis existencial? Porque créeme, el día ha sido más largo que una fila de supermercado con solo una caja abierta.

Él cerró la puerta.

—¿Quieres un whisky? —ofreció con una simplicidad que sugería que ambos necesitaban algo más fuerte que agua.

—Mi umbral de confianza está tan bajo que haría parecer alto a un hormiguero.

Nathan sonrió ligeramente, un gesto tan sutil que casi podría haberse confundido con un tic nervioso, y le sirvió un vaso generoso de un líquido ámbar que prometía aliviar, o al menos adormecer, las preocupaciones inmediatas.

—Bien, tenemos poco tiempo y menos opciones que un restaurante vegano en una convención de carniceros. Sé que tienes la USB y que Clara está implicada en un esquema que haría sonrojar a los guionistas de las mejores películas de estafa. Pero lo que no sabes es que Southshore está dispuesto a eliminar a quien sea para protegerse, con la misma frialdad con la que se deshecha un folleto publicitario no deseado, incluyéndonos a nosotros en su lista de inconvenientes.

Hanna bebió despacio, saboreando el calor reconfortante del whisky mientras descendía por su garganta como un recordatorio de que, al menos, seguía viva para sentir esa sensación.

—¿«Nos»? Pensé que jugabas en el equipo contrario. ¿Desde cuándo los agentes federales cambian de bando?

Nathan apretó la mandíbula con tanta fuerza que Hanna casi pudo escuchar el crujido de su esmalte dental.

—Hanna, mi única lealtad en este momento es salir vivo de este laberinto de mentiras con suficientes extremidades intactas para poder disfrutar de una playa en el futuro. Me da igual si tengo que hundir a Clara, a Arthur, a medio Wall Street o a Santa Claus para

lograrlo. La supervivencia hace que los principios parezcan un lujo prescindible.

—Interesante giro ético para alguien que se especializaba en inversiones de riesgo más dudosas que un billete de diecisiete dólares. ¿Fue antes o después de decidir que la integridad era un concepto sobrevalorado?

Él suspiró con un cansancio genuino, mirándola con ojos que por primera vez desde que se conocían no ocultaban nada.

—En serio, Hanna. Necesitamos entregar la USB a los federales antes de que se convierta en el próximo accesorio de moda para peces. Tengo contactos en Miami que pueden procesarla en horas, gente que me debe favores del tipo que nadie menciona en reuniones familiares. Si lo hacemos, Barry estará a salvo antes de medianoche y tú… Bueno, quizás evites el destino del sushi envenenado que tanto te costó superar.

Ella soltó una carcajada cargada de ironía.

—Me encanta cómo siempre terminas por recordarme mi incidente con la soja, como quien menciona casualmente un tatuaje vergonzoso hecho en la universidad. ¿Es tu forma especial de establecer una conexión emocional o simplemente disfrutas recordándome mis momentos más bajos?

—Llámalo admiración profesional —replicó él con una sonrisa tan leve que parecía dibujada—. Pocos tienen el talento de sobrevivir a lo que tú has sobrevivido. Pero en serio, confía en mí, aunque sea esta vez, como confiarías en un paracaídas cuando ya has saltado del avión.

Hanna tomó otro trago de whisky, dejando que ardiera en su garganta, un recordatorio de que las decisiones dolorosas eran su especialidad no reconocida.

—¿Qué me garantiza que no vas a entregar también mi nombre real junto con la USB, como quien incluye un postre gratuito con el plato principal?

Nathan sostuvo su mirada con una seriedad inusual en él.

—Nada. Solo tienes mi palabra y un whisky bastante decente que probablemente cueste más que el presupuesto semanal de comida de un estudiante universitario. En este momento, es todo lo que puedo ofrecer.

Hanna respiró hondo, mirando el vaso con atención, como si intentara leer su futuro en los reflejos ambarinos.

—Vaya, y yo que creía que mi situación no podía empeorar más. Ahora estoy aliada con un agente federal con más tendencia a la traición pasiva que un gato doméstico decidiendo si derribar un jarrón valioso.

Él se acercó lentamente, calculando cada paso con precisión, manteniendo la distancia justa para no cruzar la línea invisible trazada por la desconfianza acumulada entre ambos.

—Esta vez no te voy a traicionar, Hanna. Quizás en el pasado me quedé callado, pero ahora estoy aquí, ofreciéndote una salida cuando las salidas escasean. Y créeme, no la ofrezco a menudo. De hecho, podría decirse que es una oferta exclusiva.

Hanna dejó el vaso sobre la mesa, sopesando cada palabra antes de tomar una decisión potencialmente catastrófica. Finalmente, sacó la USB del bolsillo, pero la mantuvo firmemente en la palma cerrada.

—Bien, Keller, dime que tienes un plan más elaborado que «correr y esperar lo mejor». Porque en menos de siete horas, Arthur podría convertir a Barry en el nuevo ingrediente del buffet para caimanes de Naples, y no me gustaría tener que buscar un nuevo barman de confianza. Son difíciles de encontrar fuera de las grandes ciudades.

Nathan extendió la mano lentamente, esperando pacientemente que ella tomara la decisión que ambos sabían que ya había tomado.

—Tengo un coche esperando. Dame la USB y a medianoche tendremos a Clara y Arthur compartiendo una celda federal. Sin trucos. Sin mentiras. Esta vez, jugamos limpio porque la alternativa es no jugar nunca más.

Ella lo observó por un instante que pareció eterno, antes de dejar caer finalmente la USB en su palma abierta con resignación.

—Muy bien, Nathan. Pero recuerda: si esto sale mal, el próximo sushi con soja contaminada llevará tu nombre, y no será una metáfora.

Nathan cerró la mano sobre la USB con firmeza, como si acabara de recibir la llave de una caja fuerte.

—Entendido con claridad. Vamos, tenemos una cita urgente con los federales más discretos del Estado.

Mientras salían juntos, Hanna sintió que tal vez acababa de cometer un error al confiarle sus secretos a un micrófono abierto... o al dar el único paso correcto desde que había llegado a Naples, una ciudad que parecía tener más secretos por metro cuadrado que un archivo desclasificado de la Guerra Fría.

Algo en su instinto, el mismo que la había mantenido viva cuando las probabilidades eran en su contra, le decía que no tardaría mucho en descubrir cuál de las dos opciones era la verdadera. La moneda del destino ya estaba girando en el aire, y solo quedaba esperar a ver en qué lado caería.

Cuando apuestas tu vida en Naples, Ciudad de las Segundas Oportunidades y Primeras Traiciones, siempre hay más giros inesperados de los que se podrían anticipar. Y si algo había aprendido Hanna en sus años de huida constante, era que la vida rara vez ofrecía finales limpios, solo nuevos comienzos disfrazados de conclusiones.

25

Medianoche menos cinco minutos

23:55 HORAS.

El aparcamiento del muelle estaba en un abandono casi total: un par de camionetas olvidadas, gaviotas nocturnas susurrando y ese silencio peculiar que solo existe cuando el mar y la noche se encuentran. El aire, denso y salobre, se a la piel como una segunda capa de ropa incómoda. Hanna caminaba junto a Nathan, intentando no delatar su nerviosismo, mientras su mente proyectaba titulares sensacionalistas: «Fugitiva y agente federal hallados en muelle abandonado; autoridades sospechan romance criminal».

—Esto apesta a trampa como un pescado de tres días —murmuró Hanna, escudriñando las sombras bajo las farolas—. Si alguien salta desde detrás de esa camioneta, te juro que te usaré como escudo humano sin remordimientos.

Nathan le dedicó una sonrisa torcida, entre la diversión y la preocupación. —Encantador. Tu instinto heroico siempre me conmueve.

—Bájale al sarcasmo, Keller. ¿Dónde diablos están tus amigos federales? Dijiste que aparecerían como por arte de magia.

—Llegarán —respondió él con una seguridad que sonaba poco convincente—. La paciencia es una virtud, ¿sabes?

—Paciencia es precisamente lo que perdí cuando un octogenario con aires de gánster secuestró al único ser humano en Naples que no me produce urticaria.

Como invocado por la mención, una voz aterciopelada pero afilada cortó la oscuridad:

—Vaya, vaya. ¿Es esta una romántica escapada nocturna, o acaso traen mi pequeño tesoro digital?

Arthur Bell emergió de las sombras con la gracia de un depredador. Su figura se materializó detrás de un contenedor que desprendía un hedor a pescado muerto. En su mano derecha, un revólver que parecía más un accesorio que un arma.

—Arthur —saludó Hanna con una sonrisa tan artificial que casi crujía—. Tu sentido de la teatralidad solo compite con tu puntualidad. ¿Dónde tienes a Barry? ¿O acaso lo metiste en formol como a tus otros trofeos?

Nathan elevó las manos en un gesto pacificador.

—Arthur, podemos resolver esto como adultos. La información que buscas ya está en manos federales. Libera a Barry, entrégate, y tal vez puedas disfrutar de tus últimos años en una prisión con vista al mar.

Una risa suave, casi musical, escapó de los labios de Arthur. Observó a Nathan como quien contempla a un niño explicando que los unicornios son reales.

—Keller, juraba que eras más astuto. ¿De verdad crees que voy a tragar ese cuento del federal incorruptible? En Naples, hasta los pájaros tienen precio.

Nathan tensó la mandíbula.

—Si Barry no aparece en los próximos ciento veinte segundos, este lugar se convertirá en una convención de agentes federales. No es una amenaza; es la previsión de tu inminente tormenta.

Arthur suspiró con la teatralidad de un actor de telenovela.

—Me temo que debo informarte que Southshore tiene tentáculos en lugares que ni imaginas. La policía aquí es como el clima:

impredecible y fácilmente influenciable. No cuentes con ellos, Nathan. Ni tú tampoco, Heather... o debería decir, Hanna.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Hanna. —Suficiente teatro, Arthur. Ahórrate el monólogo de villano y ve al grano. ¿Qué demonios necesitas para devolver a Barry con todas sus extremidades originales?

Arthur inclinó la cabeza con la lentitud de un ajedrecista contemplando su jugada final.

—La USB. Aquí y ahora. Y si no la tenéis, algo de valor equivalente. Sorprendedme con vuestra creatividad.

Justo cuando Hanna abría la boca para soltar una respuesta que probablemente habría desencadenado un tiroteo digno de película western, el universo decidió intervenir con su particular sentido del humor. Una sombra alargada y desgarbada surgió tras Arthur. Barry, con el aspecto de alguien que ha pasado por un ciclo de lavado industrial, emergió empuñando una botella de cristal y la descargó sobre la nuca de Arthur con precisión.

El elegante criminal se desplomó con una gracia insultante, no sin antes liberar una sarta de obscenidades.

—¡Barry! —exclamó Hanna, con un alivio genuino—. Por un momento pensé que tendría que vender mi alma a este lunático.

Barry sacudió la mano dolorida, con la expresión de quien acaba de descubrir que las cabezas humanas son más duras que en las películas.

—¿Negociar? Pensaba que eras de las que disparan primero y preguntan después.

—En cualquier otra ocasión te explicaría detalladamente lo equivocado que estás, pero ahora mismo tenemos problemas más serios —interrumpió Nathan—. Arthur no es precisamente un lobo solitario.

Como materializada por sus palabras, una pareja de siluetas apareció en la entrada del muelle. Tenían el aspecto de matones contratados: musculatura excesiva y moral inexistente.

—¡CORRED! —ordenó Nathan, empujándolos hacia el aparcamiento—. ¡Mis amigos federales parecen tener un concepto muy abstracto de la puntualidad!

El trío se lanzó hacia el aparcamiento con una coordinación que habría avergonzado a cualquier coreógrafo. Alcanzaron una camioneta destartalada que parecía estar esperándolos. Barry se deslizó al asiento del conductor, mientras Nathan y Hanna se amontonaban detrás.

—¡Pisa ese acelerador como si fuera la cara de Arthur, Barry! —vociferó Hanna.

—No necesito motivación adicional, créeme —respondió él, arrancando el motor—. ¿Y ahora qué brillante plan tenemos?

—Ahora mismo, huir hasta que alguien con placa decida que merecemos ser salvados —contestó Nathan—. Felicidades, acabáis de cruzar oficialmente al lado oscuro de la legalidad.

—Maravilloso —exhaló Hanna mientras la camioneta devoraba asfalto—. Justo lo que vine buscando a Naples: persecuciones nocturnas en vehículos de dudosa procedencia.

Barry sonrió con agotamiento, capturando la mirada de Hanna en el espejo retrovisor.

—¿De verdad esperabas menos de esta ciudad, Heather... perdón, Hanna?

Ella resopló, contemplando cómo el océano oscuro se desvanecía en la distancia.

—A estas alturas, esperaba más cócteles con sombrillitas y menos intentos de asesinato. Pero supongo que una se adapta o perece.

La camioneta rugió hacia la negrura de la noche, dejando atrás el muelle, las amenazas y un jubilado criminal tumbado con una migraña garantizada.

Mientras huían hacia un destino incierto, Hanna se sorprendió pensando que, por primera vez desde su llegada a aquel lugar, no estaba completamente sola.

Aunque, bien mirado, tal vez eso no fuera tan reconfortante como parecía.

Después de todo, en Naples, las compañías venían acompañadas de problemas como los mosquitos: era imposible tener el uno sin el otro. En esa ciudad, los conflictos eran tan frecuentes como los cócteles empalagosos.

Pero algo era indiscutible: esa noche, las reglas del juego habían cambiado. Y ahora, más que nunca, era el momento de improvisar cada paso con la desesperación creativa de quien baila sobre arenas movedizas.

Quizás Naples no fuera el retiro apacible que anunciaban los folletos turísticos, pero nadie podría acusarlo de ser aburrido.

26

Motel sin estrellas y gatos detectives

01:32 HORAS.

—¿Esto es lo mejor que has podido encontrar? —preguntó Hanna con una mueca que oscilaba entre el horror y la fascinación. Sus ojos recorrieron la fachada del motel como quien contempla un accidente de tráfico: incapaz de mirar y, al mismo tiempo, incapaz de apartar la vista. El letrero, iluminado por un neón que parpadeaba con la regularidad de un marcapasos defectuoso, anunciaba: «Motel Manatee. ¡Descansa como una criatura marina!» (una propuesta que, cuanto más la analizaba, más inquietante resultaba).

Barry estacionó la camioneta robada —o «temporalmente reasignada», según su versión edulcorada de los hechos— y apagó el motor, que se extinguió con un estertor metálico.

—Lo siento, Su Alteza Real. Olvidé hacer las reservas en el Four Seasons —replicó Barry con sarcasmo—. Estaba ocupado interpretando el papel de rehén para un jubilado con tendencias homicidas.

Hanna exhaló un suspiro que parecía contener el cansancio acumulado de varias vidas.

—Touché. Pero al menos podrían haber elegido un establecimiento que no pareciera el escenario de «Masacre en Florida: El motel de los condenados, parte VII».

Nathan descendió del vehículo con la cautela exagerada de un soldado en territorio minado, escudriñando los alrededores como si cada arbusto pudiera ocultar a un matón.

—Menos críticas arquitectónicas, más movimiento. Necesitamos refugiarnos hasta que mis presuntos colegas federales decidan si merecemos esposas o protección.

—Es reconfortante saber que seguimos en un océano de incertidumbre —comentó Hanna mientras arrastraba los pies hacia la recepción—. Sin duda, eleva mi experiencia en Florida a niveles estratosféricos de satisfacción turística.

En el interior, el recepcionista nocturno los observó con una indiferencia profunda. Era un adolescente que desafiaba las leyes laborales sobre trabajo infantil, cuya conexión con el mundo real parecía limitarse a la pantalla de su teléfono móvil, donde sus pulgares ejecutaban una danza frenética. Ni siquiera pestañeó ante la visión de tres adultos cubiertos de polvo y sudor.

—Una habitación —solicitó Nathan, deslizando billetes arrugados sobre el mostrador.

El chico no se molestó en levantar la mirada.

—¿Vista al mar o al aparcamiento donde probablemente abandonaron todos sus sueños?

—Sorpréndenos con tu criterio —respondió Barry con sequedad.

La habitación resultó ser un monumento a las tendencias decorativas de los años setenta que nadie había actualizado. Tonos pastel que habían dejado de estar de moda adornaban unas paredes que contaban historias de huéspedes anteriores a través de manchas de procedencia cuestionable. Un aroma a productos químicos baratos flotaba en el ambiente, compitiendo con notas sutiles de humedad.

Hanna dejó caer sus hombros con resignación.

—Al menos es acogedor —ironizó Barry, acariciando con fingido entusiasmo un edredón cuyo estampado parecía diseñado para ocultar manchas.

—Tan acogedor como la celda federal en la que terminaremos si no encontramos una salida a este laberinto de malas decisiones —añadió Nathan, inspeccionando las ventanas con meticulosidad—. ¿Tienes la fotografía incriminatoria que podría hundir el imperio criminal de nuestra querida Clara?

Hanna extrajo la imagen de su bolso y la desplegó sobre la mesita de noche.

—¿Y ahora qué? ¿La subastamos en eBay bajo el título «Prueba criminal ligeramente usada, ideal para chantaje»?

—La enviamos directamente a las autoridades competentes —afirmó Nathan con seguridad—. Tenemos suficiente evidencia para que Clara y Arthur disfruten de alojamiento estatal durante las próximas décadas. Eso nos compra tiempo para elaborar un plan que no suene a suicidio colectivo.

Barry se desplomó sobre la cama, que protestó con un crujido, mientras masajeaba su nuca.

—¿Y después, qué hacemos con el conglomerado Southshore? ¿Les enviamos un arreglo floral con una nota disculpándonos por desbaratar su pequeño imperio criminal? Quizás acepten nuestras disculpas y nos inviten a su próxima gala benéfica para blanquear dinero.

Nathan inspiró profundamente, con esa expresión de concentración que adoptan quienes intentan que su cerebro funcione con el tanque de gasolina en reserva.

—Tengo un contacto federal en Miami que no está completamente corrompido. Podría ayudarnos. Pero primero debemos entregar esta evidencia antes de que «desaparezca» en un incendio.

Hanna clavó en él una mirada penetrante.

—¿Realmente albergas la esperanza de que tus contactos federales no estén comprados?

Él se encogió de hombros.

—Solo sé que nuestras opciones son limitadas.

Con un suspiro que contenía la sabiduría de una vida dedicada a decisiones cuestionables, Hanna extrajo su móvil, fotografió la imagen y presionó «Enviar» al número que Nathan le dictó. Acto seguido, se derrumbó sobre una silla que parecía haber sobrevivido a varias guerras, exhalando con fuerza.

—Bien, oficialmente hemos ascendido al estatus de fugitivos más incompetentes en la historia criminal de Florida —declaró—. ¿Y ahora qué? ¿Esperamos a que la caballería llegue, o comenzamos a fabricar armas caseras con los artículos de cortesía del baño?

Un golpeteo suave contra el cristal de la ventana la hizo saltar. Barry apartó la cortina con cuidado, solo para quedarse petrificado antes de estallar en una carcajada.

—¡Tiene que ser una broma!

Ahí, sobre el alféizar, equilibrado con gracia, se encontraba ETF. El gato los observaba mientras se acicalaba una pata delantera.

Hanna curvó sus labios en una sonrisa donde el agotamiento se entremezclaba con ironía.

—Justo lo que necesitábamos para completar nuestra colección de absurdos. El gato detective ha seguido nuestro rastro hasta este motel.

Nathan contempló al felino con una mezcla de perplejidad y admiración.

—¿Este gato viene incluido en el paquete «Problemas en Florida», o requiere contratación separada?

—Es parte del servicio que ofrece Naples para turistas —respondió Hanna mientras abría la ventana—. Bienvenido a nuestro refugio temporal, ETF. ¿Has venido a compartir información sobre nuestros perseguidores, o simplemente querías experimentar el placer de nuestra suite en el Manatee?

El gato ingresó con un salto elegante, se instaló sobre la cama como si le perteneciera y comenzó a ronronear.

—Al menos alguien en esta habitación parece tener confianza en nuestra supervivencia —observó Barry, mirando al animal con

admiración—. Quizás ETF posee información privilegiada que nosotros desconocemos.

Hanna arqueó una ceja.

—O simplemente es un gato con un gusto defectuoso para elegir compañías humanas. Primero, Clara, ahora nosotros.

Barry se recostó sobre la cama, cerrando los ojos mientras exhalaba un suspiro.

—Bien, compañeros de fuga. Tenemos unas pocas horas hasta que el amanecer nos recuerde que seguimos siendo prófugos de la justicia. Propongo una tregua momentánea con nuestra realidad. Y si mañana terminamos en una bolsa para cadáveres, al menos habremos disfrutado de unas horas de inconsciencia.

Hanna, agotada, apoyó la cabeza contra el respaldo del sillón. Observó al gato que le devolvía la mirada con calma.

—Muy bien, ETF. Supongo que ahora somos oficialmente un trío de fugitivos con mascota. ¿Alguna sugerencia estratégica basada en tu experiencia en huidas?

ETF parpadeó lentamente, cerrando los ojos con indiferencia.

—Gracias por tu contribución táctica —murmuró ella con sarcasmo—. Qué complicado resulta encontrar socios competentes en esta ciudad balnearia infestada de criminales.

Mientras la madrugada avanzaba lentamente, Hanna cedió a la tentación de cerrar los ojos, preguntándose cómo había pasado de ser respetada bróker en Wall Street a fugitiva con gato en un motel cuya calificación probablemente requeriría números negativos.

Quizá, reflexionó, el universo tenía maneras retorcidas de equilibrar las cuentas pendientes del karma.

Y si algo quedaba claro en medio de aquel desastre era que en Naples, cada respuesta desentrañada engendraba otra pregunta aún más enrevesada, y cada giro inesperado añadía otro motivo para cuestionar no solo su cordura, sino la coherencia del tejido de la realidad.

Pero, por ahora, sucumbir al abrazo del sueño parecía una alternativa más seductora que intentar resolver ese laberinto

existencial.

27

Lo que Penelope oyó

07:04 HORAS.

La consciencia golpeó a Hanna como un martillo hidráulico. Su móvil vibraba con la insistencia de una alarma de incendios mientras ETF permanecía acurrucado a sus pies, emanando un pasotismo que solo los felinos pueden perfeccionar frente al apocalipsis. El gato parecía haber llegado a la conclusión de que los problemas humanos eran indignos de interrumpir su descanso. En el resto de la habitación, Barry y Nathan continuaban inconscientes, con sus cuerpos retorcidos en posiciones que desafiaban la anatomía: uno desparramado sobre una silla que protestaba bajo su peso, el otro semienterrado en la alfombra de dudosa higiene, ambos luciendo expresiones que parecían extraídas de un manual de «Resacas Monumentales».

—¿Qué clase de sociópata funcional envía mensajes a esta hora? —murmuró Hanna, parpadeando con la violencia de quien intenta expulsar arena de los ojos.

ETF respondió con un bostezo lento y teatral, como si quisiera comunicar que consideraba esta interrupción matutina una violación de los derechos fundamentales de todo ser viviente.

El mensaje en la pantalla brillaba con una brevedad ominosa que compensaba su falta de extensión:

«Entrega cancelada. Agente federal comprometido. Huye. Ya.»

Hanna sintió cómo su corazón caía en picada. Con un suspiro que contenía suficiente frustración para alimentar una central eléctrica, lanzó el dispositivo sobre el colchón con tal fuerza que tanto Nathan como Barry despertaron como si hubieran recibido una descarga eléctrica.

—¿Qué calamidad nos acecha ahora? —balbuceó Barry, su voz arrastrándose desde algún rincón de la inconsciencia—. ¿La brigada geriátrica asesina ha regresado?

—Peor —respondió Hanna mientras buscaba frenéticamente sus zapatos bajo una cama que parecía diseñada para devorar objetos personales—. Tu supuesto contacto federal está más vendido que protector solar en una playa nudista.

Nathan se incorporó rápidamente, y su rostro se convirtió en un monumento de preocupación.

—¿Comprometido? ¿Estás absolutamente segura?

—Tan segura como que este motel jamás ganará un premio a la higiene. El mensaje literalmente ordena «huye ya», lo cual rara vez precede a buenas noticias. ¿Alguna sugerencia sobre dónde podríamos refugiarnos que no implique prisión preventiva o muerte?

Barry frotó sus ojos con un vigor que sugería el deseo de borrar no solo el sueño, sino posiblemente las últimas 72 horas de su existencia.

—¿Qué tal un destino exótico sin federales comprados, jubilados con tendencias homicidas ni viudas con vocación de asesinas en serie? Sé que estoy pidiendo un milagro, pero siempre he sido un optimista patológico.

Hanna negó lentamente, mientras su cerebro funcionaba a toda velocidad, como un motor de alto rendimiento.

—Necesitamos regresar al Coral Pearl como ratas a un barco que se hunde. Todavía falta la pieza definitiva para crucificar a Clara y Arthur en el altar de la justicia. Además, Barry, tengo la sospecha de que entre nuestros supuestos aliados se esconde un Judas.

Barry frunció el ceño.

—¿En serio? ¿Podría al menos esperar a que termine mi café imaginario y tenga oportunidad de fingir que hoy será un día normal?

Nathan recogió su chaqueta con determinación.

—El tiempo es un lujo que dejamos de tener. Southshore probablemente ya ha triangulado nuestra posición. Si los federales están tan comprometidos, nos quedan minutos antes de que este motel se convierta en la sede de una convención de agentes del FBI.

—O peor —añadió Hanna con una sonrisa ácida—, una reunión extraordinaria de brokers de Wall Street descubriendo que sus bonificaciones anuales han sido canceladas.

ETF observaba a Hanna desde su lugar en la cama, su mirada, transmitiendo una comprensión de la gravedad de la situación y una determinación a ignorarla en favor de continuar con su siesta.

—Perfecto —concedió Barry, incorporándose mientras intentaba alisar una camisa arrugada—. Plan exprés: infiltrarnos nuevamente en el Coral Pearl, sustraer la evidencia que necesitamos, desenmascarar a nuestros adversarios y, preferiblemente, evitar que nuestros cuerpos terminen como decoración marina en el fondo del océano.

—Pan comido —replicó Hanna con sarcasmo—. ¿Alguna otra tarea imposible que quieras añadir? ¿Quizás resolver el calentamiento global antes del almuerzo?

—Solo una cuestión —intervino Nathan con un tono que reservaba para anunciar desastres—. ¿Cómo pretendemos acceder a un lugar donde probablemente nuestras fotografías están siendo distribuidas con la frase «disparar a matar»?

Hanna meditó antes de que una sonrisa irónica iluminara su rostro:

—Por la entrada principal, obviamente. No olvidéis que oficialmente seguimos siendo técnicos de mantenimiento con credenciales falsas. Y ETF fungirá como nuestro supervisor con licencia felina.

Barry emitió un sonido que oscilaba entre risa y lamento.

—¿Y si nos atrapan con las manos en la masa?

—Improvisamos —declaró Hanna con firmeza—. Después de todo, la improvisación se ha convertido en nuestro sello desde que llegamos a Naples.

Mientras se precipitaban hacia la salida, ETF se incorporó con lentitud, estirando cada músculo.

—¿Vienes o prefieres quedarte para experimentar el trato VIP de las autoridades? —le espetó Hanna con impaciencia.

El gato le dirigió una mirada de desdén, pero finalmente descendió del colchón y avanzó hacia la puerta con un caminar tan pausado que parecía un acto de rebeldía.

—Excelente elección —comentó Hanna, el sarcasmo goteando de cada sílaba—. Después de todo, alguien debe supervisar esta operación.

La camioneta resucitó con un estruendo mecánico, enfilando hacia el Coral Pearl mientras el sol comenzaba a derramar su luz sobre las calles de Naples. Hanna, contemplando el paisaje a través de la ventanilla manchada, tuvo la certeza de que esta mañana contenía todos los ingredientes para culminar en un desastre o un milagro. Y en la realidad distorsionada de Naples, la frontera entre ambos escenarios era difusa.

Una verdad flotaba entre ellos: después de esta aventura, necesitaría unas vacaciones auténticas. Posiblemente en un búnker subterráneo sin cobertura móvil.

—Si logramos sobrevivir a esta jornada —vocalizó Barry—, me deberás tres rondas en el bar más caro que encontremos. Y no hablo de cócteles con sombrillitas; me refiero al whisky que requiere hipotecar propiedades.

Hanna lo observó a través del reflejo del retrovisor.

—Trato. Y ETF también contribuirá con una ronda, probablemente financiada con su fondo de inversiones felinas.

El gato, en el asiento trasero, ignoró la propuesta con indiferencia. Probablemente porque ya estaba siendo generoso al permitirles compartir el mismo espacio.

La mañana prometía una agitación que haría parecer un terremoto de magnitud ocho una suave vibración. Demasiada intensidad incluso para Naples, donde el concepto de «normalidad» hacía tiempo que había solicitado asilo.

***

08:18 horas.

El Coral Pearl continuaba exudando su inconfundible aroma de coco sintético y desesperación existencial, decorado con guirnaldas de hibisco. Como si el tiempo se hubiera congelado en un eterno folleto turístico de los años ochenta. Hanna, Barry y Nathan atravesaron el vestíbulo con la naturalidad impostada de quienes pertenecen a un lugar donde no deberían estar, cargando mochilas anodinas, gafas de sol que ocultaban ojeras y la seguridad ensayada de quienes podrían estar limpiando filtros de aire acondicionado o desmantelando una red de tráfico de órganos, dependiendo de la perspectiva del observador.

—¿Y si alguien nos intercepta y cuestiona nuestra legitimidad? —susurró Barry con la discreción de un comentarista deportivo emocionado, mientras se deslizaban hacia la cafetería como conspiradores.

—Canaliza tu frustración laboral reprimida y compórtate como el jefe de mantenimiento que nunca recibió un aumento —respondió Hanna sin alterar su paso—. Lo crucial es proyectar un aburrimiento terminal. La invisibilidad social comienza con la indiferencia calculada. La gente rara vez observa lo que no promete entretenerla.

—Brillante estrategia, considerando que estoy experimentando todos los síntomas de un colapso nervioso inminente. Pareceré tan muerto por dentro como un funcionario un viernes por la tarde. ¿Eso cumple con los requisitos de nuestra infiltración?

Hanna le dio una palmada en el hombro, su rostro una máscara de falsa confianza. —Eres un prodigio de la adaptación, Barry. Nunca

subestimes tu talento para parecer insignificante cuando la situación lo requiere.

La cafetería estaba llena de actividad sospechosamente entusiasta para la hora, repleta de huéspedes con gafas de sol innecesarias bajo techo, desayunos poco saludables en un establecimiento turístico, y sonrisas tan auténticas como las promesas de un político en campaña. En el centro de aquel vórtice de frivolidad, reinaba Mrs. Penelope Aldridge. Su moño, tensado con una precisión que habría impresionado a cirujanos cardiovasculares, coronaba una cabeza donde probablemente se almacenaban más secretos que en los archivos del Pentágono. Su collar de perlas parecía murmurar juicios cada vez que se movía, y su supuesta agenda floral —en realidad, un compendio de pecados ajenos— descansaba abierta frente a ella.

—Objetivo localizado —murmuró Hanna, con la intensidad de un francotirador—. La emperatriz indiscutible del cotilleo. Y nuestra única esperanza de completar este rompecabezas antes de que terminemos como decoración submarina.

—¿Penelope Aldridge? ¿En serio depositas nuestra supervivencia en manos de una jubilada con complejo de MI6? —cuestionó Nathan con escepticismo—. ¿No preferimos métodos más ortodoxos como hackear archivos, revisar grabaciones de seguridad o, no sé, consultar fuentes confiables?

—¿Disculpa, acabas de aterrizar aquí? —intervino Barry con sarcasmo—. En el Coral Pearl, Penelope Aldridge tiene más precisión informativa que Google, la CIA y el Oráculo de Delfos juntos.

Hanna inhaló profundamente y avanzó hacia la mesa de la señora. Llevaba a ETF acunado entre sus brazos, simulando que era un gato de apoyo emocional.

—Buenos días, Penelope —saludó Hanna con una sonrisa artificial —. ¿Te importaría compartir tu espacio vital con una admiradora de tu perspicacia social?

Penelope elevó la mirada por encima de sus gafas, escrutando a Hanna con tal intensidad que prácticamente podía sentir cómo

catalogaba su elección capilar, su combinación de ropa, su historial crediticio y sus tendencias políticas y su compatibilidad astrológica en un escaneo que duró tres segundos.

—Encuentro sospechoso que alguien de tu generación esté despierto a esta hora sin una emergencia médica o una resaca —declaró la mujer con una voz que evocaba décadas de whisky añejo y cigarrillos mentolados, sin interrumpir la hipnótica agitación de su té.

—Estoy explorando nuevas fronteras en el campo de la autotortura. Esta modalidad matutina me pareció la más civilizada —respondió Hanna, deslizándose hacia el asiento frente a ella—. Necesito consultarte sobre ciertos acontecimientos relacionados con la noche del «accidente» de Frank Devlin.

Penélope arqueó una ceja, sintiendo cómo su interés se despertaba como el de un león al detectar movimiento.

—¿Qué interrogante podría tener una aparente técnica de mantenimiento sobre tan desafortunado incidente?

—¿Percibiste alguna anomalía? ¿Captaste algo discordante con la narrativa oficial? —inquirió Hanna, inclinándose hacia adelante—. Algo que desentonara en ese fatídico momento.

La mujer entrelazó sus dedos enjoyados sobre la mesa, adoptando una postura que parecía extraída de un manual de «Cómo parecer omnisciente».

—Yo jamás lanzo acusaciones sin un fundamento irrefutable. Pero, hipotéticamente, mis tímpanos registraron un impacto contundente. El sonido que produce un objeto de considerable densidad al interrumpir violentamente la tensión del agua. Y posteriormente, una exclamación. Una voz que dijo «¡Basta ya!» con una intensidad que habría despertado a los muertos. ¿Esa información satisface tu curiosidad?

Hanna asintió con rapidez.

—¿Pudiste identificar el timbre vocal del emisor?

Penelope permitió que un silencio se extendiera entre ellas.

—La identificación estuvo fuera de mi alcance. Sin embargo, mis facultades visuales detectaron una silueta regresando por el embarcadero. De complexión esbelta, estatura considerable. Definitivamente, no correspondía al perfil de Clara. Nuestra anfitriona lucía una bata blanca, mientras que esta figura iba vestida de tonalidades oscuras. Yo catalogo contornos humanos con precisión científica, tesoro, no requiero tecnología de vigilancia.

—¿Y decidiste no compartir esta revelación con las autoridades?

—¿Y privar al universo del desarrollo del drama que merece? —respondió Penelope con una sonrisa—. No, preferí conservar mi testimonio para alguien que aprecie su valor. Aparentemente, ese alguien ha materializado su presencia esta mañana.

Nathan se aproximó con preocupación mal disimulada, como un actor secundario que olvida momentáneamente su papel.

—¿Y conserva usted una referencia cronológica del momento en que captó esos acontecimientos?

Penelope recalibró su atención hacia él, sometiéndolo a un escaneo que lo catalogaba entre «útil» e «irrelevante».

—Por supuesto que preservo la exactitud del incidente. El reloj art-déco del corredor oriental marcaba las 09:27 cuando me disponía a procurarme mi infusión digestiva vespertina de hierbas alpinas con propiedades antiinflamatorias.

Hanna sintió una deglución involuntaria.

—¿Mantiene usted certeza sobre dicha coordenada temporal?

—Tan cierta como que ese felino —declaró Penelope, señalando a ETF—, tiene mayor capacidad de juicio crítico que el noventa por ciento del personal que deambula aquí.

Hanna se incorporó con delicadeza.

—Su contribución merece nuestra gratitud, Penelope. Acaba de proporcionarnos la pieza angular que nuestra investigación requiere.

—¿Debo interpretar esa gratitud como un compromiso para compartir un Bloody Mary mañana? —inquirió Penelope, desplegando una sonrisa coqueta.

—Absolutamente. Con una ración extra de vodka de etiqueta, si logramos evadir exitosamente la defunción que parece acecharnos esta semana.

Hanna se retiró con la prisa medida de quien intenta no parecer que huye, reuniéndose con Nathan y Barry en las inmediaciones del ascensor, ese confesionario metálico donde tantos secretos habían quedado atrapados.

—¿09:27? —vocalizó Barry, procesando la información—. Eso nos proporciona exactamente tres minutos antes del cierre documentado del ascensor. Frank Devlin tenía signos vitales a las 09:27. Las cámaras lo captaron posteriormente... pero eso implica que alguien lo obligó a regresar al embarcadero en contra de su voluntad.

—Precisamente —confirmó Hanna, conectando evidencias—. Y Clara no estaba sola en la escena del crimen. La silueta misteriosa podría corresponder a... Matías. O incluso a Arthur.

Nathan asintió con solemnidad conspirativa.

—Hemos adquirido la última pieza del mosaico. Pero para completar la imagen necesitamos acceder al dispositivo que conserva las grabaciones de seguridad. ¿Consideras factible tal intrusión?

—Indudablemente —afirmó Hanna—. Mis requerimientos se limitan a trescientos segundos y una intervención divina moderada.

—Procedamos sin dilación —agregó Barry, su nerviosismo manifestándose en energía contenida—. Y si localizamos otra cámara con capacidad de grabación, juro financiar la ingesta etílica de Penelope hasta niveles que desafíen la sobriedad.

—Y ETF recibirá su propio canal en plataformas de *streaming*, con monetización completa —añadió Hanna, elevando inconscientemente la apuesta.

ETF emitió un maullido que podría interpretarse como una ratificación.

Ahora, armados con el testimonio de Penelope y la delimitación cronológica del homicidio disfrazado de accidente, poseían el arsenal necesario para desenmascarar la conspiración... siempre y cuando

mantuvieran sus funciones vitales intactas hasta la puesta de sol sin ser capturados por autoridades o convertidos en anécdota macabra por la maquinaria de Southshore.

28

Todo el mundo miente

18:49 HORAS.

En un universo regido por leyes de elegancia y decoro, las veladas con vista al océano, iluminación tenue y melodías ambientales cuidadosamente seleccionadas deberían reservarse exclusivamente para conmemorar aniversarios sentimentales o rubricar transacciones comerciales de alto calibre. Pero en Naples, Florida —ese lugar donde la realidad normal había solicitado una excedencia permanente, y especialmente cuando Hanna Moody organizaba el evento— las cenas adquirían dimensiones casi operísticas: escenarios ideales para revelar secretos enterrados bajo capas de maquillaje social, sembrar trampas verbales en terreno aparentemente neutral y observar a los culpables sudar más que un felino claustrofóbico encerrado en una sauna finlandesa a máxima potencia.

—¿Mantienes tu convicción sobre la sensatez de este plan? —preguntó Barry por quinta vez mientras alineaba la cristalería sobre el mantel inmaculado con la meticulosidad de quien construye un búnker contra acusaciones legales futuras.

—En absoluto —confesó Hanna mientras ajustaba los pliegues del mantel y posicionaba una microcámara camuflada entre dos jarrones florales—. Pero hace tiempo que abandonamos el territorio de las

decisiones racionales para adentrarnos en el pantanoso terreno de las acciones inevitables.

La terraza panorámica del Coral Pearl había sido clausurada al público general bajo el eufemismo de «velada privada con experiencia gastronómica exclusiva». Lo que los distinguidos invitados ignoraban era que la degustación principal consistiría en verdades amargas cuidadosamente marinadas en una salsa de cortesía social, servidas a temperatura ambiente con guarnición de evidencia irrefutable.

—¿Podríamos refrescar la lista de participantes en esta comedia? —solicitó Nathan, materializándose con la eficiencia de un fantasma corporativo, ataviado con camisa blanca impecablemente planchada y pantalones oscuros, complementados con una expresión que transmitía «estoy preparado para esposar sospechosos o para proponer un brindis, dependiendo de cómo evolucione la velada».

—Procedamos con la recapitulación —accedió Hanna, realizando un inventario mental mientras verificaba las notificaciones en su dispositivo móvil.

Repasó mentalmente a los protagonistas de esta farsa: Clara Vaughn, experta en el arte de la viudedad; elegante y virtuosa de la lágrima cronometrada al milisegundo; junto a ella, el siempre sospechoso Arthur Bell, jubilado con inclinaciones homicidas no declaradas en su solicitud de pensión y un bastón que cualquier tribunal razonable catalogaría como arma. No podía faltar Matías, el recepcionista con acceso a información privilegiada, inversamente proporcional a su capacidad para mantenerla confidencial, cuyo nerviosismo solo competía con su indiscreción. Completando el extravagante elenco, la inefable Penelope, testigo con doctorado en infusiones exóticas y disección verbal de reputaciones ajenas, y, por supuesto, Greta, influencer profesional dotada del talento para documentar exhaustivamente todo salvo aquello que tiene relevancia objetiva.

—¿Y nuestro colaborador felino? —preguntó Barry, ajustando nerviosamente su corbata.

—ETF ha sido designado director ejecutivo de contención emocional —aclaró Hanna—. Además, supervisa que ningún elemento sospechoso se aproxime al dispositivo USB que custodia en su lecho.

Nathan exhaló un suspiro que contenía el cansancio acumulado de varias vidas. —Si salgo de esta situación con vida, presentaré mi dimisión y me exiliaré a alguna provincia remota donde el único crimen sea robar manzanas del árbol vecino.

—Si logramos sobrevivir a este espectáculo, me comprometo a financiar una ronda de bebidas —contribuyó Barry—. Condicionado a que identifiquemos y neutralicemos a los culpables antes de que llegue el suflé de chocolate.

—¿Cuál será tu posición táctica? —le preguntó Hanna a Nathan mientras calibraba el volumen del micrófono oculto—. ¿Intervendrás activamente o adoptarás la pose de observador enigmático?

—Implementaré la estrategia de esperar hasta que alguien sufra un colapso nervioso inevitable. La experiencia demuestra su eficacia. Ningún ser humano resiste indefinidamente la combinación de exceso etílico y sobredosis de realidad incómoda.

Hanna esbozó una sonrisa que oscilaba entre la determinación y la locura calculada. —Entonces, activemos la fase de expectativa vigilante.

A las 19:12 horas, el primero en llegar fue Arthur. Su apariencia exudaba perfección: traje a medida, bastón con empuñadura que insinuaba ser tanto obra de arte como arma, gafas oscuras innecesarias bajo la iluminación nocturna y una sonrisa que delataba secretos ocultos tras una fachada de cordialidad. Le siguió Penelope, cuyo collar de perlas parecía haber sido seleccionado por su potencial como arma cortante en caso de emergencia social. Greta hizo su entrada triunfal calzada con sandalias ornamentadas con lentejuelas y su apéndice tecnológico permanentemente adherido a su brazo. Matías apareció visiblemente alterado, como si hubiera depositado todas sus esperanzas en el Chardonnay. Clara cerró la procesión con un retraso calculado, vestida de negro y exhibiendo

una expresión que merecería una nominación en festivales de cine por «Mejor Interpretación de Viudedad Trágica en Circunstancias Sospechosas».

—Qué velada tan encantadora —comentó Clara mientras ocupaba su asiento con la gracia de quien no tiene cadáveres en su historial reciente—. ¿Conmemoramos alguna ocasión especial?

—Efectivamente —confirmó Hanna, mientras servía vino con precisión—. Celebramos la verdad. Esa mercancía extraña y escasa en nuestros tiempos.

Arthur emitió una risa que sonaba tan auténtica como billetes de tres dólares.

—Oh, qué profundidad filosófica tan estimulante. ¿Vendrá acompañada del primer plato o es el aperitivo?

Hanna elevó su copa en un gesto ceremonial que transformaba el cristal en arma.

—Esta noche, cada uno de ustedes expondrá su versión narrativa. Alguien está fabricando ficciones. Y entre los presentes, un individuo específico terminó con la vida de Frank Devlin.

Un silencio absoluto descendió sobre la terraza como una losa funeraria. Solo el murmullo del océano. Solo el tintineo del cristal contra cristal.

—Bien —declaró Penelope, ajustando su servilleta—. Esto promete ser más entretenido que mis sesiones semanales de pilates.

***

19:24 horas.

Los primeros minutos de aquella cena transcurrieron de manera caótica, como si los participantes no supieran su papel: risas que sonaban falsas, brindis realizados con la solemnidad de un funeral y preguntas aparentemente inocentes que ocultaban intenciones hostiles. Hanna, estratégicamente ubicada en el centro de la mesa redonda, observaba cada microexpresión con la atención de un científico. Escuchaba cada inflexión vocal como quien descifra

códigos y, sobre todo, medía el tiempo que tardarían en desmoronarse las frágiles mentiras construidas alrededor de la mesa.

—Matías —dijo ella con una voz suave y peligrosa, mientras cortaba simultáneamente el pescado en su plato y la atmósfera de falsa cordialidad—, recuérdanos los acontecimientos de aquella noche fatídica. Cuando Frank Devlin pasó de huésped distinguido a estadística forense.

El recepcionista tragó con dificultad, su expresión era de evidente nerviosismo.

—Abandonó el bar aproximadamente a las nueve. Dejó una copa de whisky escocés parcialmente consumida, una ofensa imperdonable considerando su precio. Me preguntó por la ubicación de Clara. Le informé que estaba en su habitación. Esa fue toda nuestra interacción verbal.

Hanna asintió con serenidad, que resultaba más amenazante que cualquier agresividad. —¿Y después?

Matías dudó. —Regresó. Dijo que necesitaba aclarar un asunto con ella. Su estado emocional era... visiblemente alterado. Diría que estaba patológicamente nervioso.

—Y tú, cumpliendo con tus funciones, le diste acceso a la habitación, ¿correcto? —intervino Nathan desde el extremo opuesto de la mesa.

Matías asintió sin mirar a nadie, estudiando su copa como si contuviera secretos. —No sabía las implicaciones de mi acción. Asumí que sería otra confrontación típica entre personas adineradas con tiempo libre y falta de inteligencia emocional.

—¿Qué sucedió después? —insistió Hanna, su voz adquiriendo un tono incisivo.

—Escuché alteraciones acústicas significativas. Voces elevadas. Golpes. Luego, silencio absoluto. Un individuo bajó hacia el embarcadero. No parecía Frank.

Clara aclaró la garganta, usando esa modulación vocal que solo adquieren las actrices secundarias tras años de interpretar papeles

sin importancia. —¿Estamos en un interrogatorio improvisado o simplemente recreando una versión gastronómica del Cluedo?

—Querida —intervino Penelope con una sonrisa que podría haber intimidado a cualquiera—, si esto fuera Cluedo, tú serías la Señora Escarlata. Con la notable diferencia de que ella tenía una elegancia inherente.

Arthur se acomodó en su asiento con la actitud complacida de quien disfruta un espectáculo. —¿Cuál es exactamente la estrategia aquí? ¿Esperar a que algún participante confiese? ¿Todo esto mientras cenamos?

—Algo similar —respondió Hanna, mientras abría lentamente el ordenador portátil que había estado inactivo sobre la mesa.

La pantalla iluminó los rostros con su luz acusatoria: una captura del sistema de videovigilancia. Clara y Frank discutiendo visiblemente. La hora: 09:14 p.m.

El rostro de Clara palideció súbitamente.

—¡Este material no tiene valor probatorio! —protestó con desesperación—. ¡Solo manteníamos un intercambio verbal acalorado!

Hanna hizo clic en el trackpad. Nueva imagen: Arthur accediendo por el área del embarcadero a las 09:27. Siguiente imagen: Frank inconsciente. Luego: Arthur arrastrando un peso muerto. Pausa dramática.

El silencio descendió sobre la terraza, un silencio que precede a grandes cataclismos.

—¿Prefieres contar la historia tú o debería hacerlo yo, Arthur? —preguntó Hanna, manteniendo un tono casi íntimo que resultaba más intimidante que cualquier grito.

Arthur dejó su utensilio sobre la mesa con un «clink» metálico.

—Frank descubrió información comprometedora relacionada con Clara y conmigo. Evaluó mal su posición y optó por extorsionarme. Lo que ocurrió no fue planeado. Fue una necesidad circunstancial.

—¿Necesidad circunstancial de terminar con su vida? —cuestionó Barry, incrédulo.

—No —aclaró Arthur con calma—. Nuestra intención era solo neutralizarlo. El trauma craneal no era letal. Clara tuvo un intercambio verbal confrontativo y aplicó fuerza excesiva. Luego... yo tomé las medidas necesarias.

Clara miró a su cómplice con furia. —¡Aseguraste que todo quedaría bajo control! ¡Prometiste discreción! ¡Dijiste que desaparecería sin problemas!

—Vaya por Dios —comentó Hanna, con un ligero deleite—. ¿«Sin problemas»? ¿Hay más exhuéspedes flotando en el golfo?

Clara se levantó bruscamente. —Esto es una emboscada.

—No, señora —contradijo Nathan, levantándose con la seriedad de un juez—. Esto es, jurídicamente, una confesión admisible.

Desde las sombras periféricas del restaurante, dos figuras avanzaron con discreción. Agentes federales auténticos de Miami, sin infiltraciones ni lealtades comprometidas.

—Clara Vaughn. Arthur Bell. Quedan oficialmente bajo custodia federal —declaró uno de ellos con monotonía profesional.

La escena quedó suspendida en un instante surrealista. Clara emitió un grito que violó varias ordenanzas municipales. Arthur exhaló con resignación. Penelope saboreó su vino con el deleite de una crítica teatral en el estreno más escandaloso de la temporada.

Barry miró a Hanna con admiración.

—Y tú decías que no tenías habilidades para organizar eventos memorables.

Ella sonrió, combinando satisfacción y agotamiento.

—Parece que tengo un talento natural para la improvisación basada en evidencia criminológica. Un nicho profesional inexplorado.

ETF, cómodamente instalado en su silla, emitió un sonido que cualquier traductor interespecies habría interpretado como «esto era obvio desde el inicio de la investigación, humanos incompetentes».

29

Silencios finales

20:33 HORAS.

Una vez que Clara y Arthur fueron esposados y escoltados fuera del establecimiento, entre murmullos escandalizados, jadeos teatrales y el ocasional sonido de un vaso al caer (¿obra de Penelope y su aparente incapacidad para sostener su copa durante momentos de extrema satisfacción vengativa? Imposible establecer culpabilidad, más allá de toda duda razonable), el silencio se apoderó de la terraza con la contundencia de un pariente político que aparece sin invitación y que nadie se atreve a expulsar.

Nathan permaneció inmóvil junto a la mesa, con las manos en los bolsillos como si intentaran esconderse de sus propios actos, mientras su mirada vagaba sin rumbo fijo por ese océano que continuaba su existencia con la indiferencia absoluta que solo la naturaleza puede permitirse ante los dramas humanos.

Hanna se había posicionado junto a ETF, quien ahora dormitaba con la serenidad propia de quienes no han terminado prematuramente con la existencia de ningún ser humano... al menos según los registros oficiales disponibles.

—¿Piensas articular alguna frase coherente en el futuro próximo, o prefieres seguir contemplando el horizonte con esa pose de protagonista atormentado de serie nórdica subtitulada? —inquirió

Hanna sin alterar su posición física, pero con una voz que cortaba el aire como una navaja bien afilada.

Nathan giró su rostro hacia ella con la lentitud de quien sabe que cada segundo ganado es un segundo menos enfrentando verdades incómodas.

—Frank me estaba investigando. Lo sabes perfectamente, ¿verdad?

—Lo intuía con bastante certeza —respondió ella con una calma que ocultaba perfectamente la tormenta interior—. Pero necesitaba escucharlo de tu propia boca, con tus propias excusas.

—Cuando apareció en Naples, su agenda contenía objetivos más allá de Clara. Había desenterrado información sobre mis actividades previas. Sobre las operaciones conjuntas con Southshore. Mi expediente no era precisamente inmaculado, Hanna. Aunque tampoco alcanzaba las cotas de depravación moral de Frank.

—Esa comparación difícilmente te coloca en una posición éticamente envidiable —observó ella, sin molestarse en suavizar el golpe—. Aunque supongo que bienvenido oficialmente al club de los moralmente ambiguos. Tenemos camisetas.

Nathan asintió con una resignación que parecía haberle costado años adquirir.

—Intenté neutralizarlo por vías no letales. Le solicité un margen de tiempo. Pretendía resolver la situación sin arrastrarte conmigo hacia el abismo. Y cuando ocurrió su fallecimiento... participé en el encubrimiento. Ofrecí asistencia a Clara. Calculé que así generaba el tiempo necesario para limpiar mi historial.

—¿Y cuál es tu estrategia actual?

Nathan extrajo un objeto de su bolsillo interior con la solemnidad de quien desenfunda un arma. Una pequeña tarjeta de memoria que depositó sobre el mantel como quien coloca la última pieza de un rompecabezas complicado.

—He ahí la totalidad de mi arsenal. Nombres completos, coordenadas bancarias, rutas logísticas. Te proporcionará material suficiente para completar esa novela que nunca reconoces estar

escribiendo... o para desmantelar completamente la estructura de Southshore, si algún día decides pasar de la teoría a la acción directa.

—¿Y tú? —preguntó Hanna, con una calma perturbadora—. ¿Vas a entregarte voluntariamente?

—Afirmativo. —La respuesta surgió sin vacilación—. No viajé hasta aquí persiguiendo a una fugitiva. Vine porque alcancé el límite de mi capacidad para seguir huyendo de mi propio reflejo.

Hanna lo observó durante un intervalo que pareció extenderse hacia el infinito.

—Existía la posibilidad de haber tomado esta decisión antes. Podrías haber optado por la comunicación honesta.

—También existía la posibilidad teórica de que me otorgaras absolución.

Silencio.

Ese tipo de silencio que no encuentra resolución mediante intercambios verbales, sino a través de décadas de procesamiento. O mediante expresiones literarias catárticas. O, posiblemente, mediante la adopción de gatos con tendencias detectivescas.

Nathan dirigió su atención hacia ETF, quien había interrumpido momentáneamente su sueño reparador para ejecutar un bostezo de incredulidad cínica.

—Vigila que no cometa estupideces irreversibles, camarada —le solicitó, con una seriedad parcialmente diluida en humor agridulce. ETF omitió respuesta verbal, principalmente porque consideraba innecesario desperdiciar energía en lo obvio. Simplemente, le devolvió una mirada que destilaba la condescendencia suprema de una deidad felina evaluando la insignificancia humana.

Nathan reorientó su atención hacia Hanna por última vez. —Tu actuación hoy fue extraordinariamente brillante. No por sus implicaciones para la justicia abstracta... sino por la dedicación demostrada hacia la protección de aquellos que ocupan espacio emocional en tu vida.

—No malinterpretes mis motivaciones —aclaró Hanna, apropiándose de la tarjeta de memoria y asegurándola en su bolsillo con la eficiencia de una espía profesional—. No actué impulsada por imperativos morales. Lo hice porque detesto profundamente las narrativas que carecen de resolución satisfactoria.

Nathan sonrió con la expresión de quien finalmente escucha exactamente las palabras que necesitaba para cerrar un capítulo vital. —Hasta un improbable reencuentro futuro, Moody.

—Altamente improbable —respondió ella, con una honestidad casi brutal.

Y así, lo observó alejarse con paso sorprendentemente estable, directo hacia el vestíbulo donde los representantes de la ley aguardaban pacientemente. No hubo dramatismo hollywoodiense. No hubo intercambio romántico de último minuto. Solo una historia clausurándose con dignidad inesperada, acompañada por el distante sonido de vajilla, siendo recogida por personal indiferente al drama que acababan de presenciar.

Barry se aproximó portando dos copas de vino tinto con la precisión de quien sabe exactamente cuándo se necesita alcohol de calidad.

—¿Y ahora qué?

—Ahora —declaró Hanna, elevando su copa en un brindis minimalista—, procedo a consumir este líquido medicinal. Y posteriormente me recluiré para ejercitar la escritura compulsiva.

—¿La novela prometida?

—Negativo. La carta formal de renuncia definitiva a cualquier forma de drama interpersonal.

Barry elevó su copa con escepticismo.

—*Spoiler*: fracasarás estrepitosamente en ese intento.

—*Spoiler*: soy plenamente consciente de ello.

ETF se acomodó en su regazo como un punto final, dando por concluida la escena con autoridad. Y quizás efectivamente lo estaba. Quizás, por primera vez desde su llegada al peculiar microuniverso de Naples, Hanna experimentaba algo parecido a la paz interior.

O, siendo realistas, al menos había negociado una tregua temporal con las fuerzas del caos.

Mientras Florida continuaba girando sobre su eje absurdo, al menos por esta noche, tres supervivientes improbables —una fugitiva reconvertida en escritora, un barman leal y un gato con habilidades detectivescas no certificadas— habían encontrado su particular versión del final feliz.

Una versión que, como todos los finales verdaderamente honestos, contenía exactamente la dosis correcta de imperfección.

30

La verdad según Amazon

TRES SEMANAS DESPUÉS.

El ventilador de techo giraba con el entusiasmo de un funcionario público a punto de jubilarse, emitiendo un zumbido monótono que se había convertido en la banda sonora oficial de las tardes en Naples. ETF había colonizado estratégicamente el portátil, transformándolo en una cama térmica perfectamente calibrada para su majestad felina. El dispositivo electrónico, originalmente diseñado para la creación literaria, cumplía ahora su verdadera función: servir de plataforma calefactora a un gato que se comportaba como un crítico literario. Fuera, las palmeras se movían con pereza tropical, meciéndose por la brisa del golfo que parecía susurrar secretos a quienes sabían escuchar.

Sobre el escritorio de Hanna coexistían en precario equilibrio una taza semivacía de café helado (de esa marca pretenciosa que prometía «sutiles notas cítricas con retrogusto a bayas silvestres» pero que básicamente sabía a arrepentimiento líquido con azúcar) y una ventana digital que exhibía su mayor logro reciente: la página de autor en Amazon KDP.

Título: *Cócteles, crímenes y soja*

Autora: H.M. Rose

Estado: Publicado

Ventas en las primeras 72 horas: 143 Valoraciones: 4 (todas con la generosidad máxima, provenientes sospechosamente de usuarios con nombres tan sutiles como «Penelope43», «BarryElMixólogo» y «GatoFan87»).

—Parece que lo hemos conseguido, ETF —murmuró Hanna, extendiendo su mano para acariciar la cabeza del felino, quien respondió estirándose con la elegancia de una bailarina retirada, sin abrir los ojos, como si incluso la luz solar fuera un esfuerzo innecesario—. Hemos creado algo que existe en el mundo. No está mal para una fugitiva con participación indirecta en un homicidio culinario y un trauma cada vez que pasa frente a un restaurante japonés.

El gato emitió un ronroneo que podía interpretarse como aprobación literaria o simplemente como una advertencia: «Por favor, que no empiece otra saga novelística o me veré obligado a sabotear el rúter».

Hanna giró lentamente en su silla ergonómica (un capricho que se había permitido tras la primera transferencia de regalías) y contempló la habitación del Coral Pearl, que seguía siendo su refugio temporal. Las paredes habían sido testigos silenciosos de su transformación: de fugitiva asustada a escritora emergente con habilidades detectivescas no solicitadas. Por algún milagro burocrático o quizás por simple desinterés institucional, las autoridades no habían mostrado interés en su persona. Los federales habían aceptado sin cuestionamientos el testimonio triangulado de Nathan, Barry y Penelope. Y ella... bueno, oficialmente se había convertido en H.M. Rose, novelista debutante especializada en misterios con alto contenido sarcástico y baja tolerancia a la estupidez humana.

Y extraoficialmente, continuaba siendo la misma mujer que había terminado con la existencia de John Robertson mediante un rollito de soja, para posteriormente emprender una huida sin miramientos.

La señal acústica del correo electrónico interrumpió su pensamiento. Un mensaje sin remitente. Lo abrió con la cautela de

quien desactiva explosivos o lee comentarios en internet. En su interior, una simple postal digitalizada. El anverso mostraba un dibujo minimalista ejecutado en tinta: un cóctel solitario sobre una servilleta de papel.

Al voltear virtualmente la imagen, una frase manuscrita apareció:

«Nos volveremos a cruzar. —C.»

Hanna exhaló profundamente, liberando un suspiro que contenía más resignación que sorpresa.

—Por supuesto. El universo editorial siempre exige una secuela. La vida imita al arte, o viceversa.

Reabrió el portátil, desplazando suavemente a ETF hacia un lateral del escritorio (el felino expresó su indignación con un maullido que habría hecho palidecer a divas operísticas).

En la página de Amazon, un nuevo comentario había aparecido como una flor venenosa en un jardín inocente. Firmado enigmáticamente como «ND-021».

«Mejor final que el que tuvimos tú y yo. Aunque me habría gustado ver cómo continuaba nuestra historia.»

Hanna curvó sus labios en una sonrisa contenida. No tecleó respuesta alguna. Tan solo, seleccionó la frase, la subrayó digitalmente y la archivó en su memoria.

Con decisión, abrió un documento en su procesador de texto.

Título provisional: *El cóctel del silencio*

Capítulo 1: Cuando el pasado te llama por teléfono, a veces contesta una viuda armada con batidora.

—Adelante, Moody —se murmuró a sí misma—. Tienes un gato con habilidades detectivescas no certificadas, una identidad más falsa que un billete de quince dólares y una reputación literaria en fase de despegue. ¿Qué podría salir mal en esta ocasión?

ETF se reacomodó estratégicamente entre el teclado y la pantalla, adoptando esa postura que parecía comunicar: «Exactamente, todo puede salir mal, pero estaré aquí para juzgarte cuando ocurra».

Y así, en Naples, donde el crimen se servía tan frío como los daiquiris de la *happy hour* y el humor negro venía acompañado de sombrilla colorida y aceituna, Hanna Moody (ahora oficialmente H.M. Rose para efectos literarios y fiscales) comenzó a teclear los primeros párrafos de su segunda obra.

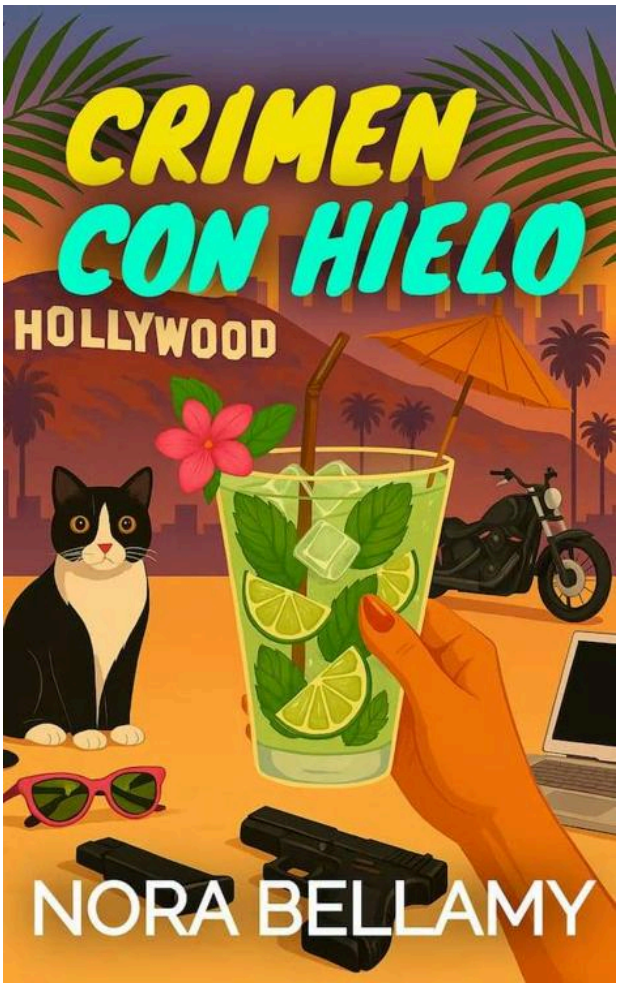
Porque escapar de la justicia resultaba agotador y francamente malo para la piel. Pero transformar esa fuga en narrativa comercializable... eso era infinitamente más rentable.

Y considerablemente más divertido.

Con cada palabra que fluía de sus dedos hacia la pantalla, Hanna confirmaba lo que siempre había sospechado: a veces, la mejor forma de escapar de tu pasado no es correr hacia adelante, sino reescribirlo completamente.

Preferiblemente, con un gato como coautor no acreditado.

Sigue leyendo...



Hanna Moody juró empezar de cero. Nueva identidad, nuevo hotel, nuevo cuaderno. Y esta vez, en la costa de California. San Clemente prometía anonimato, cócteles con sombrilla y capítulos tranquilos.

Spoiler: nada de eso ocurre.

Porque justo cuando todo parecía perfecto: la brisa, las vistas, los desayunos tardíos… alguien aparece muerto. Un asesinato real, con sangre, gritos… y hielo. Mucho hielo.

Mientras intenta mantenerse fuera del radar de los moteros que la persiguen y de la justicia que aún la busca, Hanna se ve arrastrada a un nuevo misterio.

Entre huéspedes demasiado cordiales, recepcionistas demasiado curiosas y un pasado que no deja de enviar mensajes, Hanna se ve atrapada en un juego peligroso donde todos mienten… y algunos matan.

Y esta vez, el hielo no está solo en su copa.

Con una protagonista irónica, astuta y experta en salir por la puerta trasera, *Crimen con hielo* es un misterio mordaz y adictivo con sabor a venganza, humor y peligro.

Enlace a Amazon

Sobre la autora



Nadie sabe con certeza quién es **Nora Bellamy.** Algunos dicen que fue espía en la Riviera, otros que regentaba un hotel donde desaparecía demasiada gente. Lo único claro es que escribe misterios con más filo que un cuchillo de cocina y con el mismo efecto que un buen gin tonic: entra suave, pero te deja temblando.

Cuando no está tramando nuevas tramas, vive cerca del mar con demasiados cuadernos, una conexión wifi inestable y un gato que insiste en revisar cada manuscrito.

Crimen a Sorbos es la primera entrega de su serie protagonizada por Hanna Moody, una mujer que solo busca paz… pero siempre encuentra problemas.

Síguela en Amazon para enterarte de los futuros lanzamientos

Libros

Serie Hanna Moody, misterios gamberros

Crimen a Sorbos

Crimen con Hielo

Crimen al Dente